

**LA DEMOLICIÓN**

**NICOLÁS YELTSIN MONTILLA CUÉLLAR**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2015**

# **LA DEMOLICIÓN**

**NICOLÁS YELTSIN MONTILLA CUÉLLAR**

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título  
de Licenciatura en Filosofía y Letras.

## **ASESOR:**

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2015**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

## NOTA DE ACEPTACIÓN

---

---

---

---

---

---

Presidente del Jurado

---

Jurado

San Juan de Pasto, noviembre \_\_\_\_ de 2015

## **AGRADECIMIENTOS**

El autor desea expresar sus agradecimientos:

Al esfuerzo, que da la vida.

A los que dan la mano a pesar del barro, y aprenden a escuchar.

A la paciencia del Maestro.

A los que se fueron, gracias a ellos la noche es menos oscura.

Nunca son suficientes las caídas cuando se quiere aprender a caminar; la espera paciente de ayudar a levantarse revela el carácter único que tiene quien da la vida, Señora Madre, quien ha entregado el placer libertario de la juventud a un sacrificio sin recompensa material.

He visto en tus errores la oportunidad para no cometer los míos; la unión que produce la fraternidad de la sangre no podrá siquiera diluirse al llegar al final.

A los que descubrí en la casualidad del espacio la gracia de la felicidad de Baco, y en quienes, además, he encontrado desinteresadamente el placer de los momentos leves, pues de ellos aprendí que no siempre es más importante lo que se dice que lo que se escucha; en parte, este escrito es hijo de todos esos nombres.

A ACCC, por justificar con risas mis ocurrencias y enmudecerme con su deseo, el impetuoso poder de su esencia libre me desborda, me inunda; anhelo su recuerdo al alba y cierro con su nombre en mi boca el ocaso.

## RESUMEN

*La Demolición* es un relato, producto del sentimiento creativo de un individuo en su relación experiencial con el espacio cotidiano; esto le permite una apreciación subjetiva de dimensiones que desbordan las esquinas y lugares físicos y se configuran como formas de reconocimiento territorial de los lugares; no simplemente como espacios de tránsito, sino espacios que permiten evidenciar las historias humanas que se enmarcan en cada recoveco de la ciudad, en una lucha contra el olvido que impone el desarrollo.

Es una reconfiguración permanente de los espacios exaltados por la institucionalidad; logra dar vida a unos personajes que la han habitado en el tiempo, sin magnificencias; a las historias bajo los grandes acontecimientos.

*La Demolición* es un escrito que devela el carácter de algunas de las dolencias morales de la ciudad, que invita a escribir la ciudad, a ocultarse en sus esquinas y observar más allá de una óptica productiva y monótona; incita a descubrir la ciudad que vive en cada uno de los habitantes que la habitan; tres personajes la transitan en el espacio y en el tiempo y se encuentran en el miedo, la lucha contra el destino y la libertad; es un escrito urbano, donde la ciudad y los que la viven son un mismo personaje, que se funde para evidenciar los dramas humanos ocultos en el tiempo.

### Palabras claves:

- Ciudad
- Educación
- Literatura
- Memoria
- Novela Urbana

## ABSTRACT

*La Demolición* is a story; this is a product of the creative sense of a person in relation to the everyday experiential space. The text allows a subjective assessment dimensions that go beyond the physical places and corners and are configured as forms of territorial recognition of the places. The spaces are not just traffic, but spaces that allow showing the human stories that fall in every corner of the city, in a struggle against forgetting imposed development.

It is a permanent reconfiguration of spaces exalted by the institutions; this text manages to give life to characters that have inhabited over time, without magnificence; to stories under the big events.

*La Demolición* is a novel that reveals the character of some of the moral conditions of the city, which invited to write the city, hiding in corners and look beyond monotonous and productive optics. The novel prompts to discover the city that lives in each one of the people who live there; three characters pass in space and time and are in fear, the struggle against fate and freedom. This is an urban novel, where the city, and those who live it, are the same character, which melts to show the hidden human dramas in time.

### **Keywords:**

- City
- Education
- Literature
- Memory
- Urban novel

## CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
LA DEMOLICIÓN	17
AYER	19
HOY	64
MAÑANA	102

## LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Fotografía 1. Redención urbana	18
Fotografía 2. Espejos de invierno	63
Fotografía 3. Contraste	86
Fotografía 4. La demolición	101
Fotografía 5. Luz perpetúa	114

## PRESENTACIÓN

*La demolición* es un ejercicio de experimentación de escritura creativa, en la forma de una novela urbana, cuyo espacio narrativo es la ciudad de San Juan de Pasto, en la que se refiere la historia de varios personajes, situados en tres tiempos distintos de la ciudad; todos, además de su encuentro en un espacio común, tienen una relación familiar, que solo se desentraña en el transcurso de la narración, que tiene un eje teórico, que podría definirse como fundamental, la memoria, y las formas de su pervivencia en un espacio real de la ciudad, como lo es la Carrera 27 y su proceso de modernización, donde se encuentra la confrontación de dos tiempos, marcados por dos conceptos: el tiempo pasado y la Memoria, y el tiempo futuro y el Desarrollo.

La demolición se refiere al proceso físico de transformación urbana que por necesidad atraviesa un espacio en procura de su innovación, y el de las relaciones humanas dentro de este espacio, que fluctúan y se encuentran con circunstancias inesperadas en el pasar del tiempo; así, se evidencian unos personajes que hacen parte del mundo de la historia, así como acontecimientos, como el conflicto con el Perú en 1932 o el surgimiento de la violencia en Colombia, desde la óptica de una de sus víctimas, pero se utilizan simplemente como puntos de partida dramáticos para acentuar los elementos de la trama.

Además, se trata de evidenciar cómo, por medio de la literatura, se puede recrear el devenir moral de la ciudad, lo que no ha estado ni está muy lejos de la cruda realidad, como se establecía en la obligación de casarse con el violador en un caso de estupro, o el juicio social dirigido hacia una pareja homosexual, o el machismo imperante en este contexto, ideas que solo se patentizan en el análisis psicológico de cada uno de los personajes, sus comportamientos y sucesos.

Así, los personajes viven en una ciudad que cambia a través de sus tiempos y, para generar el contexto a las narraciones, se utilizan algunas evocaciones escritas, como lo relacionado con la música, la poesía o la recreación de determinados espacios ya inexistentes en el presente del espacio en referencia.

Más allá de la tentativa de ser una novela sobre la tragedia y el dolor sufrido por un linaje, se oculta el dilema, que parte desde lo psicológico del sujeto hasta lo colectivo referido a lo que debe o no debe recordarse, que constituye un combate permanente entre la memoria y el olvido. Esta es la base de la novela y de sus procesos de creación, que arrancan de variados elementos que el autor ha elegido y dispuesto, desde sus vivencias emocionales y personales en cada uno de los espacios, y cómo la sensibilidad proyecta una necesidad de escritura a partir de unos sucesos, cuando se percibe que una ciudad comienza a negar el tiempo pasado y a sublimar el desarrollo y el tiempo futuro.

Centenares de experiencias acumuladas crean a un personaje, que hace parte del plano de la ficción, pero se ha creado a partir de oír, reflexionar y convivir con muchos nombres vinculados con hechos reales que, conjuntamente, han contribuido a la creación de un personaje-concepto, que reúne las experiencias previas y perfila a un personaje con criterio,

que se desenvuelve, junto con los otros, durante el desarrollo de la novela.

Además, la novela se nutre de algunos elementos históricos, pero, antes que tratar de identificarse con una novela de pretensiones históricas, proporciona un punto de vista inesperado en esta categoría sobre unos personajes, sobre unos sucesos, sobre unos lugares, muchas veces con una pérdida de la objetividad, debido a procesos de magnificación del planteamiento ortodoxo de la historia. Así, aparecen Alejandro Macaulay, Luis Felipe de la Rosa y algunos otros de particular importancia en los Manuales de historia oficial, pero recuperados sin que alcanzasen el mismo carácter supremo e intocable, pues no aluden en forma directa a las personas reales, como el Dostoiévski de la novela de Coetzee, o el Borges de los poemas de Borges, o el Bolívar de la novela de García Márquez. La incorporación de estos personajes tiene un carácter utilitario, pues contribuye a enriquecer el mundo narrativo de la historia y de ninguna manera se podrían dejar de lado, ya que hacen parte de los tiempos de la ciudad y, simplemente, por sus características especiales, han terminado por ser, en este caso, unos personajes literarios.

Precisamente de esto se debe nutrir la creación literaria, de personajes detenidos en el tiempo; de lugares que, al aparentar ruina y carecer de historias, componen el paisaje urbano circundante; de la aparente monotonía del diario vivir en el espacio, se pueden convertir en una posibilidad sensible para la creación y para encontrar, en la ciudad, recursos suficientes para la sensibilización en torno a la literatura, una gran cantera de materiales narrativos, épicos, líricos y dramáticos, que permitieran la producción en distintos géneros.

Así, esta sensibilización, vinculada con una observación más cuidadosa y detallada de los espacios, con un esmero paciente y minucioso, puede llevar al encuentro, en la ciudad, de una forma de enseñar la literatura, que incentivase para relatar esas historias que circundan, circulan e invaden, que se ve necesario expresar, dar a conocer, en un proceso iniciado por un viandante creativo, que ve en los espacios que lo rodean una posibilidad de enseñanza y aprendizaje.

La ciudad, ese hábitat de las sociedades modernas, oculta una infinitud de saberes; allí se debe intervenir para poder usufructuarlo; el docente, que logra este grado de sensibilidad respecto al espacio, establece relaciones de territorialidad con el lugar en que mora; este reconocimiento del espacio, más allá de una forma de apropiación egoísta, es una forma de reconocimiento del entorno, que siempre encuentra un lazo directo con el contexto y con elementos que desarrollan y potencializan sus capacidades creativas, su criterio y coherencia en relación con la realidad, por lo que la ciudad deja de ser un espacio de tránsito para devenir un lugar de vida.

La literatura urbana puede asumir un papel fundamentado en la construcción de un sentido de vida en el habitar, en el que se desarrollasen reflexiones creadoras de nuevas relaciones con los espacios de la ciudad; introducir a la vida en los lugares ayuda mucho, porque no se garantiza esa perduración que se concibe en el trasegar del proceder de sublimación que muchas veces asume la Historia, sino una conciencia que se arraiga en el recuerdo del sentimiento y la nostalgia que se han fusionado con el lugar, al re-significar, desde la perspectiva de lo literario, los espacios de la urbe.

*La demolición*, como novela urbana, puede presentar a la ciudad como un lugar sin destino, sin futuro, desesperanzador y doloroso, con los dramas propios creados en la relación del individuo que lo habita con el lugar en que lo hace, no en el sentido subjetivo del autor, en este caso en concreto, sino al ser congruente en lo conceptual con este género, ya que no se pueden crear relaciones o situaciones engalanadas de felicidad, con un *happy end* a la usanza del cine norteamericano comercial, sino, como lo refería Kafka, el escrito debe ser un mazo que rompiese el hielo que invade los corazones.

Evidenciar estos dramas ayuda a desencadenar una catarsis al respecto, a afrontar y aprender a vivir con esas realidades que no se pueden ocultar; así, surgen, en las ciudades de Colombia, relatos urbanos, a partir del incentivo de los peligros propios que sus moradores afrontan a diario, o el escuchar las miles de voces, las miles de historias que se entretajan en la cotidianidad y la alteridad se diluye entre los millares que, como cada uno, habitan el mismo lugar, con diferentes circunstancias; de modo que se crean lazos y rupturas que desembocan en la intolerancia, en el asesinato, en la desaparición, la violación y la muerte.

De modo que la literatura urbana invita al re-conocimiento de los espacios urbanos llenos de valor, un valor histórico potencial subjetivo, un valor humano, dado que los movimientos urbanos de la postmodernidad y las gentes solo viven en los lugares y no los viven al re-signar los espacios según su uso, echar al traste la historia de amores, de sangre, de derrotas, de muerte, ese habitar anti-vitalista que oculta las historias y niega un fragmento de cada uno revelado en el tiempo; la literatura logra que se revivieran unas voces perdidas en el tiempo y difusas por la modernidad, el crecimiento urbano, la ignorancia y la instrumentalización generalizada de los espacios.

## BIBLIOGRAFÍA

ALTARES, Guillermo. Para aprender a escribir novelas. Recuperado de: <http://blogs.elpais.com/papeles-perdidos/2010/02/consejos-para-escribir-de-grandes-escriitores.html>

AUCHTERLONIE, Tomás. Cómo escribir una novela. Recuperado de: <http://escrilia.wordpress.com/el-resumen/>

AUGÉ, Marc. *Las formas del olvido*. Trad. Mercedes TricasPreckler/Gemma Andújar. Barcelona: Gedisa, 1998.

BAJTÍN, Mijaíl M. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989. (Disponible en: <https://www.scribd.com/doc/111357149/Teoria-y-Estetica-de-La-Novela-Mijail-Bajtin-Libro-Completo>).

BAQUERO GOYANES, Mariano. La novela y sus técnicas. Recuperado de: [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-novela-y-sus-tnicas-0/html/02473908-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-novela-y-sus-tnicas-0/html/02473908-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html)

BARDALES, Juan. *Cómo escribir un libro*. Disponible en: <file:///D:/Documents%20and%20Settings/Administrador/Mis%20documentos/Downloads/Bardales%20Juan%20-%20Como%20Escribir%20Un%20Libro.pdf>

BARTHES, Roland. *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI, 1973.

BELTRÁN, Luis. Notas para una teoría histórica de la novela. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih\\_13\\_3\\_076.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_3_076.pdf)

BOMBINI, Gustavo. Sobre el sentido de enseñar literatura, en: Gustavo Bombini *et al. Lengua*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1996. (Fuentes para la transformación curricular: pp. 10-47).

BOMBINI, Gustavo. La literatura en la escuela, en: Maite Alvarado (coord.). *Entre líneas. Teorías y enfoques en la enseñanza de la escritura, la gramática y la literatura*. Buenos Aires: FLACSO/Manantial, 2001.

CARACO, Albert. *Breviario del caos*. México: Sexto piso, 2004.

CHIESA, Nicolás. Cómo escribir una novela; consideraciones para empezar una. Recuperado de: [http://suite101.net/article/como-escribir-una-novela-consideraciones-para-empezar-una-a24937#.VDk2FLCG\\_ps](http://suite101.net/article/como-escribir-una-novela-consideraciones-para-empezar-una-a24937#.VDk2FLCG_ps)

CHIMAL, Alberto. *Cómo empezar a escribir historias*. (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012). Recuperado de: <http://www.lashistorias.com.mx/download/EscribirHistorias-AC.pdf>

FORSTER, E. M. *Envío 28. Aspectos de la novela*. Recuperado de: [http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques//FORSTER\\_envio28.pdf](http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques//FORSTER_envio28.pdf)

GARCÍA, Gabriel. Para contar historias. Recuperado de: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/ggm5.htm>

GARCÍA, Ignacio. Así se escribe una novela... a la manera clásica. Recuperado de: [http://www.excelencialiteraria.com/2005-2006/imagenes/conferencia\\_de\\_ignacio\\_garcia\\_valino.pdf](http://www.excelencialiteraria.com/2005-2006/imagenes/conferencia_de_ignacio_garcia_valino.pdf)

GARDNER, John. *Para ser novelista*. (Barcelona: Ultramar editores, 1990). Recuperado de: [http://biblioteca.mygeocom.com/wp-content/uploads/filebase/Dropbox/Apps/Attachments/Gardner,%20John%20-%20Para%20ser%20novelista%20\(Ensayo\).pdf](http://biblioteca.mygeocom.com/wp-content/uploads/filebase/Dropbox/Apps/Attachments/Gardner,%20John%20-%20Para%20ser%20novelista%20(Ensayo).pdf)

GÓMEZ, María. Memoria histórica y literatura: la consagración de un pacto. Recuperado de: <file:///D:/Documents%20and%20Settings/Administrador/Mis%20documentos/Downloads/Dialnet-MemoriaHistoricaYLiteraturaLaConsagracionDeUnPacto-2676333.pdf>

HENRÍQUEZ, Pedro. La utopía de América. Recuperado de: [http://www.toozart.com/Otros%20Libros%20Toozart/Utopia\\_de\\_America.pdf](http://www.toozart.com/Otros%20Libros%20Toozart/Utopia_de_America.pdf)

JAMES, Henry. *El arte de la novela*. Recuperado de: [http://www.literatura.us/idiomas/hj\\_arte.html](http://www.literatura.us/idiomas/hj_arte.html)

KING, Stephen. *Mientras escribo*. Recuperado de: <http://www.well-comm.es/wellcommunity/wp-content/uploads/mientras-escribo.pdf>

KOHAN, Silvia. Escribir la primera novela. Recuperado de: <http://www.grafein.org/Escribir%20la%20primera%20novela.htm>

KOHAN, Silvia. *Cómo se escribe una novela*. Barcelona: Plaza y Janés, 1998.

MARTÍNEZ, Félix. El acto de escribir ficciones. Recuperado de: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0050002.pdf>

MEJÍA, Clara. La novela urbana en Colombia. Reflexiones alrededor de su denominación. *Revista Lingüística y Literatura*, No. 57. Medellín: 2010, pp. 63-77.

MENDOZA, Mario. *Scorpio City*. Bogotá: Planeta, 1998.

MENDOZA, Mario. *Relato de un asesino*. Bogotá: Planeta, 2001.

MIRA, Joan F. El arte de la novela. Una perspectiva antropológica. Recuperado de: [file:///D:/Documents%20and%20Settings/Administrador/Mis%20documentos/Downloads/Dialnet-ElArteDeLaNovela-105058%20\(1\).pdf](file:///D:/Documents%20and%20Settings/Administrador/Mis%20documentos/Downloads/Dialnet-ElArteDeLaNovela-105058%20(1).pdf)

OLIVER, Felipe. Después de García Márquez: tres aproximaciones a la novela urbana colombiana. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38402302>

ORTEGA Y GASSET, José. Ideas sobre la novela. Recuperado de: [www.ieslaasuncion.org/castellano/ideas\\_sobre\\_la\\_novela.doc](http://www.ieslaasuncion.org/castellano/ideas_sobre_la_novela.doc)

REDONDO, Pablo. El conocimiento como moral de la novela. Notas sobre la relación filosofía-literatura desde Milan Kundera. Recuperado de: [http://guindo.pntic.mec.es/ssag0007/hemerotecal\\_archivos/pdf-nov09/pabloredondo-conocimientonovelakundera.pdf](http://guindo.pntic.mec.es/ssag0007/hemerotecal_archivos/pdf-nov09/pabloredondo-conocimientonovelakundera.pdf)

REXACH, Rosario. La novela como género literario. Recuperado de: <file:///D:/Documents%20and%20Settings/Administrador/Mis%20documentos/Downloads/23796-23815-1-PB.PDF>

RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE, 2000.

TERRANOVA, Juan. Consejos para escribir novelas. Recuperado de: [http://elmalpensante.com/articulo/2194/consejos\\_para\\_escribir\\_novelas](http://elmalpensante.com/articulo/2194/consejos_para_escribir_novelas)

TORRES, Carlos. Una aproximación al carácter de la novela urbana: El caso de la ciudad de Bogotá. Recuperado de: [https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero9/n\\_urbana.htm](https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero9/n_urbana.htm)

UNAMUNO, Miguel de. Cómo se hace una novela. Recuperado de: [http://www.medellindigital.gov.co/Mediateca/repositorio%20de%20recursos/Unamuno,%20Miguel%20De/Unamuno\\_Miguel%20de-C%C3%B3mo%20se%20hace%20una%20novela.pdf](http://www.medellindigital.gov.co/Mediateca/repositorio%20de%20recursos/Unamuno,%20Miguel%20De/Unamuno_Miguel%20de-C%C3%B3mo%20se%20hace%20una%20novela.pdf)

USECHE, Oscar. Vivencia de ciudad en la narrativa colombiana de final de siglo. Recuperado de: [https://www.google.com.co/search?q=novela+urbana+definicion&oq=novela&aqs=chrome.69i59j69i57j69i60.3079j0j7&sourceid=chrome&es\\_sm=93&ie=UTF-8](https://www.google.com.co/search?q=novela+urbana+definicion&oq=novela&aqs=chrome.69i59j69i57j69i60.3079j0j7&sourceid=chrome&es_sm=93&ie=UTF-8)

VALENCIA, Mario. Principios estéticos de la novela urbana, crítica y contemporánea (Primera parte). Recuperado de: <http://revistas.udistrital.edu.co/ojs/index.php/c14/article/view/1218/1622>

VALENCIA, Mario. Principios estéticos de la novela urbana, crítica y contemporánea (Segunda parte). Recuperado de: <file:///D:/Documents%20and%20Settings/Administrador/Mis%20documentos/Downloads/Dialnet-PrincipiosEsteticosDeLaNovelaUrbanaCriticaYContemp-3231579.pdf>

VARGAS, Mario. *Cartas a un joven novelista*. (Barcelona: Planeta, 1997). Recuperado de: <http://img9.xooimage.com/files/8/9/b/vargas-llosa-mari...sta-pdf--2669103.pdf>

VARGAS, Mario El arte de mentir. Recuperado de: [http://elpais.com/diario/1984/07/25/opinion/459554410\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1984/07/25/opinion/459554410_850215.html)

VOGLER, Christopher. *El viaje del escritor*. Recuperado de: <https://docs.google.com/file/d/0B6F7Eoev69vYk96OWZLck9tRGM/edit>

WOOD, James. *Los mecanismos de la ficción. Cómo se construye una novela*. Recuperado de: [http://www.elpais.com/elpaismedia/ultimahora/media/200909/26/cultura/20090926elpepucul\\_2\\_Pes\\_PDF.pdf](http://www.elpais.com/elpaismedia/ultimahora/media/200909/26/cultura/20090926elpepucul_2_Pes_PDF.pdf)

# **LA DEMOLICIÓN**



**Fotografía 1.** Redencion Urbana.

Jusemutbac

**AYER**

# 1

*Time present and time past,  
are both perhaps present in time future  
and time future contained in time past  
if all time is eternally present  
all time is unredeemable...  
what might have and what has been, point to one end  
which is always present.*

**T. S. Eliot**

Nos vimos a las 9 de la noche en el atrio de la iglesia de la Panadería; entre las prostitutas que comenzaban a salir apareció Jesús con una chaqueta de capucha, yines rotos y gafas negras; lo había estado esperando no sé cuánto; mientras fumaba un cigarrillo, que encendía con la colilla de otro, observaba a aquellos que buscaban entre las matas y las aceras un poco de tabaco, un palo de caramelo y una tapa de gaseosa para el “motor”, o una que otra colilla que todavía tuviera un poco de tabaco para entrar, aunque fuera por un instante, en su sicodélico elipsis; así los veía mientras esperaba a esos seres de lejos de este mundo, hijos ilegítimos de la ciudad, los célebres que deambulaban viendo al suelo, como animal en busca de comida, con la mirada perdida, las manos sucias y el pelo enmarañado.

Nunca les había tenido lástima; antes, por el contrario, los admiraba, y ese día más que antes, porque tenían una capacidad inmoral, exotópica, que quisiera tener; Jesús llegó y me dio un fuerte abrazo:

—¿Cómo te fue? —No quise responder; bajamos por la 20, entre las señoras de la noche que empezaban a salir.

—¡Estas sí que nos pueden dar amor!, —dijo Jesús, riendo—, el amor más incondicional e imperecedero que alguien pueda encontrar; algún día me casaré con una de ellas.

Bajamos por la 20 hasta el antiguo Parque Caicedo y Cuero; allí estaba parado El Negro, como todas las noches, ante la mirada inerme de Sebastián de Belalcázar, al que, deslegitimado por el arte, lo habían condenado a recibir los desperdicios de borrachos, putas y consumidores, en esa sombra, vestido de negro y sosteniendo un ánfora, que hoy en día está llena de mierda; ese es el punto que divide la ciudad; desde ahí hacia el oriente está *the dark side of the city*; hacia la loma, sus habitantes más respetados; por esas sendas, antaño descendieron todos nuestros próceres; hoy, todos los que trabajan en busca de lo ajeno descienden en el día ávidos de triunfo y suben a la noche, no sin antes proveerse, descacharse, salir volando; Jesús se acercó al Negro, sin decir nada le pasó los billetes arrugados y recibió la bolsa de su canábico placear; allí había dado su último grito

Alejandro.

*Saint John of Pasto, 20 June 1812*

*Loved Claudine*

*Each morning of last days I have woken up with the image of your pretty black eyes into my mind, your smiling is the happiness who gives me power for going on this fight, this way towards you. I still do not know when I will get you and back kissing your delicate hand and delight myself feeling your skin smooth. Now I cannot see you, but I know into dreams and thoughts we are permanently meeting; you are a great part of me, and my heart is yours, and if I die in this way, I will die happy, 'cause what I am doing now is for you. I do not know if you are going to read this or someday you will do, but only I hope you were thinking about me as I am doing it now, hope to see you soon, my loved Madame.*

*Always yours,*

*Alejandro M.*

¡Pobre gringo, venir a morir en este mierdero!, volví a pensar, como lo hacía cada vez que pasaba por el lugar, ya fuera caminando, en bus, a pie o en bicicleta, o lloviendo; no podía dejar de pensar en la angustia, la impotencia, la desesperación, el amor y, sobre todo, la pasión desbordaba que tuvo que haber sentido para tener ese atrevimiento suicida.

## 2

Dejamos atrás el parque y seguimos al norte, por la 20, y doblamos por la 27; llegamos a la taberna que quedaba en la esquina de la 27 con calle 17; los dos siempre habíamos sido dos espíritus vagabundos que caminaban en la noche, dos almas errantes encerradas entre las paredes de un mundo conocido, que lanzaban impunemente diatribas contra el mundo material, para burlarnos de nuestros contemporáneos, de la ideología generalizada, de la ignorancia, la falibilidad de las instituciones y sus intentos morales; de la guerra en Vietnam, la inesperada muerte de Marilyn, de aquel barbudo alemán, del que, sin quererlo, las ideas ahora paraban al mundo de cabeza, de Page; de aquel mayo en el que tanto anhelábamos haber estado, y de la mujer, es mejor de las mujeres, no había belleza en ninguna de ellas, solo deseo desbordado y temporal.

Para Jesús, su vida era la Universidad, los libros y fumar marihuana constantemente; cuando sentía que el efecto se le comenzaba a pasar, se armaba otro, antes de dormir y, al despertarse, meter yerba era lo que hacía; sus conversaciones conmigo creo que le daban certidumbre de que no estaba del todo equivocado, así sus teorías sobre la existencia siempre estuviesen plagadas de contradicciones o aporías.

—Siento que vivo en contra de mi voluntad, me siento engañado, al entender que la vida verdadera es una falsedad; imaginar la existencia tal como es, sin sentido ni meta, pero que retorna inevitablemente, sin un final en la nada; si pudiera encontrarme con mi nada anterior, seguramente me encontraría en otro, que no soy yo; no puedo pensar lo que no existe; ya he nacido y es algo que no puedo cambiar; mis padres, como son los culpables de mi nacimiento, también serán los culpables de mi muerte; mis hijos morirán porque yo he nacido y es un crimen que quedará impune; no quiero ser culpable de la muerte de nadie.

Decía que su vida era un designio superior y si había llegado a este mundo era porque tenía que cambiarlo o destruirlo y solo el tiempo le habría de dilucidar cuál era el Plan secreto que el destino le tenía deparado; el día que fuese que sentíamos ese vacío en las entrañas, nos obligaba a dar un impulso; entonces, entrábamos allí, a la cantina de luz roja y solitaria “Los Sapos”.

Esa vez era, digamos, especial, no en un sentido de fiesta o de cumpleaños, pero no podría denominarse de otra manera; pedimos una botella de brandy; Jesús estaba desilusionado; la academicracia —como la denominaba— ahora sí le había minado la moral hasta la desidia; y quería dejarlo todo definitivamente; me contó que en días pasados había tenido un sueño, donde muchas personas lo perseguían con antorchas; él escapaba subiendo al último piso de un alto edificio; hasta allí lo habían perseguido y, entonces, había tenido que lanzarse al vacío y, al estrellarse contra el suelo, se había roto en cientos de partes, en “muchos yo”; todos los que lo perseguían se habían arrojado a observar y él había empezado a reconstruirse; los que antes lo perseguían, ahora, asustados, lo miraban; así, con miedo,

todos comenzaron a reverenciarlo, a llorar a sus pies.

—Ese sueño es la revelación de que el destino me está preparando el camino para algo importante; sé que algún día mi nombre estará ligado a algo enorme, porque yo soy dinamita. —Lo oí en silencio y solo hacía leves afirmaciones con la cabeza, mientras servían el brandy que nos calentaría las entrañas e intentaba entender la idea, que me había hecho, de que Jesús creía que sería un gran líder en un desconocido complot que cambiaría las bases y la Historia de la humanidad tal cual se había conocido; solo aguardaba a que ese día llegara y se preparaba para ello; me asomé por la ventana y vi que una mujer pequeña esperaba el bus; apenas la luz iluminaba su silueta; entonces, lo interrumpí:

—*Ehi, ragazzo, non è forse giunto il momento che vediamo un'altra ragazza? E 'un lungo periodo di tempo, non fanno dimenticare quello che alcune persone non piace sentire?* — Hablarle en italiano me divertía; La Flaca, su novia, su amiga que lo recibió cuando esta ciudad le era desconocida, su amante nocturna y su compañera de discusiones metafísicas, con la que se iba a casar y lo sacaría, esperaba él, para siempre de la incertidumbre que había sido su vida, un día desapareció; solo le llegó una postal, con una foto de Villa Borghese, en esa monumental entrada por Piazzale Flaminio, que decía:

Te amo, pero ya no podemos estar juntos; debemos buscar otros horizontes. Espero lo entiendas.

¡Y vaya que los buscó!; siempre se preguntó por qué tenía que mandarle una postal, y más de ese lugar; ¿por qué simplemente no había desaparecido, sin decir nada?; fue difícil para mí también ese momento; ya era una costumbre visual que estuviesen juntos; ella era de esas pocas mujeres que solemos ver, que son tan seguras, que son bellas, que no necesitan ceñirse para demostrarlo; de esas que se olvidan de pintarse las uñas, que se peinan con los dedos, que caminan disonantes y cruzan el semáforo en rojo; las que leen en los parques, las que no las sonrojan los halagos, las que andan a pie, las que caminan desnudas en casa, que odian las flores, que olvidan los cumpleaños, que no las molesta el viento y no voltean a ver atrás al despedirse; así era La Flaca; además, era intérprete excepcional del violín; yo no concebía a Jesús sin ella y, efectivamente, sucedió; sin ella, ya no era él, ahora solo era una masa inerte y desproporcionada, destructora.

Los primeros días que ella desapareció sin dejar aparente rastro, Jesús era un hombre desesperado; buscaba a la familia y nadie le daba respuesta; sin mirarlo a los ojos, le decían:

—Está de viaje, pero vuelve pronto, —y ese pronto se transformó en uno, dos, tres meses, no sé cuánto; se paraba horas fuera de su casa, como perro *guacha*; fuera de las cafeterías del centro que juntos frecuentaban, fuera de los salones de la universidad; en el comedor, en los corredores, se sentaba y miraba a la puerta del bloque, fumaba y miraba, así desde el día hasta la noche como un poste, un grafiti o una banca más; la buscaba en los buses de toda la ciudad, observaba los rostros, los cuerpos, las miradas; pasaba días enteros cogiendo ruta tras ruta, que tenía su nombre en el letrero del parabrisas, así hasta la más impensada, que lo dejaba en algún rincón desconocido de la ciudad, pues quería cruzarse con ella; todos quienes lo conocíamos, entendíamos lo que le había sucedido, menos él; le escribía

largas cartas que dejaba bajo la puerta de su casa, arriba de la iglesia de san Felipe; su familia se fue, vendieron la casa y aun así seguía introduciéndolas bajo la puerta, hasta que ya no entraron más y, sin esperarlo, de un segundo a otro, mientras me decía que viajaría hasta Cartagena y cogería un barco que lo llevara a Europa.

De pronto, se silenció; entró en un silencio, vacío, seco, incomprendible para mí, que lo conocía tanto, y duró más tiempo su silencio que su inicial desesperación; estábamos tomando y estaba callado; en clases respondía con monosílabos; era como hablarle a un muro, a un lugar sin eco; lo veía a los ojos y no sabía ahora qué ser estaba ahí dentro, nacía o se destruía; salíamos a beber, caminábamos en la noche y se quedaba mirando una casa, un poste, un recoveco, un ángulo, una ventana de una casa verde, una puerta, un hueco en la calle; solo él sabía qué mundo perdido en el tiempo estaba recorriendo, solo él sabía que se estaba encontrando con ella en otra dimensión ya inaccesible, confundida con lo inexistente, y ella, impune, a diez mil kilómetros de ahí, seguro ignoraba los viajes internos que Jesús hacía.

Torcía la cabeza y solo estiraba el brazo para recibir la copa, hasta que la embriaguez lo hacía descansar; hasta que un día, que habíamos estado bebiendo desde temprano en la tarde, junto con otros compañeros, cuando ya entrada la noche gritábamos en la emoción etílica, que le iba a preguntar, como siempre, cómo estaba, cuando lo iba a hacer vi que alguien estaba a su lado; se veían de frente sin mediar palabra, yo ya la conocía o, al menos, por boca de otros, mirada de amante de Dionisos, “*delle belli piaceri della notte*”; fumaba un cigarrillo y cuando lanzaba el humo su rostro se difuminaba, se mordía los labios; ella estaba clavada a Jesús; le serví un copa y me alejé mientras observaba: comenzó a acariciarlo, primero tímidamente, después algunas palabras que sobraban; en medio de la noche, Jesús comenzó a acariciar su sexo, sus senos, buscó su boca, que no se resistió; de repente, ella se paró y salió caminando hacia la Facultad sin mirar atrás; sin dudar, Jesús se paró y salió tras ella; minutos después, un fuerte grito rompió la noche.

*... divante la morte dell' sole, il suo sorriso è come un sogno, lontano, variopinto, ma un giorno arriverà il suo ricordo come molte face, come molte ragioni nella testa, ma la porta sarà già chiusa per la sua nostalgia, e mai sarà aperta un'altra volta...*

Al día siguiente, en clase, Jesús llegó con una elocuencia casi molesta, como si nada hubiese pasado; había retornado del infierno; desde ese día, salía con cada mujer que conocía, iba a sus apartamentos ebrio, conseguía lo que quería y partía antes de que saliera el sol; ese era su compromiso; luego, lo buscaban ebrias para insultarlo, escupirlo, maldecirlo y, si alguna hubiera podido hasta matarlo, lo hubiera hecho; desde ese día se repitió que, de vez en cuando, al estar parados en una esquina, sentados en un bar o hasta en clases, una de aquellas desesperadas amantes pronunciara su discurso; ebria o cuerda, era parecido:

—Eres un idiota; no te quiero volver a ver en la vida; eres lo peor que me ha pasado. — Jesús solo las miraba, aguantaba sus cachetadas, sus golpes y hasta una que otra patada, con un cinismo enfermo que, yo sabía que, en el fondo, no disfrutaba; nunca mencionó palabra alguna sobre sus días de silencio:

—*Maledetto italiani di merda!* —y se sirvió una copa.

### 3

Jesús quiso saber, entonces, qué había pasado; me preguntó cómo me había sentido después de los últimos días, con todo lo que había sucedido:

—Así muchos crean que para mí es fácil, créame que no; a mí también me atormenta.

—¿Y ella cómo está? —Le dije que bien, pero, la verdad, desde ese día no sabía nada de ella y tampoco quería saber mucho; la llamé y no contestó, la busqué un tanto y no había ido toda la semana a clases; la había conocido en la Universidad, estudiaba biología, estaba en primer semestre; era pequeña, trigüeña, con los senos firmes y ojos color miel, el cabello hasta la cintura y un poco más de metro y medio de altura; un rostro que invocaba, al verlo, dos virtudes extrañas en el mismo ser: a veces célibe, a veces orgásmica; la misma noche que la conocí, intenté conocerla más a fondo en algún lugar oscuro de la universidad, pero ella se negó a la invitación:

—No creas que las cosas funcionan así para mí, no soy como tú piensas; tenemos que conocernos más y así las cosas funcionarán mejor, pero todo tiene su tiempo. —¿A qué se refería con eso del tiempo?

A Jesús no le agradó mucho aquella vez que le comenté sobre ella; recomendó una ruptura espacial radical e inesperada, pero había algo en ella que, aunque era diametral a mí, me ataba del pecho y me arrastraba hacia ella: sus besos eran tímidos, sus abrazos sinceros, sus palabras tiernas, rayanas en una retórica de *Winnie the Pooh*, pero yo estaba tras el límite; después de esa noche, al día siguiente me encontró tomando un tinto fuera, en el receso de clases, y me invitó a tomar un tinto —¡vaya pleonasma de propuesta!—; nos sentamos en la cafetería y me comenzó a contar sobre sus muchas virtudes y pocos defectos, sobre los lugares que conocía; que quería, en realidad, estudiar leyes; que su familia la apoyaba en lo que quisiera hacer, pero que debía ser abogada; sobre la música que le gustaba; mientras movía su boca, yo afirmaba:

—¡Oh, qué interesante!, ¡ah, sí, mira qué chévere!, a mí también me gusta. —Ella creía que las personas no se encuentran por casualidad; yo no dejaba de ver su escote y su boca de labios gruesos cómo se movía con cada palabra pronunciada; me lancé y le di un beso, se sonrojó, me invitó a salir y se despidió con un inesperado “¡Te quiero!”; esas dos palabras las escribí en una nota mental en mi cabeza, pues ¡cuántas veces las había escuchado sin esperanza, ni fe! Quedaron, entonces, retumbando en mi cabeza, pero rápidamente se hicieron cenizas.

Nos encontramos ese fin de semana en la esquina de la calle 19 con 29; ese día se bajó de un carro una cuadra más arriba; habló un largo rato con el conductor y bajó para dirigirse hacia mí; le sonreí cuando llegaba, pero pasó a mi lado sin ni siquiera verme, cruzó la esquina y el carro arrancó y, entonces, volvió y me preguntó:

—¿Sigue ahí o ya se fue?

—¿Quién?

—El carro, ¿ya se fue?

—Mmm, sí, ya se fue. —Entonces salió de la esquina y se abalanzó a besarme:

—Es que mi familia me protege, ¿sabes? No te preocupes; cuando los conozcas, esto no volverá a pasar. —La quedé viendo sin decir nada; la verdad, sin saber qué decirle; sentía ya que estaba caminando en un pantano del que realmente quería salir pronto; cogió mi mano y caminamos cuadra y media; entramos a una heladería, que tenía fotos antiguas de esta ciudad, próceres, políticos, la antigua plaza, viejas casas y tejados; nos sentamos y ella no dejaba de hablar de mis muchas virtudes, de lo que sentía por mí —no me despegaba la mirada—, de que me quería, —¿me quería?—, de que antes de esa noche que nos habíamos conocido, desde mucho tiempo atrás yo hacía parte de sus sueños, de sus más hondas emociones, de que me miraba siempre cuando fumaba un cigarrillo, tomaba un café, salía de la universidad, entraba en ella, en los salones de clase, hacía fila en la cafetería, ¿que si me había dado cuenta de ella?

Le dije que no; bajó la mirada y siguió el borde de la mesa con sus dedos, mientras volteaba a ver hacia la puerta de la heladería y tornaba su mirada taciturna; hubo un segundo de silencio, que no quise romper para esperar que entendiera; aun así, siguió su soliloquio; de repente, me di cuenta de que solo me rascaba la barba y la oía sin entender; movía la cabeza de arriba abajo, mientras veía hacia una de las fotos detrás de ella, y ella seguía desarrollando su apología sobre mí, en la que en el primer plano de la foto había un avión biplano, con un hombre alto a su lado, que parecía que estuviera incómodo, con una mueca de sonrisa, mucha gente lo acompañaba y en el fondo de la fotografía un llano extenso; ¿había tanta gente o el sepia hacía creer que había tanta gente, hasta el infinito? Imaginé que oía “Telégrafo uno”, empecé a oír las voces que lo aclamaban, pero él solo decía:

—¡Lo siento, tengo que irme, ya ha sido demasiado!, —subió al avión y encendió el motor para empezar a decolar por sobre el pasto.

—Yo, en serio, quiero estar contigo, y dar todo de mí, ¿y tú?

—Mmm, ¡eehh!, ¿qué? ¡Ah, claro! —Entonces, la besé; el helado terminó, pagó la cuenta y, antes de salir, volteé a ver la foto y seguía allí el piloto y pensé que me pedía que lo sacara de ahí, no quería estar más congelado, quieto, quería conocer nuevos horizontes, pero debía entender que su condena era infinita; ¡lo siento mucho, Ferruccio!; salimos a caminar, cogimos hacia el sur por la 20, llegamos al sector del mercado viejo y salimos al Boulevard de la Santander; allí nos sentamos en una banca:

—Cuéntame de ti —dijo.

Nunca me ha gustado hablar de mí a los demás; suficiente tengo con verme en el espejo en las mañanas, o ver de soslayo mi reflejo en las ventanas de los buses o en las puertas de cristal de los bancos:

—Soy un hombre libre y feliz —le dije, y eso le bastó; le pregunté que si le gustaba leer; respondió que no mucho; le pregunté sobre Lagerkvist y Poe; me dijo que no.

—Uno de ellos escribió una historia —le conté—, de Egeus, que se enamoraba de su prima, estaba un poco desquiciado y se quería casar con ella, pero había algo que le llamaba la atención en ella, más que su belleza, y eran sus dientes; ella sufría una enfermedad de una forma inesperada y moría; él, en uno de sus trances, al parecer, había entrado a la tumba de Berenice —así se llamaba la mujer que había muerto—, y le había sacado todos los dientes; todo indicaba que ella estaba viva en el momento cuando la sepultaron; ¿no te parece extraño que alguien se enamorara de los dientes de alguien más? —Esta pregunta la estremeció.

—¿No te parece muy cruel? ¿No te gustan, mejor, las historias de amor que terminan mejor? ¿Has leído a María? Yo la leí en el colegio, ¿no te parece más romántica?

—¡Eh!, pues, bueno, la verdad, no estoy muy seguro de que sea una novela de amor; mejor, creo que es la historia de un burgués en decadencia; si se mató no era porque le hacía falta el amor, sino la plata... —y me largue a reír; me quedó viendo, se paró y se fue; no era mi culpa que se enojara, solo le decía la verdad; me quedé sentado en la banca, mientras la veía cómo se iba, con el paso apresurado; saqué un cigarrillo y, entonces, me sentí como un marinero, con su barco en la mar, que dejaba un puerto con la seguridad de que pronto atracaría en otro; caminé unos metros y se le acercó, entonces, un hombre, aunque muchos no lo catalogarían así: portaba un costal en la mano y una botella de Sacol que se llevaba a la boca; tenía la cara tostada, con muchos caminos trazados en ella; entonces, ella se quedó parada y, aunque estaba lejos, vi que agarró fuerte su bolso; se quedó parada y pude darme cuenta de que empezaba a temblar y volteaba a verme; en un primer momento, me quedé sentado, di la última inhalada al cigarrillo y, entonces, me paré y me acerqué trotando:

—¡Qué pena, amigo, ahora no hay nada para ti! —Solo me miró y siguió su camino; la cogí fuerte de la cintura y la obligué a que siguiera caminado; ahora, ella sollozaba.

—¡Qué buenos amigos tienes!, —le dije.

—¿Cómo puede existir gente así?, —acertó a decir.

Caminamos de vuelta hacia la carrera 29, donde se había bajado en la tarde; nos paramos en una esquina, me dijo que quería volver a verme, que le había encantado esa tarde de helado, que le gustaba que la oyeran y que era una mujer de riesgos; era ya de noche, la abracé, sentí su delicada cintura, sus senos firmes, su piel suave y olorosa, nuestras bocas empezaron a conocerse y se estrechó más contra mí; en medio de la luz de la farola, podía ver sus mejillas sonrosadas, su respiración anhelante, su corazón le saltaba en el pecho; la imaginé desnuda ante mí; de repente, miró su reloj, me besó de nuevo y me botó contra la

esquina:

—Nos vemos en la U; te quiero; no te asomes, por favor; tienes que conocerlos, por favor.

—¿A quiénes? ¿Por qué? —Dio media vuelta y caminó hacia la calle 19; poco después apareció de nuevo el carro, se parqueó en la esquina, se abrió la puerta y entró, pero el carro no arrancó; del lado del conductor salió alguien, una sombra grande y ancha, que se vislumbraba en la noche; no veía su rostro; volteo a ver a todos lados, se devolvió al carro y, antes de entrar, me di cuenta de que me había visto; entonces, comenzó a caminar cuadra abajo hacia donde yo estaba: ¿quién era?, ¿qué quería? La verdad, no deseaba saberlo, por lo que di vuelta a la esquina despacio y, apenas lo perdí de vista, empecé a correr, sin saber, en verdad, por qué.

*Saint John of Pasto, 05 July 1812.*

*My loved Madame,*

*I am really sorry because some time ago I was not able to write you, but I am thinking now this way is harder than I expected. During the combat, I begin to lose the faith but I think about you and the hope gets back. It does not matter this world is against us. I really want go on this way; it does not really matter the price I have to pay for it. I know the wind is blowing towards a coast but that does not let me down. I am fighting this war for you, and you must to know it, this until now is the first combat you and I have to fight for meeting. I will get this way for you, and I won't surrender. I would through the world only for you. I am dreaming the day to embrace you again, and whisper in your ear that I love you, or better, cry it so high.*

*Always yours,*

*Alejandro M.*

## 4

—Si quieres estar conmigo quiero que conozcas mi casa, mi familia; soy la única y me protegen; es su deber. —No supe qué decirle, no era necesario; me había estado esperando fuera de clases y me invitó a tomar un café, pero, la verdad, sí estaba ocupado, aunque no lo creyó; me importaban en esa semana las hijas del Cid, la revolución en una fuente ovejuna, si Raskolnicof era culpable, el conflicto entre lo natural y lo artificial y saber si se moriría Werther, más que Francisca —así se llamaba ella—, de modo que la dejé, apresurado, y sentí que su mirada pesaba sobre mis hombros.

La perdí de vista durante algunos días, no pensé en ella; pasaba por los pasillos atiborrados de la universidad en busca de su rostro; apenas la veía y era irremediable el encuentro, metía mis manos a los bolsillos, me quedaba parado como en busca de algo, o hacía gestos con la cara como si, en realidad, hubiese olvidado algo y volvía sobre mis pasos para buscar otro camino; cuando llegaba y había mucha gente que entraba a los bloques, me ponía capotera, pero sentía que me observaba; sabía que ella estaba ahí, que en medio de muchos rostros buscaba mi mirada, forzaba un encuentro casual, que yo eludía; tenía que quedarme encerrado horas en algún bloque de entrada única porque ella estaba allí conversando con alguna amiga y sabía que yo estaba ahí cerca, me sentía, me miraba de soslayo; así pasaron no sé cuántos días, hasta que una noche, cuando salía del bloque sin prevención alguna, la vi parada sola: entonces, fue inevitable.

Sin decir nada, me cogió de la mano y me llevó de vuelta a la Facultad; mientras subíamos las gradas, intenté excusarme, decirle que realmente lo sentía, pero ella no decía una palabra, me llevaba por delante; llegamos al cuarto piso; pensé que, en su locura de despecho, me iba a lanzar al vacío, o ella lo iba a hacer; las luces estaban ya apagadas, entonces abrió la puerta de uno de los salones, me hizo seguir y, sin esperarlo, se me abalanzó, de modo que casi nos vamos al piso; sentí cómo sus manos me sujetaban con fuerza, mientras me besaba, me devoraba, mordía mis labios, me apretaba contra ella; mi respiración se aceleró, la sangre me llegó a la cabeza, dio la vuelta y cogió mi mano para que acariciara su cuerpo; sentí la dureza de sus muslos, el calor de su abdomen, su pecho; se apretó contra mí más fuerte y lanzó unos gemidos, hasta que se alejó y rompió el silencio:

—¿Sí vas a ir?

—¿A dónde?

—A mi casa, a conocer a mi familia.

—Sí, sí, sí. ¡Voy a donde quieras; si es preciso hasta Vladivostok caminando! —Volvió a besarme, con más rudeza y desesperación.

A todo lo que me pidió le dije que sí; prendió la luz del salón, entonces abrió la puerta, me cogió de la mano, salimos de la Universidad y se despidió:

—Te espero el sábado, a las 3 de la tarde, en mi casa; aquí está la dirección —me dijo al arrancar una hoja de su agenda y, cuando quedé solo, con el papel en la mano, entendí lo que realmente había sucedido.

Jesús, ante lo que me había sucedido, solo atinó a reír; se contraponía a todo lo que creía sobre la realidad de las personas presas de la pasión; el mundo iba demasiado acelerado como para tomárselo en serio; de modo que, por sus comentarios, me pareció desbocado, trágico, irreversible, cómico, ir a encontrarse con los suegros, los yernos, las visitas y los paseos familiares, los bebés; no iba a ir; no iba a afeitarme, mucho menos a cortarme el pelo; ella entendería, tal vez, pero, la verdad, tuve que reconocer que, en este punto, ya iba a ser difícil alejarme de ella, pues no dejaba de pensar en sus movimientos de esa noche en el salón, colmar la curiosidad de conocer cada rincón de su cuerpo dominaba mis pensamientos, la idea de estar en cada centímetro de su piel, dueño de su boca tierna y seductora y cómo mordía su labio cuando recorría su cuerpo y lo estrechaba contra mí; la imaginaba desnuda a mi lado y moviéndose en desorden.

Jesús propuso la solución que haría que la tuviera, sin que me arriesgara a vivir aquellos momentos que despreciaba:

—Te vas a enfermar y yo iré en tu nombre a conocer a su familia; yo seré tú. —La idea no me parecía del todo descabellada; Jesús no tenía nada que perder, lo conocerían a él y no a mí; yo podría, entonces, descubrirla a gusto y, luego, daría marcha atrás, así que acepté; después me comentaría lo que había pasado.

Una vez llegó el día, a la hora acordada, lo acompañé hasta la esquina de la casa de Francisca; estaba justo al frente de la casa donde había vivido el antiprócer realista, sobre la 16, vi que se paró ante una casa de dos pisos de grandes balcones; afuera estaba el Lada de aquella noche del helado; Francisca abrió la enorme puerta de madera y, antes de que pudiera reaccionar, Jesús entro rápidamente.

Luego, me contó que cuando menos se lo esperaba, tenía al frente a una abuela con un rosario colgado al cuello y un vestido negro, que tal vez en años había sido el mismo, baja de estatura y trigueña, vestida impecablemente; y mi suegra, si así puedo llamarla, vestida de blanco iluminado, con un maquillaje que desentonaba en su juventud, solo las dos; en ese punto de la narración de Jesús, yo sentía cierta clase de lejano arrepentimiento de no haber sido yo el que hubiera ido, pues había tal vez magnificado la situación y esperaba una cena entera llena de los más remotos y políticos familiares que se abalanzaban sobre mí, y yo expuesto a su escarnio público, pues iban a indagar en mis más lejanos y ocultos defectos morales, pero no había resultado así.

Me contó, también, que la sala estaba llena de figuritas de todos los santos conocidos, un cuadro gigante de la Última cena, un atril con una Biblia, que debía valer más de lo que vale un semestre en la Universidad; tuvo que aguantar un interrogatorio; mientras respondía, volteó a ver a Francisca, pero ella lo ignoraba; tuvo que hablar de sus virtudes — mejor dicho, de las mías— con sus padres; la suegra le preguntó qué estudiaba y rápido le dijo que Derecho; le preguntó sobre sus padres y le dijo que vivían en Bogotá, que trabajaban los dos allá; que era de Bogotá y había venido a Pasto de pequeño, cuando lo trajeron sus padres, ya que tenían que trabajar en Pasto, los dos eran arquitectos, y que vivía en Pasto porque era pequeño y la vida era más cómoda que en la capital; siguieron las preguntas: ¿en qué barrio?, ¿cuántos años tiene?, ¿tiene hermanos?, ¿cree en Dios; cree en Jesús, Nuestro Señor y Salvador, que entregó su vida por el perdón de nuestros pecados?

—Amén, hermanos; ¡claro que sí!, —les había contestado.

Jesús siguió su guion, sin palabra alguna de Francisca y, entonces, había hablado Doña Benedictina, la abuela, cuyo nombre recuerdo perfectamente, sin saber por qué:

—M' hijo, ¿y cuándo piensa estar bien con la niña? Usted sabe que debemos estar en la gracia del Señor para estar juntos; no podemos vivir en pecado.

Aunque no había entendido eso de estar bien con la niña, le había respondido:

—Pues, la verdad, queremos conocernos mejor, pues así las cosas funcionan; aprecio mucho a su hija y estoy encantado de conocerlos, pero... —Ahí, entonces, había entrado el capitán, un hombrazo de metro con ochenta, con uniforme militar, que lo saludó y casi le rompe la mano al estrechársela; se presentó y, al enterarse de quién era, sin saludarlo, le dijo:

—¿Y usted, qué? No ha de ser de esos criptocomunistas, ¿no? No quiero que le meta esas ideas a mi hija en la cabeza, que yo sé cómo son ustedes; mejor es que ande despacio y así todos felices, porque nosotros, en la fuerza, nos esforzamos para que la gente viva bien, y les damos duro a esos desgraciados para que la patria esté segura; se va a portar bien, ¿verdad?, porque, si no, verá cómo somos nosotros allá en el monte con esos bastardos revoltosos.

Jesús, en verdad, no había sabido qué contestarle; se había quedado callado mirando al capitán, igual que todas las mujeres de la casa, incluyendo a Francisca, con sus manos enormes, a las que debería quedarles pequeño un revólver o una pistola, su uniforme verde y su Sig Sauer 9 mm en la cartuchera; tenía insignias en los brazos de algo que parecía ser un batallón de asalto y contrainsurgencia; había querido mirarlo a los ojos, pero no llegaba a ellos pues Jesús apenas le llegaba al pecho; había intentado no pensar en cuánta sangre tendría este hombre encima y que, de seguro, conocía los rostros del dolor y de la guerra.

—Mmm, no se preocupe, todo va a estar bien. —Nadie de la familia dijo otra palabra; reinó un silencio pesado, mientras Jesús se frotaba los brazos, miraba hacia todos lados y se metía las manos a los bolsillos; así había estado hasta cuando Francisca había dicho:

—Bueno, él ya tiene que irse, pues tiene que estudiar.

—M' hijo, ¡qué gusto de conocerlo!, que Dios me lo bendiga; acá lo esperamos, esta es su casa... —le había dicho la abuela y Francisca lo acompañó hasta la puerta del antejardín y le había lanzado una mirada que casi lo destroza. Entonces, Jesús le había dicho:

—Que él te explique —y se había despedido, había dado media vuelta y emprendido el camino hacia el Parque de San Felipe; allí se había detenido unos instantes a mirar una placa en el suelo; hacía frío, empezaba a llover; había seguido camino por la 27 hacia el oriente, arrastrando los pies con la cabeza gacha.

...Hubo un tiempo que fue hermoso  
Y fui libre de verdad,  
Guardaba todos mis sueños  
En castillos de cristal.  
Poco a poco fui creciendo  
Y mis fábulas de amor  
Se fueron desvaneciendo  
Como pompas de jabón...

## 5

Unos días después, tras unos cuarenta minutos apareció; traía una blusa un tanto transparente que dejaba ver su sostén, la chaqueta de cuero cerrada hasta sus senos, un jean ajustado; tenía un maquillaje que dejaba ver sus hermosos ojos miel; lo saludó con un beso largo y fuerte en la boca, mientras él la abrazaba de la cintura y la atraía; subieron a un taxi y fueron a “El Paraíso”, un hotelito cerca al estadio, entraron, él pago, ella quiso que apagaran la luz y prendieran el televisor; comenzó a besarla y a estrecharla contra sí cada vez más fuerte, entonces sintió sus senos duros, su piel suave; empezó a desnudarla y sintió que ella temblaba; comenzó a pasear la boca por su cuello, le quitó la camisa y comenzó a besar sus pequeños senos, mientras con su mano buscaba su sexo, que sintió tibio y húmedo.

Al fondo se escuchaba la voz de Alfonso Lizarazo y las risas pregrabadas; ella, entonces, comenzó a gemir mientras la acariciaba; se desnudó, se puso encima y antes de entrar en ella, Francisca le dijo una palabra imperceptible, que no alcanzó a oír; entró y comenzó a moverse rítmicamente con cierta violencia; sentía que ella estaba ajustada, aunque él se movía cada vez más rápido; luego, ella subió encima de él, que vio que se mordía el labio inferior y miraba al techo, gemía cada vez más y, antes de llegar al clímax, soltó un hondo gemido que lo estremeció; él quería estar más cerca de ella, penetrar cada parte de su piel, natural, sin ataduras ni barreras, sin futuro, sin angustias, egoísta, transfiguraba su rostro, su personalidad.

Ahora, estaba dentro de ella, como lo había estado con algunas otras, sin dramas ni supersticiones; ya no era ella, esa mujer enamorada; dejada de lado su razón, era el deseo sin rostro, sin palabras, era él un espíritu curioso que no quería encontrar un límite; el límite era el desborde, la caída desde la orilla del abismo, el sondeo de lo insondable, engañar, destruir, destruirse en el intento y sobrevivir para poder hacerlo palabra, infame y parásita; sentía que así se ensordecía ante cada palabra de afecto que ella le decía, mientras el sudor empezaba a bañarla y él a llegar a su apogeo. Una vez satisfechos, él se acostó a su lado, ella lo abrazó y empezó a decirle palabras de cariño, de hacer planes juntos, de salir más, de conocerse mejor, de viajar, de ver cursos juntos, de salir de paseo, que visitara su casa, que su familia sabría entender lo que había hecho.

Mientras tanto, él pensaba en los misterios del lenguaje: en por qué los húngaros mueven la cabeza de arriba hasta abajo cuando dicen no y de un lado a otro cuando dicen sí, ¿o eran los búlgaros?; en por qué *pound of cake* es un pastel; en por qué flor es masculino en italiano: *il fiore*, y eso tal vez era un absoluto cambio de la semejanza que, en esa parte del mundo, tenían las mujeres con las flores; si una flor no era algo femenino, entonces qué podría ser en la semiótica de un poema; ¿qué hubiera pensado Neruda sobre esto?; pensaba en las declinaciones del alemán y en sus verbos fuertes, ¡vaya que era difícil aprenderlo!, ¿cuántas conjugaciones?, y otras tantos temas lingüísticos que, en un constante y pueril ¿por qué?, le rondaban la mente; ella, ensimismada, pensaba en el mañana, en la prolongación de los dos en el tiempo:

—¿Hasta cuándo estaremos juntos? —La abrazó, le hizo sentir que también la amaba, como ella a él, y volvió a entrar en ella; no hablaba y pensaba, miraba por la ventana, el horizonte, la ciudad que emanaba veneno, los vidrios empañados, las luces en la distancia como proyecciones de infinitas galaxias desconocidas.

En medio de todo esto, se sintió solo; fue a bañarse y, mientras el agua caliente corría por su cuerpo, una náusea incontrolable le surgió de las entrañas y lo hizo vomitar; se repuso, volvió a la cama, se vistieron, la besó en la boca y salieron cogidos de la mano; ella, que ya había subido a un taxi, le preguntó:

—¿Cuándo nos vemos?

—Yo te llamo —le respondió y cerró la puerta del carro, que partió.

Él, mientras caminaba de vuelta a casa, en medio de la oscuridad de la Avenida Chile, acompañado del murmullo de ese caño putrefacto, pensaba en cómo saldría de ese puente largo en medio de la niebla, de ese dolor constante, esa desesperación, como el que busca con los ojos cerrados, como el que coge algo en sueños, con la pesadez de la llenura, ella empujada directo al vacío sin fondo aparente, con los ojos cerrados, y no sentía sino desagrado.

*Saint John of Pasto, 15 July 1812.*

*Now I don't know how I will be able to get at your side. The soul is intact, but the enemy is destroying us day after day; men is dying at my side, they come from the battlefield with their destroyed bodies, unrecognizable, blooded, and seriously injured. I only may think you, but this is stronger than me! Oh, my God! What I have done for deserving this painful valley? Why everything is against us? My loved, it does not matter my body's injuries if my heart is still beating. I won't rest, I swear it my loved Madame.*

*Much love,*

*Alejandro*

## 6

Se la vio esa tarde cuando bajaba por la calle de El Colorado hacia el centro; Helena estaba sola; la verdad, daba mucha tristeza verla así: se la veía nostálgica, hecha polvo; se la vio con la misma ropa de hacía tres días, las gafas negras para los ojos enrojecidos; estaba realmente en un estado de autodestrucción, tentaba de manera permanente a la muerte, jugaba con ella, la llamaba, la cogía por los cabellos y la arrastraba por el polvo; nadie, en verdad, la conocía; es más, creo que así muchos la hubiesen visto caminar, no hubieran alzado a verla.

Quisiera poderme ir solo, solo,  
sin depender de nadie y hacer mi vida solo,  
andar libre es lo que quiero,  
como si la realidad no la hubiese visto...

Recordó la imagen de las gentes en el altiplano boliviano, con sus follados y sus sombreros que tapaban el sol de los 4000 metros de altura; había visto a esos niños que sonreían con sus mejillas tostadas, sus pantalones sucios y sus bucos de lana de colores, que jugaban con las alpacas, recolectaban paja y leña, con el Titicaca y la Cadena Real de nevados coronada por el Illimani; recordó el frío y el viento que le cortaban la cara, se la desgarraban y el paisaje dominante del *Imai Sapara*, que le hacía sentir el frío en sus pulmones, que respiraban libertad; pensó en la felicidad de la sencillez de una vida sin ambiciones, sin perspectivas: no más que jugar a la vera del tren, entre las alpacas, y respirar ese frío penetrante.

Anhelaba esa simpleza bucólica, esa felicidad de montaña y quiso estar allí, en el azul profundo del Titicaca, entre esas gentes enigmáticas y reacias, recorrer cada una de sus islas, navegar hacia Bolivia, pero sola, sin lenguaje, sin nadie que la molestara, ni siquiera con sus miradas; eso era lo que la había movido a dirigirse hacia el camino de los Andes aquella vez; era esa necesidad inefable de moverse, de sentirse materia vital, un átomo en perpetuo desplazamiento; no importaba el final del camino, ni el paisaje, ni el país, ni el clima, ni la temporada, ni el bus, ni la comida; era la necesidad de vida creada por el miedo, que la hacía que se moviera.

La vida es perpetuo movimiento, flujo constante y eso la había motivado la primera vez, pero lo había hecho con miedo, el miedo que le cerró los ojos, miedo a que el bus se estrellara, miedo a morir de apunamiento, miedo a morir atropellada, miedo a viajar sola; miedo a que, en alguna calle, un ladrón le hiciera sangrar las entrañas; miedo a terminar como una NN en algún lugar frío, miedo a morir con el boleto de tren en el bolsillo, miedo a una suerte de certidumbre catastrófica respecto a que quería dilucidar cuál sería ese final o, mejor, cómo sería: ¿muerte natural?, ¿accidental?, ¿asesinato?, ¿accidente de tránsito?, ¿explotaría acaso el volcán?, o ¿resbalaría en una cáscara y una piedra tan diminuta como un dado le perforaría el cerebro?

Siempre esa incertidumbre le había surgido de la cabeza, desde que tuvo conciencia del fin: tendría unos 9 años, cuando un bus había despedazado al “hermano” de su padre en la Vía Panamericana con 15, cuando este, descalzo, huía de sus captores, como su padre siempre los había denominado; le pareció aquella vez tan enigmático el cajón de madera que unos pocos observaban entre sollozos y silencio; nadie se podía acercar a verlo, estaba sellado y no sabía si debía llorar como los otros, porque nunca antes lo había hecho, nunca antes había estado ahí; solo lo hacía en la escuela, cuando peleaba por un juguete con otra niña, o el vendedor había puesto una bola tan grande de helado que había caído al suelo, o cuando el trompo había girado tan rápido que la había hecho caer y raspase las rodillas; estos habían sido momentos verdaderos que, hasta entonces, habían merecido sus lágrimas.

Ahí no tenía una certeza absoluta de que su tío, aunque no era de sangre, pero su padre siempre le había llamado hermano, en realidad estuviese muerto, y nunca más volvería a verlo; había ido la primera vez a verlo a escondidas de su madre, pues ella le había dicho que quería conocerlo, a esa persona por la que su padre, cuando hablaba, se le enrojecían los ojos y salía casi corriendo al patio a fumar y solo volvía cuando se había acabado toda la cajetilla; a esa persona que siempre estaba en los cuentos de cama antes de dormir y su padre lo dibujaba como un hombre musculoso, lleno de valor y de superpoderes, capaz de enfrentarse a cualquier monstruo de todas las mitologías reunidas, o capaz de sobrevivir en cualquier lugar inhóspito del mundo sin perecer en el intento, para llegar sano y salvo a casa. Entonces, cuando le preguntaba a su madre, esta comenzaba a insultarla, sin razón aparente se le brotaban las venas de la cara y empezaba a temblar.

“Las aventuras de mi tío”, ese había sido su primer escrito en la escuela; lo había hecho con todo lo que se recordaba de esas tardes en las ausencias de su madre, en que sentada en las piernas de su padre le brillaban a ella los ojos cuando su padre le hablaba de él con la mirada clavada en la ventana para mirar al occidente; un día su madre descubrió el escrito y, al leerlo, encolerizada, se lo rompió en la cara a su padre y salieron hacia la habitación como siempre lo hacían, con ese silencio pesado que antecedió a aquello que a ella siempre le producía miedo y sucedía desde que tenía memoria; entonces, ella solo se ponía las manos sobre las orejas y corría a su cuarto a meterse debajo de la cama y esperar que terminara el estrépito.

Así, la primera vez, cuando estaban rumbo a la escuela y su padre le dijo que ese era un día especial, que iban a conocer a su tío, entraron a aquel lugar frío, lleno de habitaciones blancas y acolchadas, caminaron entre los pasillos y ella comenzó a temblar; cuando su padre la calmaba, se abrió la puerta de la pequeña habitación y, entonces, él estaba allí,

parado sobre la cama mirando la pared; era más sombrío, delgado y diminuto de lo que una niña esperaba de un superhéroe; sintió que quería irse, ella que, detrás de las piernas de su padre, lo observaba; él lo saludó y este siguió inamovible en su posición inicial; ella, que buscaba la mirada de su padre, intentó hablar, pero él puso su índice sobre los labios; de repente, este comenzó a moverse y a gesticular, a mover la cabeza con vehemencia, como si pronunciara un discurso ante un estadio monumental; entonces, una vez dominado, agachaba la cabeza y le brillaban los ojos; movía las manos con furia y agitaba el aire en derredor, como si llevara la batuta y dirigiera una sinfonía; las venas de su cuello se le brotaban, saltaba sobre la cama y chillaban los resortes; ella sonrió, puso su mano sobre la boca para ocultar su risa; ante esto, él, que aún le daba la espalda, levantó la mano con la palma abierta, se serenó un poco más y ahora movía las manos con mayor armonía, como si estuviese cosechando pistilos, luego se quedó quieto con el pecho en alto y fue entonces cuando volteó a verlos y les hizo una venia, llevando el brazo hacia el abdomen e inclinándose.

—Solo los grandes de corazón, mmm las grandes, —corrijo—, pueden escuchar los discursos del silencio.

Cruzó con su héroe por primera vez la mirada y le tomó una foto mental que jamás desaparecería de sus recuerdos; ahí, ella, para sorpresa de su padre, comenzó a aplaudir y a reírse incontinentemente; éste se bajó de un salto de la cama y vio a su padre.

—¿Es ella?

—Mmm, ¿qué? Ah, sí, ¡es ella!

La cogió entre sus brazos y le recitó unas palabras que le sonaron armónicas y bellamente sonoras, algo que debía ser seguramente un poema o un aforismo, que ahora no podría recordar.

—Que la compasión con el amigo se oculte siempre bajo una ruda corteza; has de dejarte un diente en él, así tendrá tu compasión, tu delicadeza y tu dulzura.

Esa tarde, al volver a casa entendió, sin saberlo, que los superpoderes de su tío estaban más allá de lo que ella sabía conocido; ahora, cada cuanto era ella la que le pedía que fuesen a verlo y, a escondidas de su madre, inventaban una cita en el odontólogo, una clase de piano o cualquier otra cosa para que su madre no cayera en cuenta; su padre nunca supo responderle con la suficiente convicción por qué siempre estos encuentros debían ser a escondidas de ella y ahora no lo entendían porque no se repetirían los momentos en que la había cogido entre sus brazos y, tentando a la gravedad, la arrojaba hacia el techo para recibirla de nuevo entre sus brazos, o la hacía reír al hacerle cosquillas o sacarle la lengua y esconderse entre las cobijas, o esas tardes en que él, al mirar a la pared arrodillado, decía esas bellas palabras que a ella, aún sin entender su profundidad, la regocijaban y le daban fuerza; no sabía por qué eso no podía volver a pasar.

Acompañó el féretro en la misa y el padre, al alzar los brazos al cielo, dijo sus oraciones y anunciaba los castigos; después, en el cementerio, mientras el ataúd descendía hasta el fondo de la tumba, ella no entendía la contradicción de aquel Dios, que está en el cielo pero

nos manda al fin hacia la tierra: ¿deberíamos, entonces, rezarle mirando hacia abajo?: le pareció más lógico en ese momento; después de arrojadas las flores y derramadas las lágrimas y puesta la última palada de tierra, le preguntó a su padre, de una forma desgarradora y tenebrosa, que rompía, sin saberlo, el misterio que siempre la había rondado, que si sabía cómo iba ella a morir, si gritaría como lo hacía su madre cuando se encerraban con su padre en la habitación, que desde adentro se estremecía y todo aparecía desordenado y su madre, durante varios días, se negaba a verla u ocultaba su rostro; le preguntó si sabía cómo iba a morir él o su madre; si sería como el tío, que no podría verlo y solo lo meterían en una caja de madera sellada, y cómo iba a saber si él, en realidad, estaba metido en esa caja que le mostraban; qué iba a hacer si se quedaba sola y si se iban de la casa y no volvían a aparecer así como su abuela; le pidió, entonces, que ratificara la incipiente certeza que ella tenía sobre la verdad del largo viaje que su abuela estaba haciendo.

## 7

Su padre guardó un largo silencio, sin saber qué le podía contestar; su abuela había estado muerta por mucho tiempo y ella solo en ese momento lo iba a descubrir; después de una larga agonía hospitalaria, el cáncer le había carcomido el cuerpo, había hecho metástasis; la llevaron a casa, sin que Helena se enterara de dónde estaba, ni saber por qué un día ya no pudo entrar a esa habitación del último piso de la casa, que aparentemente estaba vacía y silenciosa, pero había empezado a emanar un olor que se esparcía por todo el patio y Helena, sentada en la fuente, miraba hacia la gran puerta de madera y la intensidad de ese olor le ganaba a la curiosidad.

Sus padres le decían que no preguntara, que eran cosas de adultos las que estaban ahí; era un olor seco, penetrante, que le llegaba hasta el estómago y le provocaba vómito; no había vuelto a oler en algún objeto algo parecido a eso, ni en la tierra, ni en la sangre; tal vez en los hospitales, aunque no podía describirlo, pero supo, tiempo después, qué olor era, cuando volvió a sentirlo de nuevo años después, en su padre; ¿qué hubiera pasado si hubiese entrado a esa habitación y hubiese visto a su abuela con la piel pegada a los huesos, calva, conectada a un tanque de oxígeno, con su respiración casi imperceptible?; después, en su misma casa y solo se había enterado dos años después, no supo qué pensar en ese momento; le pasaba lo mismo que con su tío, tenía una suerte de doble incomprensible sentimiento muy cercano al dolor físico, pero muy difícil de poder saber en qué parte exacta de su cuerpo se encontraba.

Siempre había creído en lo que su madre le decía: que ella estaba lejos y no se tardaría mucho en volver, porque estaba de viaje; que antes de que volviese a verla, hacía mucho que no la veía cruzar esa gran puerta de madera; que solo lo hacía dos veces en semana: una para ir a San Felipe a la misa, la otra a hacer el mercado de frutas; cuando salía a la calle, su padre se burlaba de ella, sin tener en su risa ese tono malévolo del compañerismo, uno porque nunca había sido un hombre devoto, y otro porque salía a comprar las frutas hasta la

Plaza del Obrero, cuyo camino era más empinado y alejado que el de la Plaza Central de la calle 19, la que quedaba cerca al terminal, al decirle que debería conocer la ciudad:

—Hay otras iglesias y otras plazas, Doña; es más, creo que estamos invadidos de ambas.

Le decía que no debería tenerle miedo a la ciudad; ella volteaba a verlo con la mirada encendida y los brazos le temblaban; su madre empezaba, entonces, a vociferar contra él y su padre a defenderse, alegando que solo quería bromear; entonces, una vez ella misma le preguntó por qué iba tan lejos si la otra plaza era más grande y más cercana; que si fuera a la otra plaza tal vez se cansaría menos; ella le contestó, entonces, con un silencio largo y una bofetada incomprensible, a la que su padre reaccionó con vehemencia:

—¿Por qué le pega?

En su vida, alguno de sus padres lo había hecho; su madre le pidió disculpas en nombre de ella; después, la abuela hizo de cuenta como si nunca hubiera sucedido y Helena también, al ser tan efímero el rencor de un niño; a ella ya le estaba costando mucho trabajo poder entender cómo, si la abuela casi toda la vida, o al menos la que ella le conocía, se la había pasado metida en casa con sus santos, de todos los nombres, tamaños y colores, rezando su rosario, prendiendo sus velitas, vestida de negro, viviendo cada día con una pasividad admirable y estoica, cómo podía estar ella de viaje si apenas si se asomaba a la ventana para ver impasible cómo pasaban los transeúntes de la carrera 27.

Cuando terminó sus viajes de abastecimiento al mercado del Obrero y, también, muy a pesar de aquellas peregrinaciones de domingo hasta San Felipe, la recordaba tan callada y solitaria, a la sombra del árbol de capulí, acariciando a los gatos y a Helena, cuando se le acercaba, le acariciaba levemente la cabeza como si fuera uno más de los felinos que tenía en su regazo; le pedía que rezaran juntas por el perdón de los pecados de la humanidad; ella, con su naciente creencia indecisa, con la educación ambivalente de sus padres, cerraba los ojos como ella y se ponía de rodillas a su lado e intentaba llegar a ese grado de imaginación que tenían las personas que rezaban para establecer esas comunicaciones supraterráneas que nunca había podido lograr; en silencio, se quedaba, entonces, solo moviendo los labios, sin pronunciar palabra alguna, como lo hacía el tío, hasta que la abuela se quedaba dormida y ella la dejaba allí en su felicidad de silla mecedora.

Solo el frío de la noche la despertaba y pegaba un gritito para que su madre fuera en su ayuda para pararse; su padre muy pocas veces le dirigía la palabra y menos aún iba en su ayuda al despertar de sus prolongadas siestas seniles; entonces, era Helena la que iba en su apoyo cuando no estaba su madre, un apoyo que se figuraba más moral que físico; ya había caído en cuenta muchas veces que solo se hablaban y cruzaban la mirada cuándo ella estaba presente; el resto de días de convivencia de casa era como si él no existiera y ella ya había aprendido a reconocer que cuando alguien no quiere responder, lo mejor es no preguntar.

Enojada, le pidió, entonces, a su padre que la llevara a ver dónde estaba ahora y hasta allí fueron; ella se arrodilló ante la lápida, acarició con sus dedos el nombre, no derramó en aquella ocasión lágrima alguna; mucho tiempo después, le pareció más útil la sinceridad que guardarle tamaño secreto; no entendía cómo pudieron haberle reservado ese dolor; se sintió extraña, como si no hiciera parte de ese hogar que, para ella, cada vez más se iba

reduciendo; en ese momento, no sabía cómo interpretar ese dolor, pero sí supo cuál sería su camino, aunque le pareció detestable; el miedo a una muerte en un momento inesperado sería lo que desde entonces siempre la determinaría.

Así, aquella vez del viaje al sur, se despidió de algunos, como si de manera manifiesta este viaje fuese el último, como si la muerte no pudiese encontrarla aquí y necesitara ir por ella a otro país; se sintió tonta y hasta avergonzada, al haber vuelto viva, después de haberse insinuado tanto; qué habrían pensado todos aquellos con quienes cruzó palabra antes de que cogiera el primer bus que la llevaría hacia al sur; sublimes sonaban sus palabras:

—Hasta pronto, señor rector; ya nos volveremos a ver, doña Victoria. —¡Qué sandez!, ¿qué pensarían cuando volvió viva?: “esta pobre mujer necesita cariño, pero no de un hombre, sino el cariño que se le da a un perro”, que es un poco menos que la lástima. Así, esa certidumbre sublime y tontamente poética le había cerrado los sentidos, le había inoculado todo tipo de sentimiento filial hacia alguien o hacia algo; incluso hasta hacia ella misma, le parecía innecesario y hasta incomprensible.

Así, de camino, en la madrugada, por la Avenida 28 de Julio, en Lima, se asomó al puente del deprimido de la Victoria, vio los carros del carril rápido que iban y venían a toda velocidad, se asomó sobre el pasamanos y no le pareció mala idea subirse sobre él, puso sus pies y atravesó la baranda y trató de guardar esa última fotografía de su existencia, el Estadio Nacional, la 28 de Julio al occidente, que lleva a Miraflores; volteó a ver hacia todos los lados y se dio risa; tal vez le faltaba algo qué hacer en su vida.

La verdad no era tan sublime: “Si caigo desde aquí, quedaré destrozada; como me enterrarán en mi ciudad —eso, muy en el fondo, no le importaba—, ya no seré yo, será algo que era mío, pero que ya no me pertenece; una más en esta gran urbe tóxica y desordenada”. Entonces, revisó el inventario de los logros de su existencia, respecto al viejo proverbio oriental: el árbol..., había muchos sembrados; el libro..., bueno, también estaba; faltaba dejar descendencia, alguien con vida que hablara de su paso por este mundo cuando ella ya no estuviera, una huella tangible y real que pudiera describirla, que pudiera eternizarla en la evocación en el recuerdo, alguien por quien sentir amor incondicional y que fuese recíproco: *Ma vie n'est fait pas: il faut quelqu'un, ou quelqu'une, peut être*. De modo que bajó de la baranda y caminó hasta el hotel; tenía que seguir; este aún no era el tiempo de partir.

La noche siguiente caminó hasta el Larcomar, en Miraflores, bajó a la playa con varias cervezas en la mano, se acercó al fuego y a la música; iba a tropezarse con quien fuese, sin saber quién y encontraría allí lo que buscaba; comenzó a besarse con un hombre, cuyo nombre no recordaba; impulsados por el alcohol, subieron desde la playa tomados de la mano, buscaron un hotel, él empezó a besarla con deseo, tal vez sí que era hermoso; los australes tienen, de muchas, ese reconocimiento y este hombre era todo un hombre, argentino; excitado, la desnudó con prisa; ella no miraba sus ojos, no sentía sus caricias, mientras él le decía palabras impulsadas por el deseo; ella, lejana, solo estaba inmóvil y silenciosa, mientras le hacía el amor; empezó a pensar en la miseria de los últimos días que vio a su madre, en los golpes que le daba su padre; sintió *le mal du pays*, pero no era ese sentir llamado nostalgia, que produce el alejamiento del lugar donde se ha vivido o del

lugar donde se ha nacido; era algo más cercano a *le mal de manque du corps*: el aroma de su madre se había desvanecido; los abrazos de su madre, el color de sus ropas, ¿cómo eran sus ojos?, ¿serían como los míos?

Quiso que acabara y poder ir a verse al espejo; el calor de su cuerpo trató de arrastrarla, en ese instante de pasión no compartida, cuando buscaba ser aquello que no recordaba, aquello que no había podido tener; las palabras de su madre eran difíciles de recordar; la imagen de ella en su memoria, que más recordaba, era la de una fotografía de medio cuerpo, la única que ella había conservado en secreto ante la destrucción de su padre, donde ella la cargaba en brazos y vestía una blusa blanca: Helena apenas si tendría un año, vestida entera de rosado; al fondo el capulí y la hiedra que se agarraba con vigor al muro del patio; solo estaba esa imagen ficticia, pues en realidad no la recordaba cómo era; buscó un instante, aunque fuera uno de felicidad familiar, de complacencia, que le diera cabida a la continuidad de la vida y no lo encontró, entonces comenzó a llorar desconsolada; su amante no la entendió; lo apartó de su lado, se paró, fue al baño y vio su rostro en el espejo, paseó los dedos por sus mejillas, por sus ojos, por su boca y en absoluto encontró semejanza alguna con ella: no había una imagen, una marca, aunque fuera ínfima, un lunar, una pequeña mancha, nada; no había cosa alguna que la atara a ella y, con querer verdaderamente sentir el ser madre, encontró más de ella en su padre: sus ojos, su nariz, sus manos y hasta su vocación; le dio un puño al espejo y se agachó a vomitar.

Esa noche comprendió que no quería eso, y era definitivo y radical; le dio un beso en la mejilla, se vistió y salió del hotel; siguió su viaje, en realidad, con la misma idea que hacía mucho tiempo la inundaba; sus relaciones habían sido fugaces, escasas, sin mucho sentimiento: nunca había escrito una carta, nunca había dicho una palabra sincera de cariño, nunca había buscado a un hombre y, es más, no sentía que hubiese amado a alguno; había entregado su virginidad en un desliz étlico en la universidad, sin placer, sin angustias amorosas, sin llamadas posteriores; días después de salir de la megaurbe costera, ya en La Paz, al tomar una Paceaña en la Plaza Murillo, ante la mirada juzgadora de todas esas musas que, en eterno mármol, se alzaban desde la eternidad, sintió que tenía que volver, ya segura de lo que había descubierto; así, sintió que realmente había cambiado y en absoluto le importó: lo había mantenido guardado por miedo, ¡cuántos años sin poder realmente sentir lo que quería!: “*alors, à la recherche du temps perdu*”; ¡ya qué importaba si alguien llegaba a saberlo!, aunque no iba a decirlo, claro está; cuando se descubriera, no le importaría; ninguno tenía, según ella, la capacidad moral para poder establecer algún tipo de juicio: ni sus estudiantes, ni sus jefes, nadie.

Quiero perderme en la nada,  
quiero entregarme al olvido,  
tengo el alma destrozada  
por la crueldad del destino.

Yo te adoré sin medida  
y te entregué el corazón,  
tú me quitaste la vida  
y la llevaste al dolor.

## 8

Así, volvió del viaje a su rutina devastadora con sus estudiantes que, en ciertas ocasiones de los últimos años, había llegado a sentir que los odiaba; como natural respuesta a este sentimiento, sus palabras en las clases se habían vuelto, con los años, bastante confusas, ambiguas, subjetivas, densas; quería provocarles cierta clase de herida mental en su orgullo intelectual, pero esos muchachos no lo sabían y ni siquiera la escuchaban; entonces, hacía un taller y todos, al final de la actividad, tenían 5 o 4.8; por lo menos, esta era una forma de encontrar en alguno de ellos una chispa de despertar; la complacencia era su religión, pero no la de antaño, que obligaba a creer en fantasías y controlar el comportamiento moral de los que hacían parte de ella; era otra, en cierta forma más subyugadora y perjudicial, era la vanidad, la búsqueda insaciable de personalidad, la música sin contenido, sin concepto; sin camino de ascenso en el diario vivir, solo vacío, pero no ese vacío que crea en el estómago una náusea que podría llevar a vomitar y sentirse vital; era un vacío de bodega, falto de...; era nada, interés de poder, y ellos eran felices en medio de tanta ignorancia; atrás habían quedado los días de profunda alteración emocional en sus clases; eso la había llevado a emprender ese viaje sin retorno; ya hacía muchos años que los ojos le habían dejado de brillar; esa pasión, que era flama pura inspirada en los días de la Universidad, ahora era un trozo de carbón consumido; afuera, todas esas ideas habían perdido su encanto: al principio, con las palabras de sus grandes autores frescas en la memoria y una educación para el cambio como el arma más poderosa de la sociedad, había acabado con la mediocridad, la rutina y la burocracia; ya había incluso aprendido a controlarla, les daba lo que querían, pues el impulso se había perdido.

Aun así, cada tanto aparecía un estudiante impetuoso, contradictorio, propositivo, creador, teatrero, poeta, escritor, músico, filósofo; a todos se los anatematizaba y, a pesar de todo, buscaban un último refugio en ella, como si no fuese suficiente su aparente apatía para

mostrarles que encontrarán un camino a la felicidad que producía la ignorancia, como si supiesen que adentro ella era un taco de dinamita listo para estallar junto con todo lo que la rodeaba; pero Helena los rechazaba, actuaba como una burócrata, aconsejaba como tal, desengañaba sus sueños de cambio para el salón, para el colegio, para la sociedad, para sí mismos y para el mundo.

Era la más cruel de todos, tanto así que ya la tenían hacía mucho en buen recaudo por su papel de “consejera”, pero todos esos sueños rotos en algunos de sus estudiantes la atormentaban muchas veces, le volvían en sueños, pero se convencía que era lo mejor que había podido hacer por ellos, ese era el legado inverso de su padre; no quería ese mismo destino, ni para ella ni para sus estudiantes; ortopedizarlos era lo mejor, era una forma de negarse a sí misma en las cosas que, de común naturaleza, encontraba en los demás; era romper el espejo.

Tanto había interiorizado esta actitud, que amaba a los conformistas, a los desinteresados, a los mediocres, a aquellos imperceptibles en sus clases, los amaba de verdad; durante cuántos años su padre había emprendido esa lucha de soñador incansable y había terminado olvidado, en la miseria; por cuánto tiempo él, desde el reconocimiento que había ganado como un gran educador, había emprendido una lucha por sus estudiantes, cuántos años le había dedicado a esa labor ingrata; aunque Helena no lo reconociera a menudo, su padre había sido un gran hombre: había propuesto, desde su Secretaría, reducciones económicas a los fondos de los sindicatos con el fin de crear Fondos de becas educativas para que los mejores estudiantes pudiesen estudiar carreras universitarias; en su empeño, inconveniente para algunos, había logrado que dos estudiantes fuesen a estudiar al exterior, hasta cuando algunos de esos fondos aparecieron en sus cuentas y lo juzgaron, criticaron y procesaron.

Helena nunca había querido saber lo que en realidad había sucedido; su padre, después del proceso, volvió a casa, pero Helena se había ido; volvería, al principio, todos los días; luego, una vez por mes; después, solo apareció una enfermera; Helena lo visitó en sus últimos meses; él le preguntaba por su madre; sin saber qué responder, la primera vez le dijo que estaba de viaje, que volvería pronto; intentaba sostenerle siempre la misma historia cada vez que se veían, pero siempre, después de decírselo, quedaba en ella un sentimiento contrario; cada vez que le preguntaba, ella quedaba callada unos largos segundos en los cuales la mirada de su padre la auscultaba, casi con la mirada vidriosa y las manos temblorosas, hasta que ya no pudo más y cuando se lo preguntó, de nuevo ella, decidida, le dijo que una mañana ya no amaneció, ni ella ni sus cosas aparecieron en la casa; en la noche estuvo anticotidianamente afectuosa, sirvió la cena sin prorrumpir queja alguna, pero como siempre comieron en silencio; ella estaba en la primaria, se fue a dormir y, quizás sería un sueño pero, antes del amanecer, una boca cálida se había pegado sobre su frente y una leve caricia se había paseado sobre su rostro; eso apenas alcanzó a despertarla, sintió húmedo su rostro, abrió los ojos y en medio de la oscuridad alcanzó a ver una silueta que sigilosa abandonaba su habitación.

Su padre había sentido cómo ella se despertaba, abría el armario y cogía una maleta que hacía mucho tiempo ya estaba hecha, intentó volver a sentir que dormía, sintió cómo intentaba dar suaves pasos pero el chirrido de las duelas la delataba; luego, sintió el sonido pesado y metálico de la chapa de la puerta y después el estruendo que ésta causaba al

estrellarse contra el marco, fue ahí cuando rápidamente se levantó de la cama, corrió hasta asomarse al balcón, para ver que ella estaba en la esquina metiendo la maleta a un carro que él sabía conocido; antes de entrar, ella volteó a ver a la casa, lo vio ahí parado en el balcón, se quedaron un leve segundo mirándose hasta que él agachó la cabeza, ella entró y el carro arrancó por la 17 hacia el norte; las piernas le temblaron y quedó arrodillado, poniendo su cara contra las barras de madera de la baranda; solo cuando despuntó el sol volvió a entrar a la casa, al entrar a la cocina observó que sobre la mesa del comedor había una carta que ella firmaba, la cogió y sin ni siquiera abrirla prendió la estufa y dejó que se consumiera; ella despertó y vio que su padre había hecho el desayuno y tenía lista su maleta para el colegio.

—¿Dónde está mamá?

—Se fue.

—¿A dónde?

—Se fue.

—¿A dónde?!

—Se fue, Helena; se fue y ya no volverá.

Ella salió corriendo por cada una de las habitaciones de su casa gritando el nombre de su madre, salió a la calle corriendo en medio de los carros, cruzó la esquina de la 16; su padre, que iba detrás de ella, la alcanzó solo hasta que llegó al Parque de San Andrés, ahí se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo, entonces, rompió en llanto frente a esa en apariencia amorfa escultura de piedra que inerte la miraba mientras sostenía un hijo en los brazos; así, al principio pasaba las noches desvelada, frente a la puerta, esperando que se introdujera la llave y ella entrara; en las clases sus apuntes solo eran planas enteras con el nombre de su madre, la dibujaba, susurraba su nombre, les preguntaba a algunos de sus conocidos, que ni siquiera eran capaces de responderle con la mirada, solo con un gesto repetitivo de izquierda a derecha con la cabeza; la dibujaba, una y mil veces, con lápiz, con crayones, con lapiceros; se le aparecía de espaldas en sueños, donde la miraba en el horizonte y, al acercarse, la imagen permanecía lejana, así que corría cada vez más fuerte y el suelo se hacía fangoso, tanto que no podía avanzar y se hundía hasta sentir que se ahogaba.

Así, se levantaba gritando sobresaltada, con la respiración entrecortada; su padre nunca apareció para despertarla, tuvo que aprender a hacerlo sola; en las reuniones de padres, en su colegio, sentía la mirada juzgadora de cada uno de sus compañeros y familiares, al verla solo de la mano de su padre; al principio esto la atormentaba y llegaba a llorar a la casa; escuchaba comentarios de sus compañeras sobre el vestido que les habían comprado sus madres o el peinado que les había hecho, y sentía que cada palabra iba directo hacia ella, salía con los puños apretados y se sentaba en el baño a escribir en la puerta el nombre de su madre; tuvo que aprender a ignorarlos, a despreciarlos.

A la mitad de la mañana, cuando todos salían al enorme patio de Liceo de la Merced, ella

se quedaba en una esquina del patio, donde nadie pudiera verla; después, fueron menos las noches que se quedaba frente a la puerta, menos los sueños en los que ella aparecía, menos las intenciones de coger una maleta y salir en su búsqueda, se diluyó en un instante no premeditado, sin darse cuenta en qué momento el sentimiento había desaparecido, y no había quedado nada, ni un antes, ni una incógnita, ni un espacio vacío, solo un camino al frente que supo aprender a construir sola.

Desde el abandono de su madre, ninguno de los dos había hablado sobre ello; su padre siempre cambiaba de tema, o respondía con palabras secas:

—No volverá.

—¿Por qué?

—Porque las personas hacen lo que quieren.

—¿Y dónde está?

—No sé.

—¿Con quién se fue?

—Tampoco sé.

Al principio él llegaba tarde a la casa casi en la madrugada y entraba directo a su cuarto; ella le decía que tenía hambre y este solo arrojaba unos billetes por debajo de la puerta; tardes enteras ella lo veía como él observaba el horizonte desde la ventana del balcón fumando un cigarrillo que encendía con la colilla del anterior y pasaba horas enteras con la mirada vacía sobre lo lejano; ella lo miraba por la espalda, estaría ya en el colegio, intentaba abordarlo, darle un abrazo y preguntarle, pero a su cabeza llegaban las imágenes de ellos dos, de mañanas de tensión, de noches frías, de madrugadas interrumpidas por gritos y golpes contra la pared; daba media vuelta y lo dejaba solo; ella se cansó de preguntarle y, sin entender la razón de su madre del inicial sentimiento de tristeza, comenzó a sentir lo contrario, algo muy cercano al odio; solo ahora, después de tantos años, se había roto el veto de silencio de parte de él y ella también tenía derecho de hacerlo.

—Nos abandonó y nos dejó una carta que nunca me dejaste leer, y todo tal vez gracias a ti.

Así después de que rompió el secreto que por lástima guardaba cada vez que su padre preguntaba por la verdad sobre su madre, ella, sin dubitarlo, le desgarraba la verdad en la cara y al principio solo le pedía, después casi le suplicaba que le dijese qué decía esa carta que tanto había guardado y que ella ignoraba que hacía mucho estaba hecha cenizas; él, postrado, solo la quedaba viendo, sin saber qué responder; ella lo insultaba, aunque ignoraba que su padre, todas las veces, al dormir olvidaba lo que había sucedido, el dolor desaparecía; y al despertarse, preguntaba de nuevo por ella y lloraba cada vez que Helena lo enteraba del abandono de su esposa; así aún él estuviese postrado en la cama, ella lo insultaba y le exigía la verdad; él soltaba las lágrimas, mientras decía que simplemente no recordaba lo que había sucedido, y sus ojos se inundaban de lágrimas, intentaba abrir la boca y dejaba sus ojos elevados, pero nada, ninguna palabra le salía, era como estar en un

puede en medio de la niebla; volteaba a ver hacia atrás y nada parecía haber existido, era como haber nacido hoy y no sentir el peso de la existencia, carecer de un sentido profundo en el tiempo, como la existencia de un hueco o una piedra, sin tiempos que la movieran; así, ella, desesperada, dejó de visitarlo.

La última vez que lo vio estaba más lúcido y sintió ella ese olor que ya conocía, que no era a tierra ni a sangre; supo bien el tiempo que restaba; no la saludó y ella se quedó parada mirándolo y sintió, como hacía mucho no lo hacía, su mirada; él le pidió perdón; Helena salió de la habitación sin decir nada; ese legado de miseria no quería repetirlo; sin saber si había sido culpable o no su padre, sin saber si su madre estaría viva o muerta y peor aún era pensar que ya no le importaba, era un destino que no quería repetir.

Hasta allí llegaron esos primeros días de soñadora, cuando aparecía todos los días con una propuesta innovadora para la creación de proyectos educativos humanizantes, como “El teatro como forma de resolución de conflictos y canalización de la violencia”, o el “Taller literario Balsa de piedra para la formación del espíritu creativo y crítico”; cuántas noches había planeado los objetivos, los cronogramas, las actividades, había soñado en ponerlas en marcha con los estudiantes, publicar sus escritos, llevar las puestas en escena a los barrios marginales o, mejor aún, salir de la ciudad con el grupo y merecer reconocimiento por sus labor pedagógica, pero todo se había quedado en el papel:

—El señor rector lo está revisando.

—Dese una vuelta la otra semana, profesora, —o:

—No, este año no tenemos presupuesto para eso, —o:

—Es que eso a ellos no les gusta. — ¿Cómo iban a saber ellos, detrás de un escritorio, lo que les gustaba o no a los estudiantes?, pensaba Helena, pero lo que más la había indignado fue cuando un día, al estar en una reunión con todos los profesores y los directivos, el rector le dijo:

—Mire, a nosotros los padres de los alumnos nos pagan para que les enseñemos lo que ellos necesitan para la vida; aquí no nos pagan para que los hagamos Premios Nobel.

... y cuando el corazón mustio se hunde  
en las tumbas del último latido,  
en la sombra el suspiro se confunde  
y se oculta en las grietas el gemido

y vivo así cual ave desbandada  
buscando el nido que amo con delirio,  
buscándote en mis sueños, mi adorada,  
buscándote en las noches, ¡blanco lirio!

## 9

Después del viaje, llegó como lo había hecho a las clases los últimos años, saludó, no escuchó un saludo de respuesta, se paró al frente y comenzó su monólogo exterior, ante un teatro mudo, sordo, ciego, ensordecedor, una pobre actriz que recitaba a Brecht en una porqueriza, llena de cerdos; así, hasta cuando una voz, en medio del ruido, ante la rechifla y el ruido que hacían sus compañeros, se escuchó:

—¡Aprendería más leyendo en mi casa, que en este panóptico! —El salón se silenció; apartó sus ojos del libro y buscó a la que se había atrevido a hablar de esa manera; haría lo de siempre, daría un regaño lleno de egoísmo y la callaría al amenazarla con ponerle un uno en disciplina o, mejor, un cero; estaba parándose del escritorio, cuando la misma voz femenina dijo:

—Años enteros la hemos pasado aquí metidos, socializándonos para lo que nos espera afuera, aprendiendo los métodos, el saber y la conducta para “ser mejores”, para “progresar” y todo ¿para qué?

*What have we here, laddie? Mysterious scribblings? A secret code?  
No, poems, no less. Poems, everybody!  
The lad here reckons himself a poet...  
Absolut rubbish, laddie...*

*If you don't eat your meat, you can't have any pudding!*

Silencio, de nuevo; caminó hacia el fondo del salón con la cabeza en alto, lista en mano y paso firme; había tres muchachas atrás: una regordeta, con falda de monja, que se miraba en un espejo; otra estaba recostada sobre su brazo, en el leve camino entre la somnolencia y el estar despierto; entonces, quedaba ella; la miró con la frente en alto, con la mirada encendida como un animal que defiende sus crías, y vio sus profundos ojos azules, su pelo hasta los hombros y la chaqueta puesta al revés; cruzó con ella su mirada, estaba allí sentada,

—Fui yo, —dijo, y era una voz dulce, pero tenía la fuerza de quien no conoce la cobardía.

— ¿Usted quién se cree?

—Yo...

—Cállese, aquí quien habla soy yo, porque yo soy la profesora y usted una simple alumna; usted solo hablará si se lo preguntan y si no le gusta estar aquí, pues lárguese; nadie la obliga a quedarse, si no quiere que la expulsen.

—Pero, ¡qué va! ¿Para qué estudiar aquí, si tenemos los futuros manifiestos, si afuera ya tenemos la vida planeada, ya nos la tienen organizada, ya sabemos en qué vamos a trabajar y dónde, por cuánto tiempo, cuántos hijos tendremos y hasta de qué y cuándo vamos a morir?, ¡qué educación, ni qué hijueperra!...” —Estas palabras eran el grito agónico de un espíritu que, a diferencia de Helena, no soportaba la náusea en su forma más sartreana y radical; era ella hacía algún tiempo; sus ojos se enrojecieron, apretó el cuaderno, parecía una fiera acorralada a punto de mandar el último zarpazo para defender su vida y la de sus crías; dio la vuelta pisando fuerte e iba caminando de regreso al escritorio cuando, de repente, oyó la misma voz, pero con un tono más sereno:

—¿Y usted quién se cree? ¡Cállese, aquí el que habla soy yo, porque yo soy el rector y usted una simple profesora!; usted solo hablará si le preguntan y si no le gusta estar aquí, pues lárguese, nadie lo obliga a que se quede; hay muchos detrás de usted buscando ese puesto.

Se quedó allí parada, miraba al tablero y le dio la espalda; esas habían sido las mismas palabras con las que, en muchas ocasiones, cuando había llegado con sus proyectos, los burócratas le habían callado la boca y así había dejado todos sus sueños de transformar el mundo, de renovarlo, de cambiarlo, para ser lo que hoy era; sintió, en esos segundos, mientras volteaba a ver, que esa voz había estado allí muchas veces, pero le pareció ridículo, era un reproche directo que hacía tiempo no había querido escuchar; fue como un puñal en la espalda o, mejor, como si una espada entera la atravesara; volteó y la vio allí, sentada con los brazos cruzados, con su falda corta por encima de la rodilla, el cabello corto teñido de azul; sintió aquella extraña sensación que ya conocía, cuando tendría unos 5 o 6 años, mientras jugaba con su primo en el patio de su casa, cuando empezaban a conocerse y explorarse tímidamente, estrechaban sus bocas, cuando no tenían alguna miraba vigilante, la extraña sensación que mucho tiempo atrás había desterrado.

Helena se quedó allí parada, la miraba y solo atinó a dar la espalda, acercarse a la puerta, abrirla y pedirle que se fuera: esa adolescente enigmática, ¿de dónde había salido? Había estado siempre ahí o ahora, cuando había vuelto del viaje, solo ahora podía verla; se quedó toda la semana pensando en la muchacha, que supo se llamaba Aura; ella era estudiante de último año en el colegio; nunca los profesores se referían a ella con aprecio; además, el Comité de disciplina hizo que, como castigo por el incidente, tuviera que tomar clases extras con la profesora, en su oficina; a Helena, el castigo le pareció innecesario y, tal vez, hasta inconveniente, pero tuvo que aceptarlo.

En la primera clase extra, llegó Helena a su oficina y Aura ya estaba y le daba la espalda a la puerta; antes de entrar, se detuvo a observarla: tenía las piernas cruzadas, jugaba con su cabello, mientras observaba, sin tocar, los libros sobre el escritorio; entró y saludó y Aura no le contestó.

—*Ok, we are going to begin with modal verbs. Do you know anything about? Have you even hear about?*

—*What you think? Do you try to make me down? Are you feeling powerfully because you gotta the knowledge? Do you think you are the only one who knows?*

Sería difícil, sin duda alguna; estaban ambas más serenas que la vez que se habían enfrentado en el salón, pero la mirada de Aura en cada palabra era la misma; muchos murmullos venían de los salones; cerraron la puerta, le dio una hoja en blanco y le pidió que escribiera un texto en inglés en el que utilizara lo que había aprendido, lo que sabía; se puso a escribir; Helena, entonces, tras de su escritorio, la observaba cómo movía sus piernas, cómo paseaba los dedos por su boca, jugaba con su cabello, cerraba los ojos, detenía la mirada en un punto fijo y ahí se quedaba por algunos minutos; aunque no quería aceptarlo, esa sinfonía de movimientos le pareció, entonces, mágica, quizás hasta sublime.

—*Do you think I am doing what you asked me? I do not need this; I must not be here, and why we do not make this easier? Therefore, all ok.*

—*You should to take care about your words, and hold back what you are really feeling. I know why I mention it; trust me, not always you can scream at the world what you are thinking, not always you could be understood.*

Esa era Helena frente a un espejo un tiempo atrás, en sus días de universidad, con esa pasión sin límites de esos primeros días, sin ataduras, pero ahora cada palabra contra ella era como un bocado que le raspaba la garganta al salir, un reflujo interno.

—*Mmm, but do not you think is too much cruel? Why hide it? Is that not being a slave to your mouth? I do not want to die silly, I will not die dumb, maybe if you do it sure it is that makes you unhappy, just a word in a single moment, only feel, never stopped!*

¿Era justo esa tal vez la idea que le rondaba en la cabeza en el puente de la Victoria en Lima? ¿De dónde había salido ella?, ese espíritu indómito que le reclamaba sin conocerla; sorda por mucho tiempo, ¿cuántas Auras antes de esta habían pasado ante sus ojos y ella nunca había volteado a mirarlas, había hecho que volvieran al norte establecido, sin dolor,

sin sentimientos, sin caídas?

—*But the world will judge you with no process, and you will declared guilty if you do not do what the world wants you do.*

—*What matters that? I am sorry but... I think you are a coward!!!*

Hubo un largo silencio; esa pasión con la que ella hablaba sobre gritarle al mundo lo que se siente sin que importara, sin tribunales, que se ignoraran los juzgamientos, morir en el intento y declararse inocente, hizo que a Helena le temblaran las manos; se le apareció de nuevo su padre, tirado en la cama, buscaba su mirada, ella volteaba su cabeza, daba marcha atrás, salía de la habitación; mientras el mundo le decía que él se merecía su final, ella estaba del otro lado y una voz provocada por su madre insistía en lo mismo; Helena había seguido sin mirar atrás, no hubo misericordia; Helena limpió sus lágrimas, alzó la mirada y ella ahí estaba sin altivez ni gloria.

Se quedaron viendo tal vez un segundo, tal vez menos, sin los murmullos de los salones, sin ninguno de los libros del estante en la oficina, sin el teléfono que sonaba, sin sentir el sol que entraba por la ventana, sin el frío que se colaba por debajo de la puerta, solo las dos; Aura, con su boca roja, grande, piel de durazno, suave, hermosa, joven; Helena, con sus ojos grandes, sus manos delicadas y pequeñas, su rostro un tanto marcado por el sol, que siempre había parecido mayor de lo que era, pero cualquiera, al estar con ella, podía sentir ese espíritu último que va dejando la juventud cuando se aleja. Ese instante para ambas fue suficiente para comprender lo que ahora sucedería; sin quererlo, sin buscarlo; Aura apartó la mirada, cogió una hoja en blanco, escribió y salió mientras se despedía con una sonrisa:

*You can be higher than your nightmares; don't be afraid, I'm whit you.*

Ahora, en clases, cruzaban sus miradas y esperaban una leve sonrisa; Aura se quedaba al terminar la clase, en los descansos, y le contaba que el próximo año, cuando acabara el colegio, sería ya libre del dominio de sus padres, se iría de viaje, lejos, a Ushuaia tal vez, o donde pudiera ir, sin que las montañas de este pequeño valle pudieran predeterminedar su existencia, sus ideas y lo que debía hacer con su vida; no conocía el mar, pero iría a verlo cuando pudiera; si su hermano había muerto ahogado, a ella no tenía por qué pasarle lo mismo; no quería heredar nada de sus padres, ni su dinero, ni su casa, ni sus temores; quería sentir la arena caliente que le entraba a los pies, y el agua del mar helado que la inundaba, se sumergía y era parte de él; quería ver la Pampa, sus campos de aceitunas y viñedos a la vera de la carretera; sentir que, al transitarla, el límite donde muere el sol o donde se funden la tierra y el cielo se corre con cada paso dado; llegar a la cima de las montañas de los Andes, en que solo con alzar los brazos se alcanza a tocar el cielo con las puntas de los dedos y se siente ese aire primero, suave, etéreo, límpido; quería seguir escribiendo historias y devorar libros, conocer gente, aprender en la mejor escuela; sin que nadie la juzgara por quien fuera o por lo que sentía, no quería darles esperanza a sus padres para que esperaran que ella cambiara; nunca les daría nietos.

Helena le contaba de sus viajes, del altiplano boliviano, de la Isla del Sol; y soñaba un viaje por la Amazonia en busca de su propio Dorado; le prestaba libros; Aura leía sus poemas, pasaba escritos sus breves cuentos, los corregía, los discutían, escribían uno nuevo; ahí

descubrieron que ambas amaban la paz de Whitman, la dureza de Baudelaire, el ocultismo de Eliot, la pasión de Rimbaud, la sabiduría de Borges, igual que odiaban el acomodo de García Márquez y la insinceridad de Vargas Llosa; así, las tardes enteras en la oficina, o los recesos o los pequeños encuentros ya no fueron suficientes; se veían en la Leopoldo López; juntas leían en silencio y tras cada página o cada párrafo, la una miraba a la otra y sonreían; salían a caminar por la 19 hacia el norte, entraban a las cafeterías donde los jubilados tenían sus encuentros; se sentaban y pedían su café con nata y pan de dulce; se contaban qué libro tenía cada una bajo el brazo, lo desechaban o lo elogiaban.

Los fines de semana, Aura iba a la casa de Helena, cocinaban juntas, destapaban un Malbec, después lloraban con Rossellini, les rascaba la cabeza Hitchcock, peleaban por Buñuel, se tenían el estómago al reír con Chaplin, recitaban a Neruda, a Wordsworth, a Blake; ya caía la noche de esos días, Helena la acompañaba hasta la casa, subían por la 27 hasta la Panamericana sin importar la distancia; las angostas aceras de la calle las juntaban, hacían que sus manos se rozasen levemente, lo que cada una intentaba ignorar; así, una noche se volvió certeza lo que todo este tiempo habían estado esperando: en la 27, apenas demolida la primera casa, se acercaron a leer un poema escrito en uno de los muros al fondo del baldío y, en medio de esa oscuridad, sin la silueta del Galeras, en una noche sin luna, se tomaron de la mano, voltearon a verse, soltaron un suspiro y se rompió la lejanía de sus cuerpos.

## 10

Llega a la ciudad como muchos otros por mucho tiempo lo habían hecho, antes por los caminos de piedra del sur o del oriente, sin bullicio sin público, sin aplausos, pero no en silencio; la sinfonía sin compás alguno de la ciudad es el *background* musical que recibe a todos los que llegan; la primera vista, como la de todos, siempre ha sido la del Volcán que, impetuoso e indiferente de los que abajo habitan, se levanta sobre esta ciudad que lo rodea, lo invade, lo contamina; desde el cielo se la ve como una cicatriz en el valle, invasora, extraña, lejana; llega solo, atrás se quedó el hogar.

Hoy su tierra está llena de sal, dios ya no te quiere; camina con los pasos cortos, la mirada trémula, intentan arrastrarlo hacia algún hotel, todos tiene un buen precio, no lo miran a la cara, le miran el bolsillo, los vendedores le arriman sus cosas en la cara; solo se aleja, sin saberse conocido; sin conocer a nadie, se queda parado allí en la puerta, mientras todos lo empujan de prisa, quisiera encontrar una cara conocida en medio de tanta gente, que lo salude, que le estreche la mano, que le dé un abrazo; empieza a llover, la noche cae; al otro lado del Mercado, un letrero "*Hostal El Refugio*", emprende el camino, piensa que será corto pues se ve cerca; camina entre los corredores de las bodegas ya cerradas, las frutas,

los camiones que vuelven a las veredas de los alrededores, el grito infame de los carretilleros, las caras desconocidas que lo miran, por encima, por debajo y los bolsillos, otra vez los bolsillos, todos acá le miran los bolsillos, lo huelen como perro, apresura el paso.

Las múltiples voces de la venta hacen que pierda su camino, ahora ya no ve el letrero del hotel, queda en medio de un callejón lleno de persianas cerradas, sucias, con olor a fruta podrida, arrumada en las esquinas, algunos se revuelcan entre ellas e intentan encontrar lo menos podrido; debe irles bien, pues siguen aquí; empieza a llover, pregunta pero nadie encuentra en su camino, no se atreven a romper su silencio, nadie le contesta, le huyen, le voltean la cara, van apresurados mirando hacia todos lados; es la ciudad quien los persigue y los acecha; al fin encuentra su refugio, un edificio de unos cuantos pisos, como no había visto en su vida, manchado, despintado, con algunas ventanas rotas; sube las escaleras, lo atiende una mujer gorda, a la que le faltan algunos dientes, tiene el pelo teñido de rubio, se le ven las raíces negras, se rasca la cabeza y fuma un cigarrillo; le dice que tiene que pagar por adelantado; si se queda otra noche, se cobrarán las cosas que haya dejado.

Paga, recibe la llave de la pieza, un pedazo de papel, y un jabón pequeño; sigue hasta la pieza, huele a mugre y sexo, la cama destendida, la luz no enciende; se acuesta, no le importa, ha llegado primero el frío; luego, se asoma por la ventana, al fondo un pedazo de ciudad, entre la lluvia los grandes tejados del mercado que se pierden con el gris, que los difumina; el humo se eleva, las luces empiezan a encenderse, es un panal sin miel; las gentes abajo corren, miran atrás, y siguen corriendo con los brazos encima de la cabeza, que se cubren con cartones, se tapan el rostro; uno sigue buscando entre la fruta que han atropellado los carros, se agacha, levanta algo y se lo lleva a la boca, mastica, mira al cielo y se ríe; los carros pasan salpicando el barro sin compasión alguna, es un río turbulento, que arrastra y golpea contra las piedras; ve a un niño de la mano, el adulto lleva un bastón, ambos un racimo de escobas, el niño lo guía para que no meta los pies en los charcos; ve a su padre ayudándolo a bajar del camión, con el vestido con pantalón de tela, camisa blanca y corbatín; apenas sus pies quedan sobre el limpia barro, la palanca mete la tercera haciendo ese sonido de un eructo metálico, fuerte, desgarrado, que los llevará a la iglesia, a su lado esta su madre, con sombrero de ala y un vestido beige sin escote y con encajes; le pregunta por el libro de oraciones, se le ha olvidado, se ha quedado en casa, se devuelven; un rayo cae al fondo, se estremecen las ventanas, se desploma el agua, se acaba la ciudad por hoy y desencadena otra, que es su hermana gemela, su *doppelgänger* maligno, pero pasional y desenfrenada, como una amante violenta, insensible y caprichosa.

Cierra la ventana, se quita los zapatos, mete su maleta bajo la cama, se acuesta; es una noche sin sueños, llegan los sonidos de afuera, ecos que rompen la noche, luces de colores que se pasean despavoridas y dejan su halo estrepitoso, como un grito hacia el abismo que retumba en los oídos, pasos imperceptibles de hijos de las penumbras que se reúnen en torno al fuego, alzan humo hacia el cielo por sus bocas, se agachan, se cubren el rostro que levemente se ilumina por una efímera llama que los desborda y los lleva al paraíso; puertas que se abren y se cierran, hipócritas gemidos le llegan de las habitaciones vecinas, son de aquellas que se dedican al tráfico de sí mismas.

Al otro día despierta, sin abrir los ojos, el frío lo ha estremecido toda la noche; los abre y

sigue allí, esperaba que no, esperaba que fuese solo una siesta al lado de un pino después de la jornada de cosecha, preferiría ese dolor ya conocido en los brazos casi insoportable y sus marcas hechas por la tierra que estar aquí; las paredes manchadas con un poco de sangre, un poco de grasa, letreros, remoquetes, proselitismo político, amenazas de muerte; recoge sus cosas y sale caminando, sin saber si subir o bajar, si cruzar a la izquierda o a la derecha; camina una cuadra y aparece otra similar, con los mismos objetos colgados de los sobretechos de las persianas, en los andenes; herrerías, almacenes, gente que sale y entra, que entra y sale, con los brazos llenos, colores de abarrotes, tubos metálicos, asadores, machetes, frutas, vísceras que se asan en aceite negro, perros que se ahuyentan y vuelven como si nada hubiera sucedido; ahí pasa, entonces, una mole de metal atiborrada de gente y de bultos que se cuelgan de las puertas, le parte las patas a uno de los perros, suelta un gemido brutal, todos voltean a verlo, sangra por el hocico e intenta arrastrarse con las patas de adelante; por un segundo voltean a verlo, el motivo repetido continúa ante el dolor del can; solo él se le acerca, lo mira con dolor, sus ojos brillosos y quebrantados, sus variopintas manchas hablan de la impureza de su linaje, está manchado, lleno de mugre y una costra negra se impone sobre su lomo; acerca su mano para acariciarlo, darle ese último cariño antes del fin; el perro lo ve, gruñe y le muerde la mano; sorprendido, se cae, se levanta y sale apresurado sin mirar atrás.

... pasada la tormenta todavía estremecido y convulsivo el suelo,  
Buscan despavoridos los vivientes entre las ruinas, sus queridos deudos;  
Entonces a favor de opaca lumbre, de los ojos el polvo sacudiendo,  
Con azadón en mano vacilante, ¡aquí y allá! Buscando van los muertos...

Hay más pasión en el movimiento ahora, deambula entre el mercado y se envuelve en esa composición descontrolada de voces que intentan sobreponerse entre sí; encuentra una plaza de comida, junto a un lugar donde se venden los animales, palomas encerradas en jaulas, cerdos a los que les admiran su gordura, carne negra colgada de ganchos oxidados, huele putrefacto; el olor a pescado le produce náuseas, todos venden y compran, chiflan, se insultan, corren, gruñen, se empujan, se escupen, se pasan la fruta por la cara, se golpean; pasa una gata de barrio, con ropa corta, con su busto etéreo acompasado de arriba abajo en cada paso; parsimoniosa en su caminar, barroca en su maquillaje, se oyen alaridos de la poética apasionada más primigenia; ella es pura democracia, a todos les corresponde con un leve gesto, una sonrisa orgásmica, una mirada desgarradora.

Pasa a su lado sin verla; sigue deambulando; unos esperan silenciosos, escondidos, sigilosos, con la cabeza dando giros, saludándose entre ellos mimos, pasan la voz, escogen, caminan al lado creyéndose clientes, un grito, alguien corre, detrás lo persiguen, todos por un segundo voltean a ver, pero siguen, solo la víctima despavorida arrastra torpe sus pies en la búsqueda infructuosa de lo perdido, este es consumido por la multitud, volverá a atacar y triunfará; encuentra qué comer, una mesa compartida, al aire libre, al lado la cocina con fogón de leña; oye la voz de su madre, lo regaña, le pide que no sople tan duro que desprenderá mucho humo, le ordena que vaya por su padre al patio, que se le va a enfriar el café; que se cambie, que se hará tarde el colegio; se sienta en el lugar que encuentra menos lleno, a su lado una pareja alimenta a un bebé, ambos tienen las manos de tierra y la cara

tostada por el sol; al frente un niño con la cara sucia, los bolsillos llenos, pesados y sonoros; al otro lado un anciano con una paciencia enferma y casi molesta remoja un pedazo de pan en su taza y se lo lleva a la boca.

Pide de comer, está crudo, está frío, el pan simple, el café amargo; come, paga y sigue su camino; pregunta por trabajo en tiendas, en bodegas, en almacenes y herrerías; cargar bultos, no hay más, a nadie le importa ni su nombre, ni su destino, no hay pasado y el futuro es una idealista realidad intangible; solo un presente progresivo corto, inmediato, pesado como el plomo o el bronce; todos visten de tierra, de la cara hasta el calzado es la huella marcada que los identifica con orgullo, su sello de lo que hacen y no piensan limpiar; las manos grandes como una mancha de brea, sin dedos, sin huellas, las espaldas torcidas por el peso del tiempo, la mirada que no puede ver el horizonte; el mañana se levanta como una rutina perenne, sin ascenso ni gloria.

Torpe se queda observando la inmensidad de lo que tendrá que poner en el suelo, esa gran fertilidad será su agobio; agarra cada bulto sin pasión alguna, el sudor empieza a bañarlo; acá es diferente, siente cada peso más fuerte, que lo arrastra hacia la tierra; como beodo, en la faena camina disonante; al final, el dolor le carcome cada músculo de su cuerpo, como una enfermedad, una peste microscópica que le corroyerá la carne desde adentro, una fatiga necesaria que tendrá que repetirse para seguir aquí; ahora, espera sentado, recibe unos billetes, ha sido menos de lo que esperaba, no hay reclamo, ni Ministerio, ni ley que valga; todos aceptan la misma cantidad siempre, sin contarla la meten rápidamente en los bolsillos; con una devoción exaltada, hacen la fila para el pago sin cruzar palabra alguna; es la religión de sus propias vidas a la que le rinden un tributo de dolor, para permanecer allí; unos vuelven a casa, otros cruzan la calle y entran a esos lugares ruidosos de puertas azules; la vida no les merece lo suficiente para gastar lo ganado en algo diferente.

...Un hijo dice: aquí murió mi padre:  
Ayúdame a sacarlo por entero.  
Allá, una madre aprieta contra su seno  
De su niño el destrozado cuerpo.  
Yo mismo vi, ¡oh dolor!, con mucho espanto  
Caer la sepultura más de un metro,  
Una pobre mujer recién casada  
Para extraer de su marido el cuerpo...

Vuelve al cuarto; este mismo movimiento no es el que conocía, es más brutal y desordenado; esa parsimoniosa armonía ha desaparecido, las campanas de la iglesia suenan y todos acuden sin quedar nadie en casa; él, cogido de la mano de su madre, con ciega devoción agachan la cabeza por insufribles minutos para él, se queda observando a los santos de ojos vidriosos que, desteñidos y pálidos, vigilan en silencio desde los altares; no entiende palabra alguna de lo que el padre vocifera casi con rabia, su madre le da un leve empujón por la espalda; se acerca, abre la boca, no puede mascar lo que ha recibido, su

madre lo regaña porque lo hace; al salir rondan en la plaza, ¡oh la plaza!, colorida y agitada; los caballos, con los lomos llenos, van marcando el ritmo del metal que deja huellas en las piedras; los camiones grandes y ruidosos atiborrados de humanidad, al fondo gritos que se enmudecen con la música, el olor etílico que se pierde entre la ruidosa muchedumbre; a todos los conoce, a unos por el nombre, a otros por quienes son, o lo que han hecho; nunca se olvida de los incidentes y las vergüenzas: aquel fue el que se metió con la hija del vecino, ese otro casi se muere borracho, la que está en el fondo y nadie saluda es la que sedujo al anterior Padre hasta hacerle perder su compostura cristiana e hizo que saliera corriendo del pueblo.

Todos atienden sus negocios: ropa, juguetes, aquí los compraba el Niño Dios para dejárselos bajo el árbol en Navidad; así lo creyó por mucho tiempo, porque todos aquellos juguetes que había visto tendidos en el suelo, bajo la voz de un pregón, aparecían después en su casa; le había preguntado a su madre si podría ir a la plaza antes de medianoche del 24 para ver cómo él compraba los regalos para todos los niños del pueblo; ella le había dicho que a él no le gustaba que lo molesten cuando trabaja y que, a esa hora de la noche, un loco paseaba por las calles solitarias con un costal al hombro para llevarse a los niños a trabajar en una mina para romper rocas con una aguja.

Aun así, se había escapado con los miedos en los bolsillos y de la mano de Capitán, un Private de plástico sobreviviente de Normandía que fue su compañía; antes de las doce de la noche, esperó encontrarlo, debajo de una carreta aguardó su llegada, pero todo estaba cerrado, nadie había en la plaza; lejos se escuchaba la música y la pólvora que estremecían el ambiente de la espera; él, de la mano de Capitán, le daba órdenes de que esté presto a la llegada del Niño Dios, o listo para correr en caso de que llegara en loco con el costal, pero ninguno de los dos llegó; su madre, que había salido a buscarlo, lo encontró llorando y gimiendo, pues creía que todos los niños del pueblo se quedarían sin regalos y, peor aún, él mismo ya no tendría esa volqueta grande de seis llantas y tres colores, que tanto le había pedido, porque el Niño Dios se había olvidado de ir a comprarlos.

Le preguntó a su madre qué había hecho él de malo para no tener juguetes, y esa misma noche, al llegar a casa en sus brazos e interrumpido su llanto, al ver su juguete bajo el árbol, se quedó en silencio toda la noche y mirando por la ventana al horizonte; desde ese día, dejó de tener miedo.

Siguen caminando, se saludan cada dos metros, su madre se detiene igual, habla, intercambia información vital para el mantenimiento de la moralidad, de la hermana, de la prima, del hijo de su vecina, que dizque anda en malos pasos, y él no sabía qué significaba aquello, ¿acaso andaba descalzo con ampollas en los pies? ¿O ya era grande y aún no había aprendido a caminar? Su hermano llora, esa suave forma de psicodélicas y dulces coloraciones ha caído al suelo, por la que tanto luchó para conseguirla del bolsillo de su madre, ahora estaba llena de hormigas que rápido empezaban a devorarla; las odió en ese instante.

Vuelven a casa con los brazos llenos; en la mañana y cada una de ellas, el despertar es antes del sol, cuando comienzan a arañar la tierra que les concede la vida, su padre observa con admiración, acaricia cada una de las matas, les habla, les da besos, analiza sus texturas,

mira al cielo, cierra los ojos, mueve los labios en silencio y sonríe; se acerca a su madre, la coge de la cintura, la llena de besos y abrazos; la mañana calurosa desciende sobre la piel, se hace corta, corre ante el llamado de su madre a la comida; a la tarde se sumerge en el mar, con aquellos conocidos con quienes compartía su sonrisa y que hoy ignora si aún pisan la tierra; apuestan dos mangos a quien salta del risco más alto, un coco a quien llega más lejos nadando, y dos pares de bolas de cristal a quien puede estar más tiempo sumergido bajo el agua; camina con ellos dando vueltas por el pueblo de arriba abajo y viceversa; en cinco minutos terminan; se paran en las esquinas, tiran piedritas a las puertas de las casas, hacen ladrar los perros y compiten en atletismo con las gallinas.

## 11

Unos hermosos ojos negros lo observan siempre, Marcela; ella sonríe y baja la mirada casi al mismo tiempo, él trata de no inmutarse y hacer que las piernas no le tiemblen, pero esa mirada era un encuentro diario que fue acortando distancia; con aquella niña de cabello largo y piel oscura, enigmática como la noche, bulliciosa como la lluvia, la mirada no es suficiente; él comienza a regalarle, sin cruzar palabra alguna, lo que gana en las apuestas en la playa, un mango, sus preciadas canicas verdes; ella ahora le sonríe y lo mira a los ojos; dan paseos por la playa, al principio separados, pero la brisa hace que se junten sin buscarlo; se toman de la mano, descalzos sienten que la arena les calienta los pies, les llega hasta las mejillas, vidriosa entra por cada uno de los poros de su piel; las chalupas pasan sin prisa con ese breve mutismo que antecede a la noche, arrojando sus atarrayas; solo una breve silueta las comanda y el fondo tornasolado parece incendiarse; Dios juega a ser Turner; se sientan en una roca en la que el agua ha dejado huella, atrás solo esa verde

profundidad aparentemente infinita e inexpugnable que les sirve de testigo; el sonido impetuoso de las olas penetra la roca que disimula y oculta su presencia.

Se cruzan sus pupilas, al explorar los colores que existen más allá de la mirada, esos paraísos internos que cada uno oculta ahí dentro y solo se muestran cuando el otro lo merece; una fuerza que nace de sus bocas los lleva a un solo punto, se estrechan tímidamente por un instante, que pareció tan largo como la inmensidad del océano que admiran; cierra sus ojos y no necesita verla para saber que el peso de su presencia sigue al frente suyo, se le amortiguan las piernas, su cuerpo, caen ambos en un silencio profundo y sideral, solo se escucha una respiración sibilante y un movimiento que se desborda por su pecho y sus cabellos que, como mil manos, le acarician suavemente el rostro al compás del viento; se ahogan, sienten el calor de la piel, suave y húmeda y entiende, por primera vez en ese momento, que ese es el sentimiento que lo trajo a este mundo; nunca, nunca dejará de pensar en ella.

Los días se vuelven largos, el sol parece detenido en la inmensidad y él solo anhela que el reloj se mueva con más fiereza; vuelve a la cama sin asomarse por la ventana, se queda horas mirando el techo, siente que se desploma, le cae encima cada noche; regresa a la faena que, como a los otros, le va encogiendo la espalda y le marca las manos, cada vez más duras y pesadas; así, a la misma hora, las toneladas descienden por sus carnes, fértil cosecha de la que no probará bocado alguno; resulta infructuoso ya bañarse cada mañana, se van marcando los signos que lo identifican con lo que ahora le pertenece; sale, recorre las bodegas, las rejas amarillas, las salidas que dicen Entrada y las entradas que dicen Salida, ¿dónde está en realidad, entonces?

Carga, descarga, oye lo necesario, come sin mirar a los lados, duerme sin soñar, dice lo vital, nadie le cruza palabra más allá de lo que necesita saber; ninguno lo ve a los ojos, sus piernas están débiles, cae de rodillas y el peso lo aplasta; lo insultan, sigue su camino con las manos en los bolsillos —es fácil encontrar un trabajo miserable en el que el dinero se va con mayor gratitud de la que llega—; vuelve a la habitación de la que ha sido su casa sin saber ya por cuánto tiempo, con una desazón disciplinada cada tarde a la misma hora; sin titubear al dar el paso, recorre las mismas aceras, los mismos negocios y así esté en la cama recostado, o sentado comiendo, sigue sintiendo el peso de los bultos sobre su cuerpo, cada vez más pesados; éste, por ahora, ha sido su espacio; no ha intentado salir más allá de aquello a lo que pueden llegar sus ojos en la esquina más lejana; al fondo, muchas cúpulas se levantan para mirar al cielo, son una plegaria hecha ladrillo; nunca ha intentado llegar hasta ellas.

Allá el verde era el límite; no saldrá por ahora de esta cuadra, aquí está todo lo que tiene; se sienta en el suelo, llega hasta él un olor etílico atrayente, al que hoy no se negará; una mujer siempre abre la puerta, pequeña y gorda, muestra los pliegues y roturas de su abdomen, tiene los senos descolgados y un maquillaje aplicado en altamar en medio de una tormenta; cada uno entra y recibe una sonrisa sin dientes y un beso en la boca, que deja a cada uno absorto y ansioso; él se queda parado y ve, el cuerpo lo arrastra hacia la tierra, los párpados cotidianamente pesados siempre a esta hora, ve el letrero de su refugio y le voltea la cara rápidamente, como si no lo hubiese visto.

Por una cabeza,  
Todas las locuras.  
Su boca que besa,  
Borra la tristeza,  
Calma la amargura.  
Por una cabeza,  
Si ella me olvida  
Qué importa perderme  
Mil veces la vida,  
Para qué vivir.

## 12

El sonido de adentro lo atrae con vigor, sus pasos ceden hacia él, toca la puerta; la mujer lo queda viendo por un segundo, le pregunta si tiene dinero, él le muestra lo que tiene, recibe el beso, cruza la puerta, baja las escaleras, con cada paso la música se adentra en su cabeza, la atmósfera se torna rojiza, los ruidos de afuera desaparecen, solo unas pequeñas ventanas por donde apenas se ven los pies de los que afuera transitan son el lazo que comunica con el mundo de arriba, es otro aire el que aquí se respira, más caliente y liviano; una neblina de tabaco difumina el lugar, con mesas desbordadas de botellas, hombres, o lo que queda de ellos, tendidos en el suelo, mujeres de piernas gruesas y ásperas de pie en las esquinas; una de ellas se le acerca, le da una leve caricia, lo toma de la mano, siente sus manos ásperas y diestras.

No, no es lo mismo; intenta dar media vuelta, desandar los pasos, pero ella lo atrae de la

cintura, lo tira en una silla, se sienta en sus piernas; tiene los senos descolgados, las piernas grandes, sus cabellos enmarañados, negros; la siente pesada, emana un olor de muchos hombres, no tiene el suyo, su olor, su propia esencia, como ella, en la playa, que exhalaba un exquisito olor a tierra, a fruta dulce y madura; la aparta de sus piernas, pide una botella, se sienta en una esquina y mira al suelo, alza copa tras copa solo, con el sonido de la música y las luces sicodélicas que lo invaden; alguien se sienta a su lado, le comparte de su botella, es uno más de las espaldas torcidas; le dice que es un bendecido del Señor, que ha vuelto de la muerte después de haber visto la luz al final del túnel, una luz incandescente que lo cegaba mientras yacía con el vientre apuñalado y se desangraba en una acera; apenas alza a verlo, se sirve una copa.

—Aquí mismo, aquí frente. ¡¿Uh, pero qué, no me va a dar?!, ¡qué tocado este tipo!, ¡se nota que no es de acá, llave!; acá somos todos bien, ¿sí pillá?; tenga, yo sí le doy de la mía, ¡pero reciba, que no es veneno, primo!

No hay nombres, solo remoquetes a partir de los defectos; tiene la cara brotada, los ojos pequeños y la frente ancha; para todos, incluso para su madre, es El Chino; los brazos grandes, desde la cara a los bolsillos marcado por el polvo y la tierra; chifla, pide otra botella, se cuelga de los senos de quien la trae, que se sonrío; hace una plástica mueca de placer, mueve su boca, dice algo inaudible, entra en este éxtasis sonoro; las luces brillan más rápido, responde con monosílabos, intenta no verlo, mira hacia las ventanas, ya no hay pasos que transitan, ya no hay luz que entre desde afuera, todo el ambiente es rojo.

—Aquí mismo, aquí frente, me cogieron como ocho manes, llave, y me agarraron a la lata; quedé ahí tirado, aquí mismo, aquí frente, y ahí vi la luz; ¡huy!, eso ha sido severo viaje, primo; llegué a la luz y vi a Dios, que me dijo que tenía que volver; vi la luz y Dios me sonrió; nadie me cree, ¿sabe?; Él no ha sido así, todo blanquito y carepálido como muchos creen; tampoco así, todo barbudo, primo; es como negro, ¡ja, ja, ja, ja, ja! Síííí, ¿no me cree? —Tiene la cara toda tiznada y se la pasa riendo; en vez de ropa, tiene como una capa de nubes, que lo envuelven.

—¿Usted me cree? ¿Piensa que soy un parlero chino? ¡Ah, claro, sí!, era de esperarse; es que la gente en este mundo es muy envidiosa; creen que porque uno no las porta, Dios no se le puede aparecer a uno; el Tipo me dijo que todo bien conmigo; que como yo era pa' las que sea siempre, me mandaba de nuevo p' acá, llave; cuando me desperté, estaba conectado a un resto de tubos y cosas que sonaban pi, pi, pi, pi, ¿sí ha visto?; así como en las novelas, primo, estaba todo cosido; le conté a la china ahí, que me estaba atendiendo, y no me creyó. ¡Ahh!, es que esta gente de hoy en día no tiene fe, llave; se la pasan en malos pasos, por eso Nuestro Señor nos castiga; yo, desde ese día, ya soy más mejor, ¿sí pillá? ¡Ah!, ¿cree que no? Ya no me la paso en las mismas, ya me porto todo bien con todos...

Se levanta va hacia el espejo, intenta no mirarse por mucho tiempo, desde que llegó aquí no lo ha hecho; está rojo, los ojos, las mejillas, la lengua; se pasa la mano por la cara, fuerte, se golpea, se tambalea hacia atrás; vuelve a la mesa, el otro sigue ahí, en espera de las palabras que no le llegan; empieza a mirarlo fijamente a la boca, cada palabra que pronuncia; quisiera que la música sonara más alto; coge una de las botellas de la mesa, empieza a clavar las uñas en la etiqueta, a desprenderla.

—Aquí mismo, aquí frente, mire lo que me hicieron, me dejaron lleno de cremalleras; pero mire, primo, con confianza, que estamos entre amigos, pero, eso sí, ¿pa' qué?, sí le doy gracias a esos manes, llave, porque me hicieron ver la luz y ver a Nuestro Señor, ¡pero a lo bien, qué pailas!, ¿sí o qué? Si me los tropiezo por ahí, me los bajo uno por uno, ya porque estaban en gallada me dieron, si no era otro cuento con esos manes; ahí, calladito no más, es que les voy a dar; a uno de esos ya me lo tengo pillado, llave; se la pasa por aquí, andando todo fresco como si nada; de que me las pagan, me las pagan: los cojo por detrás y tenga; tenga, pa' que afinen...

Llega sin esperarlo un olor que ya conoce y había sentido la última vez que pisó su tierra; es un olor fuerte, rápido, metálico, que desordena la cabeza.

—Aquí mismo, aquí... —Le quiebra la botella en la cabeza, la suya se hace más pesada; la mesa donde estaba, ahora se tiñe de rojo, salpica las paredes, que serán un lienzo tanático que no se va a limpiar y, como una fotografía, va a dejar huella de esta noche, que no es la única entre muchas; comienza un júbilo violento; perfecto, cada puño da en la cara, cada patada en la entrepierna, en un éxtasis destructivo; golpea con furia la cara de su interlocutor, no ve su rostro, le llegan en medio de las luces crepitantes imágenes de rostros que vio ese último día en su pueblo, eran ellos y los tenía ahí en frente; arremete con más odio, se siente en una danza necesaria desde el día mismo en que llegó a este lugar desconocido, que hoy lo concebirá como otro, sus brazos se tornan livianos; no hay rostro del contendor, hay que golpear al que esté al lado; las mujeres de la inmoralidad pública, antes sonrientes o impávidas observadoras desde las esquinas, ahora protegen con decisión el lugar que les otorga una oportunidad de vida cada día, arañan hasta los huesos los rostros de quien se les atraviesa, ya lo han hecho antes y será así ahora. Una de ellas levanta un banco y se lo estrella en la cabeza, tropieza y cae; la música lentamente comienza a desaparecer, como si se alejara, solo queda un eco más cercano a un leve silbido.

Todo se siente tan solo y silencioso, un vacío acuoso y blanquecino lo invade, oye el sonido de un río, la lluvia, el crepitar de la selva, un grito: él corre descalzo y los pies se le hacen de barro, las pequeñas ramas se le incrustan en las plantas, ahora no hay tiempo para el dolor; no alcanzó a coger nada, salió con lo que llevaba puesto, reconoce la voz del grito, se asoma entre la maleza, alcanza a ver en la mitad de ese inmenso puente a su hermano y a alguien, cuyo rostro no recuerda o, mejor, se obliga a no hacerlo, lo agarra de frente por la nuca, le mete un cuchillo en el vientre y lo sube por el pecho hasta la garganta; éste no se inmuta, acepta su destino sin furia, ¿qué más podría haber hecho?; si hubiese corrido, lo habrían matado por la espalda como a los otros; llegaron sin avisar, aunque días antes todo el mundo en el pueblo sabía que iban a llegar y que les harían pagar por ayudar al enemigo; nadie conocía, entonces, el miedo a la muerte, no la imaginaban; hacía muchos años que todos, en este pequeño lugar tan caluroso y polvoriento, morían de viejos en la gracia del Señor; con resignación natural sepultaban a sus fallecidos, solo con una leve angustia aceptaban el final de los ancianos, pero esa noche, tan dramáticamente monótona, la sangre cubrió el polvo y a la carretera que conducía a la capital la delinearon unos cadáveres ensangrentados y mutilados.

Habían llegado en caravana y habían bajado en plena plaza sin decir nada; las gentes se movían de un lado a otro, sin que les importase lo que estuvieran haciendo; se callaron los

pregones y la música, los carros apagaron sus motores, se quedaron callados y agacharon la cabeza; sin mostrarse tan precavidos, se ocultaron lentamente tras un árbol o tras las espaldas de otro; uno de ellos vociferaba furioso casi ininteligibles órdenes; Epaminondas se les acercó con su tarrito metálico en las manos y lo hacía sonar y arrastraba sus zapatos por la tierra y les sonreía con la cara mueca y su pantaloncito de colores, por lo que todos le decían El Arco Iris, o simplemente L' Arco; tenía su sombrero tan viejo, que solo conservaba el ala; nadie sabía cómo había llegado al pueblo, ni mucho menos desde cuándo; hasta los abuelos de los abuelos posiblemente hubieran dado razón de su errante deambular; nadie nunca era capaz de negarle una moneda, un vaso de agua o un poco de comida; incluso alguna vez se reunieron algunos hombres para poder arreglarle el rancho donde vivía y él, agradecido cuando terminaron, les besaba las manos y balbuceaba la misma palabra y todos contentos de haber ayudado a L' Arco, regresaron a sus casas y durmieron con una sonrisa en el rostro; uno de estos apenas si lo volteó a ver de cuerpo entero, cuando sonó la primera ráfaga; se oyó en ese instante cómo las monedas rodaban por el suelo; la advertencia fue clara:

—Al que corra le pasa lo mismo. —Fue el odio producido por el odio, solo las llamas calmaron la sed de carne y sangre que tenían esos cancerberos armados de plomo; nadie huyó antes de que llegaran, nadie creyó en los rumores; ni el padre mismo, al que tanta devoción le tenían en su sermón en plena eucaristía, que afirmó que quien esté con Dios nada debía temer, así que nadie lo hizo, pues les parecía absurdo; a la mañana siguiente, nadie pudo llorar a sus muertos y mucho menos entregarlos a la tierra; como en un acto de magia sangrienta, todos habían desaparecido y los que se quedaron preferían morir de hambre encerrados que salir hasta la puerta; los habían condenado a un atroz silencio; todos salieron a la plaza y se quedaron parados, abrazando a sus hijos, y cayeron al suelo con ellos en brazos.

Al principio, los advenedizos parecían conciliadores y burocráticos; les dijeron que solo querían hablar con cada uno y así fueron pasando detrás de la iglesia, de donde ninguno volvía, pero nadie sospechaba lo que ocurría; solo al llegar ahí, veía las rocas y las culatas ensangrentadas; cuando uno se soltó, antes de que llegara a cruzar la esquina cuando vio el enorme charco de sangre, empezó a gritar y todos salieron corriendo; el plomo salió impulsado en todas las direcciones; ahí fue cuando corrió; los gritos de las niñas y las mujeres eran aún más estremecedores al invadirles sus entrañas, mientras ellos solo reían:

—Aquí mismo, en la cama de tu marido; aquí, frente a él, te vamos a dar, vieja maldita. Cruzó el puente y volteó a ver hacia atrás; ahí vio que la casa de ella ardía, la consumían las llamas; tuvo un breve impulso, que hizo que quisiera devolverse, pero no pudo y esto es algo con lo que iba a cargar siempre; otro hombre cogió a su hermano de las piernas, lo levantaron e intentaron arrojarlo por sobre la baranda del puente, apenas una de sus manos intentó agarrarse con una infructuosidad lastimosa; lo lanzaron al río, su grito era mudo; el frío lo estremece, su cabeza palpita, despierta, está tirado en un costado de la Plazoleta Santander, en medio de la fruta podrida y la oscuridad, sangra por una de sus cejas, ya pocos gritos se oyen en las estrechas calles; camina sin saber hacia dónde.

Alcanza a ver el letrero de su refugio, pero no sabe cómo llegar a él; intenta mantener la cabeza arriba, pero no lo logra y se siente cada vez más lejos de ahí; no siente miedo, pasa

derecho sin poder mirarlos a los ojos, la impotencia lo invade; intenta caminar, pero debe hacerlo apoyado en las paredes; se para en la esquina de la Calle Angosta, alza la mirada para ver esa alta cúpula que se levanta imponente sobre su cabeza; ahí quisiera estar, para dar un paso y caer al suelo y destrozarse y poder salir volando; cae de rodillas y las lágrimas comienzan a inundar su rostro; en fugaces imágenes en su cabeza aparece el rostro de su madre, que lo regaña y no volte a verlo, y ella, de nuevo ella, ahí los dos sentados en la orilla del mar, con el rostro entre sus manos y sintiendo cómo la suavidad de su piel las penetra; ella le sonrío y le lanza una mirada que penetra hasta los abismos más insondables de su alma; grita su nombre, anhela su presencia y el eco retumba en la noche; cruza la esquina hacia el oriente; ve una pequeña silueta, en el atrio del Teatro Metropolitano, que tiene una maleta en sus manos, oculta sus cabellos con una pañolón negro, no alcanza a ver su rostro; se queda parado ante ella, que evita su mirada; él se le acerca, la saluda, le recuerda quién es y le reprocha que ya no lo recuerde; ella, tímida, intenta alejarse, primero siendo precavida, sin decir nada, después ya empieza a temblar y apresura sus pasos para intentar salir del atrio; entonces, se abalanza sobre ella, que intenta correr, pero la agarra de los cabellos y le hace caer su pañolón al suelo, pero ella lo golpea con la maleta y logra librarse, sale corriendo hasta la esquina y grita por ayuda, dobla hacia el norte, su destino la calle Popayán parece demasiado lejos, así que golpea con fuerza la primera puerta de madera que encuentra, pero es demasiado tarde esta hora para las visitas terrenales, así que a quien adentro de la casa lo despiertan los gritos y los golpes supone, por buen y común entendimiento de esta pequeña ciudad, que solo son los espantos los que a esta hora lo visitan.

La desdichada acepta, entonces, que la puerta no se abrirá; mientras tanto su perseguidor da pasos torpes tras ella y sigue gritando un nombre, con el que casi le desgarran la garganta y, ella, con los ojos llorosos, sigue, entonces, hacia el norte hasta la próxima esquina que dobla hacia Hullaguanga y espera que algún carnicero desvelado oiga sus gritos y acuda en su ayuda; las luces de los faroles difuminan su horizonte, cree haberla perdido de nuevo y, entonces, apresura el paso; ella siente que el pecho se le explota y, con las piernas casi adormecidas, tropieza y cae; al fondo ve la Iglesia de El Portalito con las luces encendidas y, desde el suelo, siente un aire de esperanza, por lo que intenta incorporarse, pero ya es tarde, pues siente que él se abalanza sobre ella, la agarra por la espalda de los senos y, brutal, con sus grandes manos le recorre el pequeño cuerpo; ella lanza un gemido espantoso, que no conmueve a esta bestia ahora desahogada; intenta zafarse, lo rasguña en la cara, lo muerde en los brazos cuando intenta tocarla; tiene un leve espasmo de vómito, siente el olor a alcohol, también le ha manchado la cara de sangre; entonces, ella recibe un golpe en la cabeza cerca de la ceja derecha, las luces de El Portalito se tornan levemente borrosas, mientras esas manos duras y frías la recorren y ya han penetrado en sus ropas; intenta gritar de nuevo, pero ahora apenas logra abrir la boca, que no emite sonido alguno; ve cómo él baja sus pantalones y, con violencia busca las delicadas carnes de su víctima, llega hasta sus íntimos pliegues, ella intenta cerrar las piernas, pero él la golpea ahora en el estómago; ella intenta rebelarse, no quedarse quieta pero ahora el dolor reina; siente un dolor punzante que intenta pasar por sus piernas una y otra vez, un líquido tibio las recorre; ahí las lágrimas resbalan por su rostro, mientras él se ve en medio de mar, la acaricia, en esos paseos sobre la arena caliente, o con su sonrisa cuando le regalaba lo que había ganado en sus apuestas y recuerda sus hermosos ojos, su delicado cuerpo, y ahí hasta el padre de la

Iglesia de El Portalito oye una voz que grita un nombre varias veces

—¡Marcela!

¡Oh! Caminante, incógnito viajero,  
Si por aquí transitas, deja, deja  
A esta ruinosa tierra tus recuerdos,  
A la ciudad que de los campeones  
El formidable y temeroso centro  
Dirás al despedirte: ¡aquí fue Pasto!  
Hoy, ¡triste y solitario cementerio!



**Fotografía 2. Espejos de invierno.**

Jusemutbac

**HOY**

**1**

65

El sol calienta el valle, unas nubecitas hechas por un pincel muelco son apenas perceptibles en el infinito lienzo azul, mientras el Galeras impetuoso dibuja su silueta verde desde las montañas del sur hasta el cañón del norte y en su corona se pinta una sonrisa.

Helena se despierta por el tibio arrullo del alba que entra por su ventana; abre los ojos, se queda mirando al techo, sabe que es real; bosqueja una perfecta mueca de sonrisa que le arruga las comisuras de la boca; hace mucho tiempo a esa piel no la marcaba con la vehemencia de esa mañana; se levanta un tanto ansiosa, hace un café, luego se acaricia mientras el agua tibia baja por su cuerpo, canta en voz alta:

*...I was made for lovin' you baby,  
you were made for lovin' me...*

Se viste con una parsimonia sentimental en cada prenda puesta, se maquilla solo un poco para que no padezca esa pesadez que se siente cuando muchas miradas le caen sobre la espalda; llena su bolso con carpetas y cuadernos; sale a la calle, decide ir caminando, las gentes presurosas marchan a su lado, ella les cede el paso; los niños, con sus grandes maletines, frotan sus ojos, de la mano de sus padres, se atiborran en las esquinas con la mirada al suelo; las gentes marchan presurosas, si lo pudieran hacer caminarían unas encima de las otras; se bajan a la calle y adelantan, tropiezan, se golpean sin voltear a verse, suenan algunos gritos y los insultos, siempre los insultos, que solo en rara ocasión, cuando dos espíritus perturbados se tropiezan, terminará en desafortunado el casual encuentro.

La basura que se levanta por el aire derramado desde las laderas occidentales del volcán, las máquinas que escupen vómito negro hacia el cielo; Helena atraviesa por la 27, ninguno de estos sonidos le llega a su cabeza; camina en medio de todos, espera en el semáforo, la golpean levemente los hombros de los presurosos; ella no mira al suelo, ni al frente, ni siquiera atrás, menos cuando está con ella y menos aún en las noches, por más solitarias y oscuras que parezcan; si alguien se atravesase en su camino, ella sin duda no lo reconocería y se creería que no le importaba mucho hacerlo; hay una mirada en ella que jamás se le había visto, está más allá de todo espacio, se desborda por el azul de esa mañana y trasciende las fronteras de este valle; sus ojos allí, en algún lugar que solo ella conoce, y en el que quisiera quedarse, con imágenes que inundan su cabeza, sobrepuestas una sobre la otra; sonrío, cruza cada esquina sin prisa, con una certidumbre extraordinaria de felicidad; nadie así, que antes la hubiera conocido, podría pensar que era ella Helena, la profesora de inglés, la bravucona, la resentida, que siempre lanzaba esos discursos disciplinarios para que todos agacharan la cabeza, pues corrían el riesgo de que los castigara de por vida en la materia.

No había misericordia, o Helena Marcela, la prima soltera de rostro frío, buzos hasta el cuello, jeans desteñidos y mirada dura, la que nadie había visto llorar, o Lena, la compañera de universidad a la que nadie nunca le había conocido un novio, pero, eso sí, aunque no lo crean, muchos habían llorado a sus espaldas o en las exaltaciones étlicas; ella era la que se quedaba mirando al cielo mientras muchas miradas le caían y solo impávida los rechazaba con indiferencia; todas era una, que se mostraba extraña y

desconocida en este hoy que parece mostrar tanto futuro; es más, alguna de sus amigas la había visto pasar del otro lado de la calle, pero, al detallar su rostro, había dubitado y no se había atrevido a acercarse a saludarla; había en ella ahora una desconocida, con una jovialidad que nadie le había conocido y que hacía que, en definitiva, encarnara a alguien más.

Solo ella sabía, mientras caminaba sobre los andenes polvorientos de la 27 para llegar al trabajo, cuáles eran las fotografías recientes que tenía en su cabeza, solo ella sabía lo que había descubierto esos últimos días con Aura; ignoraba si se desplomaba hacia un abismo o tenía las alas replegadas, sin límite alguno; después de esa primera cercanía, en forma alguna ninguna de las dos se había sentido extraordinaria, o había sentido que algún tipo de sentimiento parecido al miedo las hubiese invadido; no había ninguna zozobra y las dos habían pensado que lo que había ocurrido había sido como si hubieran estado frente al mar a la mitad de la noche; había una certeza esa primera tarde, cuando habían vivido un segundo de cercanía suficiente, que ambas sabían que era justo y necesario ya hacía tiempo, con un despliegue de una energía inercial que duraría, que ambas esperaban que duraría más tiempo de lo esperado.

Pero se entendía ahora, de alguna forma, libre y auténtica, aunque muchos lazos aún la ataban a pasados jueces, que ella había decidido ignorar y solo dejarse invadir por esta nueva sensación; ahora, en cada clase con ella, cada cuanto se cruzaban una mirada cómplice y ella había tenido que hacer grandes esfuerzos para no dirigirle una sonrisa; solo agachaba la mirada y se ruborizaba, quedaba viendo el libro y continuaba su dictado, o seguía con su monologo habitual; al final, Aura esperaba que todos salieran y le dejaba sobre el escritorio una breve nota, que a veces era una cita, otras un poema, otras una carta que, en dos palabras, le expresaba su unión con ella y que inevitablemente era más que su razón, se despedía forzosamente antipática y esperaba que nadie quedara en derredor, cerraba la puerta, con llave, se sentaba, levantaba la carta y la leía; en la mayoría de los casos, la cogía y la estrechaba contra su pecho, mientras se teñía su rostro con los colores de una expresión facial cercana a un éxtasis explosivo incontenible.

Ahora vuelve a casa, la llama, se ven en alguna esquina cuando ya ha caído la noche, entran en algún lugar, de esos conocidos, en los que siempre habrá cómplices silenciosos, esos sótanos a los que no puede llegar la luz del día de la ciudad; entran a la noche y salen antes de que despuntase el nuevo día; eso sí, la regla acordada ha sido que alguna de las dos tiene que salir primero, así que se despiden, entonces, dentro del local, con un abrazo, un beso en la mano y una mirada tan honda que siempre pareciera la última que lanzarían en sus existencias; Helena sale agotado el cuerpo, pero ese dolor que le recorre los músculos se le torna placentero cuando llega a casa, cierra los ojos y empieza a reconstruir en su memoria como había sido la noche; así caminaba, casi etérea todas estas últimas semanas, o meses, aunque para ella el tiempo ya era un invento material con el que no quiere tropezar, pero así como son las circunstancias, ajenas e inesperadas en lo que genera placer, lo son en la misma medida en su sentido contrario; es decir, que la naturaleza de las cosas es como un laberinto de mazes, lleno de posibilidades que, irremediamente, giran en muchos callejones y solo existe una salida.

Así, un estrépito rompe esta cotidianidad, un estrépito que siempre ha estado allí hacía

algunos meses, pero hoy debía oírse, todos estos últimos días de ensimismamiento la máquina ha estado allí, vigorosa y dominante, y los escombros caen día y noche, pero hoy sus miradas de soslayo, que evitan que un carro la atropelle, han vuelto a ver hacia afuera, ahora han visto hacia ese lugar conocido y extrañado, allí donde el polvo comienza a levantarse, sin duda ella lo sabría aunque fuera ciega, pero no por la ubicación en la calle sino porque lo ha dimensionado en su cabeza, cada proporción de este espacio que muere ha sido absolutamente explorado; se acerca en medio del curioso tumulto que observa en silencio y, aunque parezca extraño y sorprendente, quizás entretenido, como en una película de acción, ve la demolición de un lugar que, aunque no sea el propio genera, se supone, cierto tipo de curiosidad tanática, así como a muchos les gusta el sonido de los vidrios o de objetos frágiles cuando se rompen y algunos lo utilizan como práctica recurrente de catarsis, cierta liberación de energía maligna se desata, o el humor básico surgido al ver cuando tropieza una persona está dentro de esta misma e inexplicable línea de comportamiento de colectiva impavidez; por eso la guerra siempre tiene más adeptos que la paz.

De seguro no sería tan entretenido si fuera la casa de alguno de estos desconocidos coterráneos y, es más, con furia estarían pegados a las vigas o amarrados a los techos y preferirían la muerte al despojo de su vivienda, así se cree que existe en esta escena cierta clase de despótica insensibilidad ante el dolor ajeno, una actitud al límite descomedida, donde incluso algunos ríen, aplauden al ver cuando cae un pedazo de piso o ven una viga doblegada y hasta hacen gestos de desagrado cuando falla la máquina en cada uno de sus golpes, algunos hasta reniegan del operario, le vociferan ininteligibles recomendaciones sobre cómo operar la máquina o se saben mejores destructores que aquel que allí está; así, la popularmente conocida CAT (que en absoluto es un extranjerismo referente al reino animal, sino un hipocorístico, llámese así para evitar utilizar algún tecnicismo de ingeniería), que sin sentimiento alguno pasa su brazo, donde no hay asomo aparente de fatiga; eso sí, la batalla no es proporcional, pues es como un gato frente a un ratón (¡y vaya que si es buena la analogía!), que resulta ser esta casa, que no es cualquier casa.

Al menos para Helena, que ve cómo la casa va siendo devorada con lentitud, agoniza ruidosamente, sus gemidos retumban por el valle al caer cada uno de sus miembros, sus entrañas se exponen y lanza un gemido brutal que descuaderna las palabras, que allí yacían retumbantes e imperecederas; así, se descuadra y reconfigura un nuevo paisaje, que podría definirse como limpio, llano, rápido, mientras sus vecinos, expectantes y eventualmente resignados, sin escapatoria alguna, tiemblan en silencio e intentan que la propia cayese con un poco de honor, aunque la última de ellas será la más pesada, pues se habrá aprendido de las demás caídas y ya se sabrá cómo defenderse, aunque bien se sabe que caerá, pero no sin gran esfuerzo, ese esfuerzo que merecen los hijos y los hijos de esos hijos que se espera que nacieran, por ellos se hace lo que se hace o, al menos, así se lo está creyendo o así se lo quiere porque no se dice nada en contrario y el silencio es la más afirmativa de las mociones.

¡Ay!, y ella puede verlo, un último recurso que se ve lamentable y desesperado, invade a todos con el polvo al caer un último férreo muro, los cobija y baña, algunos huyen casi desesperados y esa anterior gallardía de observador en tercera persona ahora se vuelve una cobardía personal de amenaza a la vida; Helena no se inmuta, tose e intenta cubrirse con las

manos, tiene ahora un color más parecido al suelo que a los colores que debería tener la ropa de una profesora decente, no intenta limpiarse el polvo y así como un sofocado por el agua, el polvo se convierte en barro y desciende como antaño haciendo a quien lo viera, y si algo del pasado supiera, sentir en viejos tiempos de un lugar ya extraño e inexistente, evocado en imágenes sin color con las márgenes derruidas o detrás de un vidrio colgado en una pared, con personajes sin gracia o movimiento alguno que saludan sin sonrisa desde un tiempo que ya no volverá; el barro, por fin liberado después de tantas lunas, ha vuelto a su estado de génesis, sin premura se escurre y diluye por la calzada de la carrea 27 para buscar al occidente el Río Pasto y así, como mágico acto medieval, al aclararse la atmósfera ya no hay nada con forma conocida, solo grandes trozos se levantan o, mejor, yacen derribados sin gracia alguna.

Y pensar que, por tanto tiempo, antes de hoy no quería saber nada de estar aquí al menos cerca, pues cuando por aquí pasaba se quedaba en un silencio mental autoobligado, volteaba la mirada y, cuando ya era inevitable el encuentro pasaba con los ojos cerrados, mientras tarareaba un canción, después de la muerte de su padre; ahora, al ver cómo el adobe, que pareció alguna vez tan grande, infranqueable y fuerte había cedido y se había desvanecido en el suelo, si bien es cierto no la ha sacado por completo de su sueño, ha roto su itinerancia cotidiana, lleva de pie quieta, como en una fotografía, con los libros en la mano, los zapatos ya sucios por el barro que la rodea, ahora sí que en otra forma, pero de la misma manera quien la viera la reconocería, teñida de café y que parecía no darse cuenta, intenta seguir dando pasos al frente, así como dar media vuelta y seguir hacia el colegio, nada es posible ahora, hay un peso, un peso que sabe conocido, y hay un eco desconocido, un vacío que ahora existe y antes lo llenaba de forma material por la existencia, aunque fuese inerte, de las paredes, los corredores, los techos, el árbol de capulí, las ventanas, los marcos de las ventanas, las grandes puertas que, como un viejo vinilo, custodiaban sonidos e imágenes de días pasados que solo podrían reproducirse en cada uno de los que habían frecuentado esos espacios, ella había sido de las últimas de este lugar y ahora el disco estaba en blanco.

Quería hacerlo, pero se contuvo: ¿qué pensaría esta gente si la viera llorando en medio de los escombros?

—¡Ay, pobrecita!, ¿sería la madre del muchacho que apareció allí muerto?

—¿Será que no le pagaron lo suficiente por la casa y ahora se ha quedado en la calle?

Pensar que ellos imaginaran esas ridiculeces, y podía suponer que era absolutamente cierto que lo harían, u otras cosas aún más descabelladas, la llevó a desistir de su intención, además nunca había sido así, tan histriónica y descontrolada, pero ahora sentía un color y un aroma que pensaba extinto y que le vino a la cabeza al ver que el último muro, el de la parte de atrás, de esa su antigua casa aún se levantaba y, aunque ya no estaba, pudo ver el árbol grande y la silueta que dibujaba con el sol de medio año, ese que es caluroso y en las tardes prolongado, ese que hace incendiar las nubes y dar la, apenas perceptible para algunos, sensación de que el día es unos segundos o minutos más largo, y eso era bueno para ella, pues tendría unos 4 años y estaba bajo el árbol sosteniendo un pequeño balde de madera, pintado de verde, sí, era verde, de un verde opaco un tanto tornasolado, y traía en

relieve un bosque y algunos venados, su padre en las ramas se arrastraba hasta los frutos, que si bien no tenían un constante y prolongado sabor, o apenas se sentía su sabor cuando ya se habían acabado, su padre con esfuerzo le lanzaba los capulíes desde arriba y ella se movía de un lado a otro para intentar que cayeran adentro, pero algunos le caían en el rostro y él lanzaba sendas carcajadas, pero, aun así, al final, antes de la noche, el balde estaba lleno, no se los comería todos y, si bien eran dulces, apenas tenía otra cosa a la mano los dejaba olvidados para que luego los comiera su madre o se los obsequiaran a los vecinos.

Pero no era eso lo que importaba, y ahora apenas lo había entendido, pues llegó a la conclusión de que ella reía al ver cómo las ramas le golpeaban la cara y cómo su padre bajaba del árbol con la cabeza llena de hojas y, cuando iban dentro de la casa, tenía que bajar la cabeza ante el reclamo de su madre porque había dejado el patio sucio, él la volteaba a ver y le guiñaba un ojo y ella le sonreía, y su madre, al final, también lo hacía; sus ojos se pusieron más pesados, más de lo que lo habían estado alguna vez, dio un leve suspiro, media vuelta y siguió con los pasos entre el sonido que se hacía más brutal entrada la mañana en el corazón palpitante de la urbe, volvió a la casa, dejó las cosas donde pudo, apenas sí se limpió el polvo que la bañaba, llamó al colegio y salió a caminar hacia el sur.

## 2

Estoy en un lugar que ya no entiendo, me aplasta la cabeza, me desbordo por las fisuras de este valle y, al hacerlo, me lastimo; me desgracia el ser aún lo suficientemente inútil para tener que soportarlo en contra de mis reales deseos; la espera se ha hecho larga y soy consciente que el día que respire de verdad está más lejos de lo que pareciera; no es mi voluntad la que me reina, pero no debe haber culpables en este encierro; son causas naturales que deberé aceptar, aunque día tras día son más difíciles de soportar y me convenzo a cada instante que paso sumergida en este hogar, que no creo que yo les pertenezca; el hecho de haberme traído al mundo o, al menos eso creo, no les otorga el poder absoluto sobre mi existencia; no siento ese lazo fuerte entre ellos y yo, que he visto en los demás, y creería, aunque si por certidumbre de fe no tuviera, que de algún lugar me han traído, menos del afecto mutuo que se tuvieron y que ahora se ven obligados a demostrar; ya hace mucho que no me importa su hipocresía, deberían hacerlo, sabré yo aceptarlo, pero cada decisión de ellos debe pasar primero por tribunal ajeno y, así se escuche grotesco, es por eso que los desprecio.

Hace mucho me he dado cuenta que ya no hay miradas cómplices de amantes furtivos o, al menos, de compañeros entre ellos, si es que alguna vez las hubo, claro está; ya ni siquiera se miran a los ojos y cada palabra que sale de cada uno de ellos es un monólogo perpetuo, predecible y lastimero, y así él trate de ocultarlo, he sentido sus sollozos cuando creen que duermo; no creo que lo merezcan, pero se creen lo suficientemente grandes para siquiera imaginar que podrían haber caído solo atados a un recuerdo, de lo que pudo haber sido y ya no existe, de alguien que se fue y ya no volverá y yo, sin desearlo, he ocupado un lugar ajeno, que no me pertenece, y he aceptado culpas que nunca quise asumir; me han castigado por faltas que nunca he cometido; ya nada podemos hacer por Samuel y eso deberían saberlo y, así ellos lo duden, yo también lo quería más por fuerza de deber moral que por afecto experiencial; poco de él recuerdo, y no tengo por qué avergonzarme de ello; ellos mil adjetivos le han inventado a mi aparente desidia, pero siempre he pensado que debo ser transparente en lo que siento.

No soy una mujer devota, que cree en lo que nunca ha sentido, y eso es algo que ellos nunca podrán entender y, a pesar de eso (y creo es mi ventaja), ese sentimiento de “estar afuera” me permite dilucidar la verdad sobre su fin; muchos lo dicen y especulan y, aunque he tratado con desidia a los que fueran sus amigos, en conveniente y esporádico diálogo, he interpretado sus palabras sin eufemismos y he llegado a una “horrible” conclusión, y no hace falta tener mucho entendimiento para comprender que, de ningún modo, lo que a él le sucedió fue un evento azar(oso), culpa de la desgracia del destino o de los designios divinos e incomprensibles del creador.

Como siempre arguye mi madre, he descubierto, y ellos también, aunque morirán empecinados negándolo, que fue premeditado, y eso sin que yo hubiera tenido la suficiente lucidez mental que en su momento sí tenían mis padres; lo imagino organizando el viaje, introduciendo dos prendas a una pequeña mochila, saliendo a la madrugada sin despedirse, tomando el bus: ¿qué pensaría en esos momentos, cuando atravesaba la carretera, cuando empezaba a sentir el calor sofocante y sabía que estaba cerca? ¿Pensaría en dar un paso atrás? ¿Él, frente a esa primera

imagen dentro del bus, estaría asustado?, ¿sorprendido?, ¿abrumado?, y él, ya en la playa, con la botella en la mano, en medio de una noche opaca, sin documentos, sin maleta, con las marquillas de la ropa arrancadas, en soledad frente al mar tormentoso y altivo, que escupía gritos y lo rechazaba, da el primer paso en el agua fría, que debe haber mojado sus tobillos y hacer que volteara a ver atrás, o tal vez dio un violento salto sin dudar y nadó mar adentro tanto como podía, para luego simplemente quedarse quieto, como descansando a la mitad del camino en medio de un prado, en algún paisaje postal de primavera, así, pausado, comenzaba su inmersión sin retorno, ¿qué pensaría en ese momento?

Si, claro está, suponemos que fue así como sucedió, ¿se arrepentiría en ese último instante cuando el agua empezó a llenarle los pulmones y sintió ese miedo instintivo que nos generaliza e identifica? Eso sí con seguridad jamás lo sabré; no hubo carta de despedida, ni palabras insinuatorias, ni aparentes sentimientos anteriores que pudieran predeterminar ese tipo de actitudes y, según mi padre, estaba feliz con los 18 años de vida que tenía, una novia hermosa (que quiso en primer instante replicar el acto cometido por Samuel), una carta de admisión a una buena Universidad y todo lo que mis padres pudieran darle.

Ya con la certeza, lo que me intriga es saber el origen de una decisión de esta dimensión, ¿acaso es así de fácil, como renunciar a un mal empleo? Pasar la carta de renuncia y todo habrá terminado, *the game is over*; simplemente, creo que se aburría, lo asaltó un ataque fulminante de abulia que no pudo controlar; no lo admiro por lo que hizo, pero sí me merece cierta clase de soterrado respeto; pero ahora, al sentirme obligada a visitarlo cada que ellos (y es siempre) tienen un ataque de nostalgia, el nombre escrito sobre el mármol no me conmueve; pienso que ya no es él quien está ahí, es quien fue en un momento que nunca jamás se repetirá, que simplemente ha desaparecido sin dejar ecos en el mundo; sus restos calcáreos para mí no son su nombre; dejó de ser él cuando el agua lo penetró y ya no tuvo más voluntad de vida; así, sin buscarlo, he quedado en el medio de todo y cada día es más insoportable que el anterior; solo quisiera ser un suspiro para ahogarme a cada instante, morir en el mismo segundo en que se nace; quisiera entender esta predestinación absurda con la que me resigno y me apuntalo a lo que los demás consideran existencia.

Jamás quisiera partir, ya que he descubierto la eterna expectativa de este camino, pero si así pudiera, daría mis pasos hacia atrás, hasta el momento mismo en que he llegado; quisiera sentirme un poco más extraña en mis desencuentros con el mundo, pero, al parecer, apenas sí he aprendido a conocer el imperio de la moral que nos reina; seré, y lo acepto, un dado de siete caras, una madre que no llora a su hijo muerto (si es que algún día llegara a serlo), pero es algo que no procrastino, ni he buscado, ni, de manera alguna, orgullo tener esta certidumbre me genera; es como creer que se escoge, cuando solo se tiene una opción, pero es peor nunca haber escogido y, la verdad, me he cuestionado que hubiera hecho si alguien antes de nacer me hubiese preguntado si la vida quisiese. La verdad, no sabría ahora qué responder, se abre un silencio parecido a una pausa, pero que, como si me hallara en el camino a la mitad del páramo, con el pasar del tiempo, espero que la niebla se despeje con un fuerte viento y me permita confrontarme con lo que aún no conozco.

Ante todo esto, he buscado verbos que estén cercanos a la vida en mi pequeña cotidianidad, y hay en esto tal vez una suerte de creación de un inventario, una idea que se me cruza por la cabeza a la que no puedo aún otorgarle mención u objetivo alguno, pero me da cierto tipo de importancia a mí misma; no es una justificación, de manera alguna; es algo más cercano a sentirse el capitán de un barco que navega hacia océanos inexpugnables, y esa curiosidad es la

que me satisface y me sonroja; me escurro entre las ruinas, o subo hasta los últimos pisos de edificios abandonados, agacho la cabeza hasta mis pies, raspo con mis mejillas las paredes de una iglesia, me empino y me arrodillo, así siento que llego a ser cierta clase de “coleccionista de ópticas urbanas anticotidianas”, esas pequeñas fotografías que los burócratas tienen el deshonor de disfrutar cada tarde y cada mañana desde sus búnkeres, pero son demasiado básicos para poder admirarlas, es como entrar en otros enfoques.

Así, he vulnerado estos últimos días espacios que yacen ruinosos, abandonados; en cierta esquina cerca al centro, hoy, por una de las puertas he entrado, subí hasta el tercer piso de esa casa, cuyo dueño, según dicen algunas hojas y solo algunas hojas de unos libros que solo le importan a una pequeña docena de gregarios hombres que gozan al comunicarse en un ininteligible idioma, fue un gran hombre para este mundo y, en especial, para su entonces pequeña Villa y gozaba de un rimbombante nombre e hizo grandes cosas, por las cuales todos los que en esta ciudad vivimos y hemos nacido debemos estarle agradecidos hasta nuestros días, así de importante fue el hombre, aunque su hogar hoy es una ratonera sucia que se cae a pedazos y nominada con mucho merecimiento, por su carácter ruinoso y descompuesto, a ser, en un futuro muy próximo, guarida de aquellos que gozan de los enfermos y adictivos placeres de la noche; ahí, abrí las ventanas oxidadas e hice que entrara el sol de la tarde como, en alguna ocasión, de seguro una mañana una buena madre debió haberlo hecho.

Me senté en el suelo y apoyé mis mejillas entre los barrotes de madera del balcón; abajo las gentes, tan ensimismadas en su miseria cotidiana, no serían capaces de voltear a verme, y sentí que gozaba de cierta clase de invisibilidad; desde allí divisé una perspectiva cruzada de cúpulas cafés, blancas y rosadas, que no hubiera podido descubrir al mirar desde el suelo; caminé entre los pasillos abarrotados de polvo, una vieja cuna, un pedazo de plástico amorfo, que alguna vez tuvo que haber sido la felicidad de un niño, y un marco, solo un marco de fotografía que conservaba algunos restos de vidrio rotos, hablé con cada uno de ellos, me hablaron de su miseria, pero sin resentimiento alguno. La cuna que, cuando se movía todos los días aguantaba los sollozos y gritos toda la noche del bebé, me confesó que no lo soportaba y deseaba haber sido lámpara o perchero en su predestinación maderística, así que cuando la movían para mecer al niño, se quedaba quieta para hacerles saber que cuna nunca había querido ser, así que la martillaron, la clavaron, la aserraron una y otra vez, pues sus dueños intentaban que cumpliera con el deber de su esencia y cada vez lo hacía, con la expectativa de poder tener colgado entre sus brazos un lujoso abrigo o ser indispensable para llenar de luz y solo trabajar en las noches, pero la deseada metamorfosis nunca llegó; solo arribó un día en que el bebé ya no lo fue más; ella, con expectativa, esperaba, entonces, que su anhelo se cumpliera, pero la desecharon, la condenaron al exilio en un cuarto oscuro; ahora, apenas si tiene algo del rostro de lo que fue, apolillada y sucia, casi derruida por la mitad, pero, aun así, nunca se arrepiente la vieja cuna de haber servido para lo que le nació hacer.

El marco anhelaba, con expectante deseo rayano en una esperanza inútil que, en algún momento, alguien reemplazara su roto vidrio por uno más grueso y reluciente, pero, sobre todo lo primero, para que esto nunca le volviera a suceder; y este, debo aceptarlo, me produce cierto tipo de lástima, pero no de la cristiana, sino cierto tipo de desasosiego, pues lo veo que, por mucho tiempo, con gran prepotencia les daba la bienvenida a todos los que entraban al que fuese su hogar; era el custodio de imágenes congeladas, que llenaban de infinito orgullo a la señora de la casa, que a sus visitas siempre lo señalaba y lo cogía entre sus manos para presumirlo ante quien pudiera; él nunca veía de quién hablaban, pues solo tenía ante sí un fondo entero blanco y oía palabras que le hacían imaginar que a quien custodiaba era la razón

de la vida de esta casa, quien la mantenía en pie, hasta que un día sintió cómo las manos de la señora de la casa lo acariciaban con desespero y vio cómo su cristal empezó a llenarse con unas lágrimas; luego, ella lanzó un brutal gemido y lo arrojó contra un muro, para que se despedazara y quedara, en parte, como ahora lo había encontrado; ahí había terminado su mundo, ya nadie volvió a cogerlo entre sus manos con felicidad y a sentir orgullo de lo que hacía; esa prepotencia de estar grande y altivo frente a la puerta y ser lo primero que todos vieran cuando entraban a casa había desaparecido para siempre.

Entonces, me ha pedido que lo lleve conmigo, que de seguro tendría un momento familiar, de niñez o de alguien muy amado que él quisiera custodiar y muy devotamente lo haría, pero he tenido que decirle la verdad, sin tapujo alguno, que ahora, en nuestros días, la fotografía tiene menos valor de lo que tenía antes:

—Lo siento, pero ya no es exclusiva de momentos memorables y ahora cualquiera, por hacer sublime un momento vano, lo fotografía hasta mil veces si quisiera; ya no hay líquidos, ni cuarto oscuro y ese sentimiento magistral que producía la expectativa antes de que se dilucidara la imagen ya ha desaparecido para siempre; ahora, las fotos se exhiben con ignorante prepotencia en nuevos métodos, similares a lo que se hacía antes, pero ahora son más vacuos y masivos, los de tu especie yacen casi extintos y solo algunos nostálgicos prestan tus servicios. —Me quedó mirando en silencio, sin saber qué decir, era un silencio incómodo, que se atravesó y por ello seguí mi camino.

El viejo y amorfo juguete de plástico cada día, de los últimos que apenas alcanzaba a recordar, se reprochaba por qué no había en su mente imagen alguna de lo que había sido alguna vez, ¿sería un muñequito de plástico o quizás algún camión? ¿Algún niño alguna vez habría jugado con él?, ¿en qué momento había quedado tan viejo y desfigurado? Ahora era solo ese pedazo quemado y deformado, tanto que incluso no podía recordar lo que en verdad había sido y lo hacía más por certidumbre de esperanza que por cualquier otro acto real; en su mente se habían impuesto las remembranzas de la suciedad y el silencio propio del olvido, nada le quedaba de haber sido algo con nombre, solo era un pedazo de lo que alguna vez había sido, pero que no recordaba, por más que intentaba hurgar en los caminos de su memoria; entonces, decide verse en un espejo, en un intento inútil de saberlo, pero todo esfuerzo resultó en vano.

Así cayó el sol por las cornisas oscuras y mugrientas de esas casas que han sobrevivido en medio del miedo, sin saber si serían las siguientes en caer, abandonadas a su suerte, pero he aprendido más al escuchar la historia de estos objetos en estas últimas tardes, que con mis padres en una vida entera; me han enseñado que existe tan solo un tiempo y que ninguna virtud es un don imperecedero.”

Aura.

Resonaban en su mente algunas de las palabras de esta carta en este viaje al sur, donde siempre los viajes han sido fríos, pero amaba esta tierra helada y fértil, era una puerta de salida a ese mundo que siempre había querido explorar; a pesar de la distancia, decidió ir caminando, atravesó toda la Panamericana, hasta el estadio, y emprendió su camino cuesta arriba; nunca lo había hecho de esa manera, pero necesitaba retrasar los encuentros, que hoy precisamente surgían como una necesidad de completar la felicidad que la moraba; ahora, había que tener las discusiones que nunca había tenido, oír en silencio las palabras,

entender ya de manera definitiva que el pasaje no tenía retorno.

Llegó al camposanto, al frente ese parque que siempre le había parecido un basural, caminó entre las tumbas sin encontrarlos, hasta que se tropieza con el primero, deja caer sus rodillas sobre el suelo, se siente frío, húmedo, piensa en este momento en el libro que le ha regalado a Aura, “Las intermitencias de la muerte”; de la misma manera, ella quisiera burlar ese final inexorable y que todos los que aquí ahora yacen jamás hubiesen partido, y que la muerte se olvidara un día de hacer su cotidiana labor, su indeseable oficio, así nadie en el mundo podría desaparecer; ellos podrían, entonces, escuchar lo que quiere decirles.

Recorre el nombre, con sus manos en la lápida, “Amanda Santander”, siempre tan callada y con el rostro mirando hacia el suelo, tejía, rezaba, acariciaba a los gatos, desterrada de un lugar de la ciudad del que no pudo volver a pasar, solo quedaba ahora esa imagen de ella en el patio, dormida con la boca abierta, y ahora esto, el frío cemento de su lápida; tal vez Helena nunca había cruzado más de dos palabras con ella, nunca le había preguntado por esos papelitos que guardaba con tanto recelo en su cuarto, cuando corría una de las tablas del soberado, hasta que ya no pudo hacerlo más y quedó postrada; anhelaba poder tenerlas de nuevo, dormirse con ellas sobre su pecho, pero nadie podía decirle que ahí estaban, solo Helena lo había descubierto; leía, releía, una y otra vez, esos papelitos amarillos, con las esquinas destrozadas, casi rotos y las letras remarcadas; se quedaba viendo hacia la puerta de la casa y sentía una emoción de infante, pero cuando alguien entraba volvía a caer la cabeza sobre su pecho cuando descubría que no era quien esperaba, los ojos se le ponían vidriosos, las manos le temblaban, salía al balcón y miraba al sur, cuando ya no podía salir a la calle.

Después, construyeron un gran edificio, por lo que ella, día tras día, había ido perdiendo la vista sobre ese horizonte que anhelaba; Helena sospechaba que no había sido por su abuelo, el Capitán, que su padre tanto detestaba, y que un día, cuando ella aún no había nacido, en medio de la selva, en el Caquetá tal vez, había desaparecido en medio de un combate en una emboscada; nunca se había vuelto a saber nada de él; ella apenas se figuraba alguna idea de él en su memoria; su padre nunca le había permitido que le hablaran de él, pero estaba segura de que no era por él que esperaba tras la puerta con los ojos brillantes, porque nunca lo evocó con sus palabras, ni para algo bueno, ni para algo malo; allí había quedado un enigma que nunca se habrá resuelto.

—¿A quién esperabas, abuela?

—Alguien que nunca llegó, apareció tan leve como el susurro del viento en medio del bosque y desapareció hundido en recuerdos que nunca pudieron ser nombrados, ni en sueños, ni en palabras.

—¿Quién era?

—Fue..., fue alguien que pasó y nunca más regreso, que sigo esperando detrás de la puerta, así como todas las tardes, pero quisiera tener la piel más tersa y la cabeza más liviana de recuerdos que me asfixian.

—¿Por qué se fue, abuela?

—Nunca se fue; es que, en realidad, nunca estuvo aquí; caí en un abismo, del que no pude volver a levantarme; fue una ilusión ensimismada de un deseo de libertad, un lazo que me ataba a lo que hubiera querido ser y nunca pude; un futuro inexistente que sonaba irreal, pueril, pero siempre una parte mía quisiera ser ese momento; no es que quisiera que vuelva él y que atravesara de nuevo esa puerta, mirarnos en silencio; es el tiempo lo que espero que vuelva, ahí me he quedado y jamás podré volver a salir.

Acomoda las flores, menos marchitas de lo que esperaba, ella también tiene sus deudos; el día comienza a nublarse o, al menos, siempre ha sido así de este lado de la ciudad; reitera sus pasos entre las lápidas, nombres, epitafios, fotografías, fechas, tierra fresca; al fondo, comienzan a armar una carpa, pues hoy habrá otro entierro; quisiera irse antes de que suceda; al fin, allí la encuentra, la lápida negra, llena de maleza, sin flores; ella se arrodilla, descubre el nombre con sus dedos; ¡vaya que sí es extraño, es tan extraño que parece falso, ficción!; así era él, solo una imagen efímera que atravesó por la vida, sin sobresaltos cotidianos, solo algunos fragores únicos y merecidos.

—¿Por qué huías? ¿Tenías miedo? —Y creyó oír esta respuesta:

—No, no tenía miedo, porque tenía corazón, lo dominaba, veía el abismo con arrogancia; tenía que cumplir una cita infalible con las circunstancias del destino y del tiempo; mi paso por el mundo lo ha justificado solo un momento, en que se había escrito que debía suceder de esa manera; fui la luz al final y al principio del túnel, fui la voz que guía en medio de la oscuridad; por vez única e irrepetible, mi existencia se vio justificada en el amor que he tenido a los hombres; no hay pesos que pudieran llevarme a sentir arrepentimiento de cada uno de mis actos, porque así la flaqueza de mi cuerpo hubiera querido que fueran diferentes, la voluntad de mi alma me hacía tomar las determinaciones sobre esos actos; desde cuando nació sabía que todo lo que aprendería en la vida, todo lo que haría a lo largo de ella, todas las casualidades y equivocaciones, solo se encauzarían a un momento de amor puro, porque fui el que daba la vida y no necesité de hacer grandes bullicios, ya que el acontecimiento más sublime es siempre el más silencioso; yo, fui yo el que buscó ese último encuentro, ningún acto se determina por un accidente, la libertad siempre es un misterio revelador y sublime.

Entonces, se dirige hacia la puerta del camposanto, compra un ramo de flores, las pone sobre la lápida de su tío, intenta limpiarla un poco, pero ya el peso del tiempo es demasiado para que siga el eco en el presente; intenta buscar la última lápida, esa que no ha sido capaz de visitar siquiera por vez primera, no la conoce, no sabe en qué tipo de mármol está escrito su nombre, pues no fue ese día al entierro, no podía hacerlo, se había quedado metida entre las cobijas bajo la cama, como los días en que peleaban en su casa; de ahí no había salido durante una semana, con las ventanas cerradas y la voz de Janis Joplin estremeciendo la casa; ahora, lo encuentra, se lleva las manos al rostro, cae de rodillas y no puede hacer más que abrazar la lápida, sucia, sin epitafio, sin flor alguna que lo resguardara o atestiguará el legado de algún doliente.

—¿Por qué todos esos días de dolor, padre? Nunca entendí tus días enteros parado en el balcón, dejaste que la casa se fuera cayendo a pedazos y cerraste todas las habitaciones donde todos los que no estaban habían vivido; ¿crees que ella siga viva? ¿Por qué se fue,

padre?

—... ..

—Y así dejaste que los días pasaran sin decir palabra alguna sobre su ausencia e ignoraste el dolor que me invadía y me negaba la felicidad; cuando quise hacerlo, nunca dejaste que fuese detrás de ella, al menos no para pedirle que volviera, porque siempre supe que nunca los dos podrían estar en el mismo espacio, sino para preguntarle por qué lo había hecho, así, sin decirme nada, sin insinuarme nada; por años enteros no supe entender y dejaste que la odiara y ahora ya no queda nada, ni el amor ni el odio que le tuve, solo un vacío que siento en cada parte del cuerpo, una impotente sensación de no poder siquiera recordarla, ¿cómo era, padre?

—... ..

—Quemaste sus fotos, me llenaste de silencio; no puedo entenderlo, quisiera volver a ese tiempo y encontrarnos juntos los tres, tener esa sensación que jamás he podido conocer y que ahora me desgarras; perdóname, nunca pude sentir algo que me aferrara con pasión a alguien en este mundo; perdóname por no haberlo planeado; tal vez fue eso, tus mañanas tristes junto a ella, sus besos falsos y ese papel desafinado que nunca supieron interpretar para que fuera creíble; yo siempre fui una parte tuya, una prolongación de ti; lo he descubierto siempre al verme en el espejo, al recordarme en el tiempo, al hacer lo que hago, demasiado fuerte para ser diferente, para encarnarme en mi nombre real, para poder haber sido lo que quería ser en realidad: ¿fue eso, verdad? No eran la incapacidad de ceder ante un destino indeseado, ni la infelicidad que esto suponía; estaba yo tan ligada a ti que siempre te recordaría en mí. Perdóname.

—... ..

El volcán ha empezado a nublarse, una leve llovizna cubre el prado del camposanto, empiezan a sonar los pitos de una caravana, coronada por una carroza fúnebre; ella llora sin poder alzar su rostro del suelo, abrazada a ese pedazo de tierra que cree que es su padre; sus sollozos los interrumpe la caravana; intenta incorporarse pero siente su cuerpo débil, necesita de Aura, necesita verla y sentir a la única que tiene en este momento; se siente observada, sale dando leves pasos, la lluvia ahora arrecia; sale del cementerio y se queda parada en el andén de la Panamericana sur, ahí ve hacia ese parque, siempre un basural, el día resplandeciente por el sol, ella corre con el hilo de una cometa entre sus manos, su padre sentado a la orilla del lago, que ahora no es más que un pantano; tropieza, ambos salen detrás de ella, su padre la carga en brazos, ella llora, su madre le da un beso en la frente, ambos le sonrían, ella hace lo mismo; solo la lluvia la despierta del espejismo, está ahora empapada, al fondo cree oír un llanto y la voz del padre:

—Dale, Señor, el descanso eterno y brille para ellas la Luz perpetua.

Y precisamente en ese momento se entera de la noticia.

### 3

Jesús ya estaba ebrio:

—Todos hablan de mí cuando por la noche se reúnen en torno el fuego, pero nadie piensa en mí, tal es el nuevo silencio que he descubierto: el murmullo que hacen a mi alrededor tiende un velo sobre mi pensamiento; soy un mundo aparte. —Yo lo escuchaba e intenté ponerme de pie, pero tropecé.

—Deja esa cara de tristeza, hermano, que aún no es el fin del mundo.

Después de esa noche que estuvimos en “El paraíso”, había dejado de ir a la Universidad por más de una semana, había apagado el teléfono; cuando decidí volver, lo hice con el mismo sigilo que había hecho antes; entraba por otra puerta, me sentaba lejos de la ventana y, al salir de clases, me quedaba leyendo hasta que alguien con turno para clases llegara; entonces, iba a otro salón vacío y me quedaba esperando un poco de penumbra, salía del bloque y miraba hacia todos lados y, cuando me sentía solo, salía con el paso apurado hasta la puerta; me abstenía de los lugares comunes donde hubiese mucha gente y no tuviese campo visual para poder vigilar la distancia; esperaba el bus tras una viga del paradero y cogía una ruta que, aunque me hiciese caminar unas cuadras más, me aseguraba la clandestinidad, me subía y me sentaba en el asiento de atrás.

Así pasaría una semana y ella no estaba; no sentía esa mirada, que pesara sobre mis hombros, que me buscaba; me sentí complacido, pero fue extraño, pues no debería ser así; aunque no la conocía mucho, ahora me parecía tan básica que creía que la había dilucidado por completo, más después de aquella noche, o tal vez no la había conocido lo suficiente como para poder descubrir qué hacía ahora conmigo; no pensaba en ella con esa maldad de amante efímera que se desborda y abandona. ¿Qué sucedía? Me estremeció saberme ignorante ante lo que sobrevenía, incluso me alcanzó a indignar y, entonces, ya no me escondí; me sentaba en plena plaza, frente a todos los que salían y entraban de los bloques, veía pasar a mujeres de espaldas y creía que alguna de ellas era Francisca.

—Allí radica la apropiación del individuo a una temporalidad, hay una convicción vital de arraigo a la espacio-temporalidad de los acontecimientos que le vienen; hay dos acciones relacionadas con este proceso: el recuerdo, como la imposición a lo sensible que el individuo sufre, y cómo aquello que realmente sucedió se convierte en un punto de vista subjetivo sobre ese acontecimiento, que solo puede recrearse como una aproximación ínfima desde lo colectivo; hay muchas voces en disonancia con respecto a esto y siempre habrá apreciaciones diversas entre un testigo y otro; entonces, ¿cómo determinar cuál es el

punto de vista que más se acerca a lo sucedido?, se entraría allí en cierta aporía para dilucidar la verdad de fondo sobre el acontecimiento real.

¿Qué sucedía, entonces? Buscaba entre sus rostros, pero no aparecía; sentía que había algo que me ataba a ella, pero no era un cariño absoluto, rayano en el amor; tampoco sentía que la despreciara por completo; no podía, entonces, comprenderlo.

—El recuerdo colectivo, que es algo muy cercano a la memoria, llega a ser, entonces, un acuerdo común sobre el hecho, que predeterminan diferentes factores, como la capacidad sensitiva de quien guarda en su memoria lo que se relaciona en forma directa con un evento mental; no en vano en ciertos recuerdos se tienen olores, colores e incluso sensaciones corporales y la relación de conveniencia que el sujeto que recuerda tiene con el suceso; por ejemplo, si se le pregunta a alguien qué se le viene a la memoria cuando se le habla de la escuela, de sus primeros días de academia hasta llegar al presente, muchos tendrán presentes olores de la comida servida en el restaurante, otros los colores del salón de clases, desordenado y variopinto; aun así, siempre quedarán vacíos, ya que solo existen aproximaciones personales.

La unión de llenar estos vacíos que no pueda soldar la subjetividad de cada individuo construye un relato colectivo; así, de aquí a mañana, o en un año, cada uno va a articular en su conciencia un recuerdo distinto de esta clase; alguno va a conectar esta con una situación personal, o el con el clima lluvioso de hoy, o el recuerdo del hambre cuando recibe esta clase al mediodía, y allí entra en acción la imaginación y la especulación, y quien narra o recuerda ya no lo hace desde su aproximación, sino desde un relato creado a partir de la multiplicidad; algunas veces impuesto, en el caso de la conciencia general sobre el devenir de una república; así se constituye un recuerdo simulado.

¿Así aconteció, en realidad, o lo he contado tantas veces de esa manera que creo que así pasó?

—Existe una convicción respecto a las palabras pronunciadas que le da un valor de verdad a lo narrado, al recuerdo, hasta el punto que la mente recrea incluso imágenes ficticias, sobre aquello que no ha sucedido, pero, por el simple hecho de haberse contado o pensado se imponen como valores reales de lo acontecido; este evento aparentemente pueril llena los vacíos que deja la incapacidad natural de la memoria de ser una película entera y detallada en la evocación; es precisamente el olvido de la matriz de la imaginación, que llena todo lo que pudo haber sido, lo que pudo haber pasado, lo que nunca se tuvo, lo que no se ha de ser, por lo que se amplía el límite a la imaginación, porque es ella la que llena los vacíos de la miseria humana y crea una idea de pasado, sobre la que se tiene a veces una absoluta convicción.

Oía las clases asomado a la ventana del tercer piso, en espera de que pasara; no miraba el rostro de quien, a veces, con hábil retórica, se gana la vida irradiando su conocimiento, mucho menos los jeroglíficos que hacía en el tablero; esperaba que ella apareciera y caminara con su maletín grande y me voltara a ver desde abajo; hasta ahí, entonces, llegaba mi plan; lo que iba a hacer cuando la encontrara de nuevo, lo ignoraba, ¿la vería por un instante sin quedarme en sus ojos que alzaban la mirada en su espacio anterior?

—En ciertas ocasiones, el recuerdo no logra crear las suficientes asociaciones mentales para establecer una premisa de verdad, de ahí esa necesidad que siempre ha existido para el ser humano de tratar de congelar la imagen de una espacio-temporalidad, por ejemplo, en la fotografía, que se impone como una forma absoluta de memoria, que congela el pasado y se vuelve necesaria a la existencia misma; ya se ve que unos años atrás, si la casa de los abuelos se incendiaba, ellos lo primero que buscarían salvar, después de sus vidas, era su álbum de fotografías familiar, que se les imponía como un tesoro invaluable para poder recordar e interpretar el pasado; si se perdía eso, se perdía un lazo muy importante, que los comunicaba con el tiempo anterior y, así, el olvido se impondría de forma natural.

Así como cambia la importancia de cada tiempo, de cada época o cada momento, han cambiado las formas de olvido y el recuerdo; por ejemplo, en una civilización agraria tenía más importancia el aprendizaje de los saberes del pasado sobre las técnicas y métodos, que una idea sobre el desarrollo ascendente en el presente; esa forma de identidad estaba atrás y los ancianos merecían el respeto que les daba el peso de la memoria, que es el peso de la tierra; el futuro no existía como un anhelo para superar lo que se tiene con la ambición de tener más en un tiempo venidero; existía un presente progresivo que ataba al ser de comunidad con su territorialidad, para renovar los aprendizajes del pasado para sobrevivir en su presente continuo; ahora, véase el lugar que merecen los ancianos en una economía de mercado como la de estos días, ya no son individuos productivos y se los condena al exilio, el futuro se impone como un ideal casi inalcanzable y las metas de desarrollo se convierten en meras utopías que le dan una certidumbre temporal a la existencia en los días que a cada quien le ha correspondido vivir.

Ella no aparecía; yo paseaba la mirada como si viera un partido tenis y escaneara a los desconocidos que abajo transitaban, al pensar en que ya no tenía un as bajo la manga y ella, no sé, tal vez estaba oculta abajo entre la multitud y se reía de cómo yo, con una incipiente e incompresible desesperación, anhelaba su presencia: ¿me habría engañado? No sabía si en ella existía ese nivel de vileza para recrearse moralmente en otro absolutamente diferente y mostrarse continuo y cotidiano siendo siempre alguien diferente, y yo que cavilaba sobre ella y perdía mis clases, que permanecía como un bulto arrumado atrás del salón, oía la voz del maestro y no grababa palabra alguna.

—Pero la angustia reina al pensar en el futuro; así como se afirma que todo tiempo pasado fue mejor, de manera desacertada también existe cierta esperanza mesiánica y trivial al pensar que el futuro puede ser mejor; el mañana es una construcción del presente y no existe, en realidad; creo, por convicción diaria, que el sol saldrá otra vez por el este y a la tarde se ocultará por el oeste, pero solo estas realidades naturales tienen certidumbre en el tiempo, pero no las humanas; en términos humanos, no hay certidumbre sobre cómo será el futuro, así como no las hay respecto a lo que fue el pasado.

Esas palabras sí las pude comprender y me estremecieron; en cada situación tenía claro el final, yo era mi brújula, siempre antes así había sido; en el fondo, sabía que esta incipiente búsqueda de la casualidad de un encuentro no tenía motivos pasionales, aunque debo confesar que extrañaba su cuerpo con un arraigo extraño en mí; no era esa necesidad de volver a tenerla para mí lo que me intrigaba, necesitaba una respuesta a una pregunta no formulada; buscaba algo, sin saber, en realidad, qué; comenzó a volverme obsesivo, fue

entonces cuando rompí la timidez de mi proyecto, me paré fuera de su salón de clases, escondido en espera de que apareciera, para salir de frente y obligar un encuentro aparentemente espontáneo.

No quería que supiera que la buscaba, pero quería encontrarla; había pasado horas enteras fuera de la puerta, de muchas puertas; me acerqué, entonces, decidido a romper la incertidumbre con una de sus amigas, una pequeña y regordeta que en absoluto me agradaba, por tener siempre puestas unas faldas largas, que delataban su execrable culto; al hablarle, había olvidado su nombre, cosa que no me importó, no estaba buscando que le simpatizara; al verme, hizo una mueca y soltó un saludo forzado, me quedó viendo casi con desprecio, en lo que, al menos, era recíproco y natural el sentimiento; disimulé falta de interés al hablarle, pero por la mueca que hizo supe que no me creyó y solo atinó a decir que Francisca hacía dos semanas no venía a clases, que estaba enferma y, vehementemente, dijo que por mi culpa.

¿Por mi culpa? Sentí esa mirada juzgadora y moral que el pastor les da a sus ciervos y, acto seguido, dejó a un lado su diplomacia y, en un tono de voz más cercano a una vendedora de un plaza de frutas impetuosa, en pleno uso de su retórica de *marketing*, que a una joven universitaria, aunque vacilaba al hablar, entendí lo que sentía y pensé que a esa le faltaba amor, tal vez en su vida no había conocido lo que es el cariño de un hombre que no fuera su padre; alcancé a sentir un tanto de lástima por aquel esbirro del Señor; en fin, supe de inmediato que sabía más de lo que yo creía y que trataba de ocultármelo.

—Tienes que buscarla; ¡acaso no tienes vergüenza!

Solo me quedé un momento callado e intenté alejarme; no quería que me vieran discutiendo con esa chaparra y pensarán que era una discusión de pareja; di la espalda sin decir nada y la infeliz, entonces, me lanzó a la cabeza uno de los libros que cargaba; entendí el peso real del conocimiento, ¡y sí que era pesado! La quedé viendo, sorprendido, sin saber a ciencia cierta la causa de su rabiosa reacción, opuesta a la moralidad de su Señor; luego, me aleje por los pasillos, mientras ella, con esa voz chillona y sin gracia alguna, me insultaba a gritos por la espalda.

¿Estaba enferma llorando en su casa, porque había descubierto que yo no era lo que esperaba y ese futuro que ella anhelaba, en verdad, jamás le llegaría? Eso pensaba Jesús, pero las palabras de la cristiana no eran tan simples; había en su airado discurso, y era de esperarse, un misticismo profético y oscuro que no alcanzaba a asimilar y me obligaba a creer que no era solo eso; decidí, sin prejuicio alguno, llamarla a su casa, donde contestó una voz fuerte y ronca, que, supuse, debería ser la de su papá; me presenté en el teléfono como un compañero de Universidad.

—Juan —dije, pues no sabía ninguno de los nombres de sus compañeros, y no quería decir mi nombre; hay muchos Juan en el mundo, así que esperaba tener suerte; reconoció mi voz; la de ella aparentaba una serenidad forzada, casi hipócrita, era pausada y torpe; yo estaba un tanto exaltado, más por la indignación que me había producido el golpe de la cristiana con el libro, que por la curiosidad de su ocultamiento; pedí verla, antes de saludarla; ella no seguía la línea de la conversación, estaba en otra, disimulaba, diciendo que sí, que estaba

haciendo el trabajo y que iría a clase la próxima semana; que tenía una muy grata noticia sobre la exposición final. ¿Qué era eso?; sin responder, se despidió y colgó el teléfono.

Era viernes y el lunes feriado; no podría esperar tanto; salí de la universidad y caminaba sin mirar a ningún lado, pero ¿qué me hacía que la buscara? Fui hasta su casa y me paré fuera, en espera de que saliera; casi me consume el frío la primera noche, en que la esperé hasta las nueve, pero no apareció; al día siguiente, llevé un libro para distraer la espera, sin que esto, en realidad, sirviera; las letras se me hacían acuosas, incomprensibles, sin discurso alguno; cada renglón escrito, entre líneas, recibía una brutal arremetida de la desazón que me producía la ausencia de Francisca; si era eso lo que había deseado tanto que desapareciera sin buscarme, ahora me causaba una molestia cercana a la angustia; así estuve tres tardes seguidas, pues salía de clases, caminaba hasta su casa, me paraba al lado de un poste y, con un libro entre las manos, fumaba sin cesar; las personas me quedaban viendo con asombro; imagínese la imagen de un hombre que, parado junto a un poste, fuma mientras sostiene un libro entre las manos; no es esta una imagen que se encuentre en cada esquina.

No estaba ocultando demasiado mi papel de espía, lo acepto, pero en ese momento solo me importaba que ella apareciera; cuando alguien abría la puerta, sentía cierta clase de ilusión, que no es cercana a la dicha sino al desvanecimiento efímero del dolor, pero siempre era alguno de sus padres; pensaba, entonces, en qué le diría, que le pediría una explicación de por qué me había engañado de esa manera, al hacer que creyera que era alguien más; aunque eso no tenía ningún sentido, esa era la causa que creía que me llevaba a buscarla de esa manera, tan atormentada y humillante, pero, en el fondo, sospechaba qué sucedía; lo supe desde el instante mismo cuando salimos del hotel, en la caída después del clímax, en el golpe fuerte que se siente cuando uno pone los pies sobre la tierra, después de viajar a través de los placeres de la libido y se ve, desnudo y agotado, el fin natural de la unión de dos cuerpos.

Aunque no quería reconocerlo, ni siquiera Jesús, en medio de su gran suspicacia, lo sospechaba, tal vez porque me tenía confianza, pero yo, al parecer, sabía menos de lo que creía; por eso, en verdad estaba ahí, quería la respuesta a una única pregunta que no me había atrevido a formular por lo menos como idea; exasperado ya, a la tercera tarde de espera y ante la inutilidad que los libros representaban para paliar mi expectativa, boté la colilla del último cigarrillo que había fumado y la aplasté con vehemencia, me abroché el botón de la camisa, pasé la mano por mis cabellos y crucé la calle dispuesto a golpear la puerta y, cuando iba a hacerlo, ella apareció en la esquina; no me había dado cuenta a qué horas había salido de su casa; me sentí un inútil, ¡cuántas veces habría salido y entrado sin que me hubiera dado cuenta!

En ese entonces, ni en el puesto más bajo de la KGB me hubieran aceptado; di media vuelta, como si algo me arrastrara de la espalda y rápido volví a mi escondrijo y desde ahí la observé; venía sola y cada paso que daba hacia su casa era como si fuera avanzando una cuenta regresiva, di medio paso y vacilé; no se la veía enferma o decaída; vestía un pantalón de pijama, que debía ser dos tallas más de lo que necesitaba; nada revelaba de su cuerpo, solo su rostro y sus cabellos delataban que era una mujer; debía ser siempre así en su casa, pues llevaba unas babuchas grandes, que hacían que arrastrara los pasos; solo un

impulso que no era mío, me llevó hasta la mitad de la calle; ella me vio y se quedó parada, con menos sorpresa de lo que esperaba; me miró durante un segundo, alzó a ver hacia su puerta, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos; sin entender lo que había hecho, la seguí hasta que cruzó la esquina; ahí la tuve de frente, despeinada, con los hombros caídos, aunque sin evidentes marcas de lágrimas o de tristeza alguna en sus ojos, lo que me desilusionó; me saludó con un ¡hola! y una breve sonrisa; sentí, entonces, que mis manos empezaban a temblar; le pregunté cómo estaba y su respuesta fue tajante:

—¡Inmensamente feliz! —Lo que oí me hizo sentir, durante un solo instante, aliviado, aunque malentendí su respuesta.

—Estoy un poco enferma, pero ya se va a pasar en poco tiempo y podremos estar juntos, mejor de lo que pensábamos.

¿Por qué proyectaba sus deseos en los míos? En realidad, entendí claramente cada una de las palabras que decía que, aunque eran eufemismos sobre su estado, no lo dijo sino hasta el final; guardé hasta el último instante una esperanza de que estuviera equivocado en mi sospecha incipiente; soltó esas palabras que, ahora, al recordarlas, entran por mis oídos como plomo y perforan mi cabeza, concebí la magnitud de lo que sucedía: “*Abandonad toda esperanza*”, y así entraba a *Buchenwald*, aunque no moriría, bien es cierto, pero sí, una parte de mí se iba a quemar en el horno hasta hacerse cenizas, sin Fénix alguno que valiera:

—Ya no somos dos, ahora seremos tres, mi amor, —perdí de vista lo que tenía ante la mirada; de pronto me sentí en Delfos, ante al oráculo, oyendo lo que sería mi destino: los grandes libros publicados ya no serían una realidad, las importantes conferencias, los títulos, habían desaparecido; sería un burócrata miserable, agradecido por recibir un salario ínfimo, o un repartidor de volantes en la plaza, que todos ojearían un instante y luego botarían al suelo o limpiaría el trasero de los demás o en algún restaurantillo burgués serviría los caprichos de unos miserables y, al agachar la cabeza, me brillarían los ojos ante unas monedas o un billete viejo que me lanzaran a la mano con cierto dejo de burla; el límite de mis sueños, antes inexistente, sentí que en ese momento se había levantado como un muro infranqueable.

Dijo que no me lo había dicho, porque estaba esperando darme la sorpresa; que lo había sabido una semana después; que no había prueba que hacer, porque, uno, ya se la había hecho y, dos, sentía que la gracia de Dios había iluminado sus entrañas; ella sabía que la iría a buscar, lo sabía; ahora, mis manos temblaban, mi boca había enmudecido; siempre había creído en Caraco; me había negado, con una conducta radical, a pensar en la posibilidad de la paternidad y, más aún, a la idea familia tal cual la explicitaba esta sociedad; no conocía una y yo no quería hacerlo conmigo mismo; así lo sentía, y más lejos llegaba aun mi arremetida contra esa aparente realidad que, tarde que temprano, a todos nos cobija o nos alcanza; no quería molestar a alguien que estaba feliz en la inmortalidad de la nada, de la no existencia; ya existían demasiados seres humanos en este mundo, ¿para qué uno más?, ¿quién era yo para creerme con la capacidad de traer alguien a este lugar tan violento y conflictual? Era un acto de suprema responsabilidad no hacer que alguien más llegara a este lugar agreste y anodino y más aún mostrarle fe a la institución que siempre había despreciado.

Me lo imaginé, yo, vestido de negro, ella vestida de blanco frente a un ser de absoluta moralidad pero, a la vez, con una absoluta incapacidad para poder apreciar el verdadero sentimiento entre dos seres humanos, que nos uniría, según ella lo creía, con un vínculo sagrado hasta que el fin de la existencia nos separara; no creía en los rituales, que siempre me habían parecido más un juego simbólico entre dos infantes, que una situación inapelable; la tomé del brazo con violencia y solo atiné a decir que no:

—¿Qué van a decir tus padres?, ¿y tu carrera? —Solo desvió la mirada, como si no quisiera comprender lo que sentía:

—Hablamos después; sé que ahora es una noticia difícil de asimilar, pero ya nada podemos cambiar; esta es la voluntad de Dios; nos vemos después en la U. —Se despidió, besando una boca fría y muerta, como lo era la mía.

Di unos pasos, trastabillé, doblé la cuadra, bajé por la carrera 27, atravesé el parque de San Felipe, me senté en una de las gradas del atrio de la iglesia, encendí un cigarrillo; no sé si, en ese momento, el mundo temblaba o era la trepidación de los buses que atravesaban la calzada la que hacía que se estremeciera el concreto; alcé la mirada hacia una de las ventanas del reclusorio de la Monjas Conceptas y vi a una mujer joven, de piel tersa, con el cabello cubierto, que me observaba; fijé la mirada en ella, que la sostuvo con un arrebato que no debía ser algo propio de su vocación; pensé en Anita Santelli: ¿cómo había podido tener esa gallardía de escaparse de esa prisión, llevada más por el deseo hacia el amor que por la libertad con la que había cruzado esos muros y había emprendido el camino sin trazado alguno, sin conocer el mundo, más que el de las montañas que rodeaban a este valle; de seguro, si no hubiese tenido a nadie afuera por quien escaparse, no lo hubiese hecho; habría aceptado esa vocación impuesta en otras circunstancias, pero había sido esa necesidad de volver a sentir los brazos robustos del hombre que la amaba, que le estrecharían de nuevo la cintura, ese deseo anarquista y antipatriarcal que la había llevado a que anhelara su independencia, pero se encontró con la desgracia que, según como la juzgaron los de su tiempo y, en menor medida, lo harían los de ahora, hallan todos los que se salen de la senda del Señor; me pareció, además, desgarradora la paciencia que la obligaron a tener para que amara al hombre que la había violado; consideré denigrante esa sumisión enfermiza, con la que había aceptado su destino, pero por aceptar de manera cobarde la humillación, el maltrato y la violencia a la que fue sometida, al creerse merecedora de la infamia por las supuestas faltas que había cometido, sentí ahora un hondo desprecio, me paré con náuseas y caminé hacia el oriente, sin voltear a ver de nuevo hacia la ventana del convento.

*Saint John of Pasto, August 04, 1812*

*My love Claudine*

*Today, I dreamt you were here at my side and this war was over; you were so beauty as the first time I saw you, so long ago. I don't have any idea about what has happened with you, only I hope you were ok, and God be blessing you. Here, everything is worse than I'd like, but day after day I'm going discovering that the way is being shorter; each bullet shoot, each pit of land we got, each enemy death, make me feel closer of you, now.*

*I'm certain the day we'd meet is coming on; the last weeks have been too much difficulty until the point it seems they'd defeat us, and everybody would like to break away. Then, then, when the time*

*comes I pray. I have not even been a good believer, but right now, I believe God is sitting our side, and the hope comes back. I don't want to take care about the future yet, but when all this ends I have thought how our home will be, and where we're going to place: looking the sea? At a forest silence? I know it sounds silly, but when I imagine it that calms me in this storm.*

*I want you have the certain we are going to be together sooner than it expected.*

*Much love*

*Alejandro.*

## 4

Salimos de la taberna, subimos por la carrera 27 hasta la 16 y bajamos al norte hasta Rumipamba; allí compramos una botella de vodka, Jesús encendió uno de sus cigarrillos, su fármaco necesario; entre soplo y soplo, hablaba con la respiración contenida; se acercó hasta la puerta de la iglesia de San Andrés y se quedó parado mirando hacia la cúpula; yo me paré del lado norte de la plaza y, entonces, comenzó con su discurso habitual:

—¡Oh! Bombo, ya nadie te escucha, has ardidado en llamas; solo escucho tus gritos, mientras el fuego te consume; has pasado a la historia de unos pocos por lástima, ¡miserable!; nadie te ha dado la gracia del bronce, pero, si la tuvieras, estarías manco como tu vecino, que me merece más vergüenza; pobre Gonzalo, con ínfulas de libertario megalómano de mierda, estás congelado en un grito desesperado, que se lo llevó el viento y, oye bien, nadie nunca ha escuchado al viento hablar; ni brazos tienes para quitarte las ramas que te ocultan el rostro, ni placa tienes para que los que te rodean sepan quién eres; nadie te ve, no tienes nombre, vale más un NN en un hueco; me atrevo a suponer que cada día de tu existencia de parque, quisieras tener brazos para quitarte esas ramas y, así, los que pasan te pudieran al menos ver la cara, ¡pero, no!; después de muerto, estás condenado a vivir como lo que te hicieron cuando te mataron, desmembrado, sin brazos, ni piernas, en vez de busto, en una pica hubieran puesto tu cabeza metálica; ¡pobre protomártir, has muerto y ya no nos importas!

Yo, sentado en mitad de la calle, me mordía los labios, me pasaba las manos por la cabeza, me rascaba el rostro, no veía el final de la calle; ya estaba, quería que este momento oscuro y etílico se congelara en la inmortalidad y nunca más volviera a salir de él, desvanecerme con el viento, subir hasta el volcán y que me arrastrara hasta las entrañas de la tierra y, luego, me escupiera hasta el cielo convertido en ceniza, caer a los cauces de los ríos, pasearme entre las rocas húmedas y, luego, llegar y dispersarme en la inmensidad del océano, transitar siendo un minúsculo fragmento de materia, en otra esencia, en otra conciencia, desconocida, que parecía absurda, pero que ahora se mostraba necesaria y desahogante; ¿qué haría para no volver a ver a Francisca? ¿Cómo llegaría a su casa, tal cual me la narró Jesús, sus padres, su hermano?, ¿Qué dirían mis padres?

Bueno, la verdad, eso en lo absoluto me preocupaba; hacía tiempo habían terminado sus

castigos y reclamos; ¿será verdad? ¿Y si tal vez solo hubieran caído los dados del lado equivocado? Solución salina, legrado, o pañales y matrimonio, futuro manifiesto, ignorancia y miedo. Dejaré que me arrastren las olas, que el lienzo sea pintado con los colores del viento.

Empezó Jesús a apedrear los ventanales de la iglesia y yo, impávido, con las manos en los bolsillos, tirado ya en el suelo, solo lo observaba y veía cómo caían algunos vidrios a pedazos; antes hubiera intentado detenerlo, pero ahora me sentía sembrado a la tierra, como un tronco más de ese parque, que se mecía con la brisa de medianoche y él gritaba:

—El reino de los cielos es un estado del corazón, no algo procedente de más allá de nuestra tierra; la vida no es un tránsito, porque no existe otro mundo distinto a éste; el reino de Dios es nada, espera y espera de la nada; no tiene pasado ni futuro, no vendrá ni en mil años, es una experiencia del corazón; está en todas partes y en ninguna; ¡has muerto, maldito, y yo he nacido!

Ahí comenzaron a sonar las alarmas del vecindario; salimos a correr por la calle 16, queriendo buscar la carrera 30, pero antes de llegar a la esquina una patrulla apareció detrás nuestro; había bajado desde la 26, cruzó en la 16 y ahora nos perseguía; Jesús alcanzó a correr hasta la 32 y, ahí en la esquina, se fue de bruces; vi que se había roto la nariz en la caída; me devolví a ayudarlo, intenté que se incorporara, pero era tarde, no había tiempo.

—¿Para qué me hacen correr? ¡Ahora sí la pagan!

Sentí un golpe seco en la nuca y me desplomé, pero aún seguía consciente; me esposaron y, arrastrado, me subieron al platón de la camioneta; Jesús daba la batalla y le llovían bolillazos de todas partes; no me llamó por el nombre:

—¡Ayúdame, que me están matando! —Eso fue lo último que le oí decir.

Luego, llegó un Lada, que conocía; yo, sin poder moverme, solo veía como Jesús daba patadas en el suelo; fue ahí cuando apareció; no le había visto el rostro de cerca antes, pero había notado su presencia un par de veces; alcancé, ¡inocente!, a sentir un poco de esperanza, pero supe de inmediato que no sería así; se bajó del carro, caminó hasta donde estaba Jesús y vi cómo le dio una patada en el estómago, que lo dejó sin poder moverse; empezó a insultarlo y lo seguía pateando en el suelo; alcancé a oír que decía el nombre de Francisca varias veces y Jesús no decía nada, ya estaba callado; intenté pararme y gritar que era yo el que buscaba, el que había hecho que ella concibiera un futuro que siempre supe nunca le daría y que, en el fondo, la despreciaba por tonta y enamoradiza, pero ninguna palabra alcanzó a salir de mi boca; rápido, llegó otro carro, alzaron a Jesús y lo arrastraron; alcancé a ver que tenía la cara ensangrentada y un ojo cerrado; no supe si eso era su gesto o producto de los golpes que le habían dado y, antes de entrar al carro, volteó a verme y me esbozó una leve sonrisa.



### Fotografía 3. Contraste.

Jusemutbac

## 5

Don José Eusebio Santander se levanta antes de que el sol despunte por las gélidas colinas del oriente; el puesto, al lado de su cama, yace frío hace más de media hora, pues su esposa se ha levantado temprano, como todos los días, para ir al oratorio que está en el patio de su casa, donde hay una inmensa imagen de la Virgen del Rosario; va hacia el baño, lo toma, se afeita hasta quedar impecable; descubre un nuevo racimo de canas, que ya casi le completan la cabeza; se pasa la mano por los cabellos, se mira de perfil en el espejo y esboza, como resulta extraño en él, una casi imperceptible sonrisa; es una agelasta en público y solo en estas fechas especiales su rostro se merece el ejercicio de una mueca extraordinaria, eso sí solo en privado, ya que si algo había aprendido en la guerra era a jamás sonreír en el campo de combate, ¿y qué más podía ser la vida?, ya que la sonrisa era una muestra de debilidad absoluta y el débil siempre muere; así les había dicho su capitán antes de partir.

Era una mañana fría de septiembre en los potreros de El Ejido; cientos de banderas de la patria se ondeaban con orgullo debido a los vientos que acordaban con la corriente de Humboldt, que también revolvió los cabellos de las madres que intentaban ocultar sus lágrimas y sollozos para no generar la vergüenza de sus hijos; era, para entonces, un joven alto de tez blanca y ojos azules, digno nieto de unos inmigrantes que, por azares geográficos, habían terminado viviendo en esta pequeña villa de Atriz; sus padres lo observaban a la distancia, cogidos de gancho; él apenas sí alcanzaba a reconocerlos por su silueta entre la multitud que, en éxtasis, arengaban contra hasta el entonces pueblo hermano; él, con el pecho hacia adelante, siempre había seguido sin grandes sobresaltos los designios que le había impuesto su padre; apenas hacía dos meses había terminado su bachillerato en el Colegio de la Compañía de Jesús y se estaba preparando para casarse con su prometida, la que no había visto sino un par de veces desde que la conoció y por la que no sentía deseo alguno, y no hay que prejuiciarse al decir que era una pequeña y flaca mujer, cuyos busto y caderas eran casi imperceptibles tras cualquier vestido, por ceñido que

fuera, y que su voz se parecía más al gemido de un becerro que a una voz humana, para no hablar de su rostro, donde lo que más se le adjetivaba era el grandor, de su frente y de sus orejas, claro está.

Pero había la posibilidad de una mezcla de apellidos que resultaba bastante conveniente y productiva para su futuro, el de su familia y el de su linaje; él la había aceptado desde que lo supo de voz de su padre, que lo había citado para que fuera a una pequeña reunión en una enorme casa esquinera, atrás de la iglesia de los desterrados dominicos, cerca de la carnicería; hasta allí había llegado elegantemente vestido, en compañía de sus padres; otra pareja los recibió y ahí apareció ella, casi escondida detrás de sus padres y con un vestido en el que debía caber dos veces, se sonrojó al verlo y no pudo sostenerle la mirada; él, a un leve empujón de su padre, le hizo una venia, dijo su nombre y apenas si volteó a mirarla, pues lo distrajo más el observar unas grandes porcelanas que se ubicaban en derredor, mientras alguien le decía:

—Ella va a ser tu futura esposa.

Se sentaron las dos parejas, mientras los futuros esposos lo hacían frente a frente y no se dijeron palabra alguna, a no ser el cumplimiento del protocolo de saludo y despedida; ella parecía ansiosa, jugaba con sus cabellos, cruzaba las piernas de un lado y del otro; se pasaba las manos sobre el vientre, en tanto las parejas de padres hablaban sobre hectáreas y propiedades, sobre si la ceremonia sería en la iglesia de San Sebastián, del que era devoto el suegro, o si sería en la iglesia de San Juan Bautista, dada la magnitud del acontecimiento; en cuanto a la pareja, después de esa reunión solo podrían verse de cerca y a solas después de su boda, después de estar bien, en gracia y con la bendición de Dios, pero algo le pasó a ella, y no se la debe culpar, pues, sin duda, José Eusebio era, en ese entonces, un joven apuesto, por lo que, al parecer, el deseo la invadió, lo que hizo que empezara a enviarle una correspondencia amorosa, al principio en un tono alejado y diplomático, pero después la tinta manchaba el papel y las palabras iban perdiendo su cordura, pues eran desafinadamente deseadas de deseo.

Las primeras cartas, que le llegaron a la puerta de su casa con el criado de los Zarama, decidió mostrárselas a su padre, que las leía y les escribía una respuesta casi en el mismo lenguaje en las había recibido; después llegaron las otras, que un desconocido le entregaba en la calle, en las que ella le juraba fidelidad eterna y le prometía toda la magnitud de su cuerpo y lo que existiera más allá de él, cada parte suya, cada gota de su sangre le pertenecerían, le decía en esas apasionadas epístolas, que le temblaban las manos al añorar el día en que pudiesen estar los dos en un lugar solos, sin que nadie más los viera; que daba tan grandes suspiros, que casi perdía el aliento y se ahogaba cuando se libraba a imaginar el día en que fueran esposos; él las leía sin grandes sobresaltos, sin repetir las líneas, sin que la hipertensión le afectara su corriente sanguínea, las doblaba y las dejaba bajo la cama; esto era tal vez lo único que le ocultaba a su padre; sin duda, si algo había aprendido de los jesuitas era la nobleza; pero ocultarlas no era por ella, pues por otra alguna tampoco sentía algún tipo de sentimiento siquiera parecido a la emoción que surge por la curiosidad que despiertan los placeres de la carne.

En la calle, al caminar en compañía de sus padres, o en la iglesia, algunas jóvenes cruzaban

con él la mirada y pareciera que casi como que se quedaban aferradas por una línea imaginaria a él, pero jamás las determinaba, aunque sus padres sí lo hacían y más de una vez habían lanzado algún comentario contra los padres de una de estas pobres jóvenes enamoradas; ni siquiera la hija de su criada, una norteña joven de caderas estrechas y grandes senos, le producía sentimiento alguno cuando, al lavar la ropa sus senos se le mojaban y cuando, debido a la fuerza con que enfrentaba las circunstancias de su trabajo, se le balanceaban con un hermoso vaivén de arriba abajo, pues cuando él pasaba al patio ella refregaba más duro la ropa en el lavadero y él, en un leve tono, le daba una recomendación para evitar que se resfriara; ella se paseaba por donde él estaba, contoneaba sus caderas y bajaba la mirada en los breves momentos en que se hallaban solos, hasta que un día ella, sin medir consecuencia alguna, decidió introducirse en su cuarto, solo con un desgastado camisón, levantó suavemente las cobijas y se le introdujo sigilosa en la cama; él, al interrumpirse su sueño, casi con horror y ante la cercanía de ese cuerpo ávido que se le acercaba, solo supo darle, sin querer, un fuerte empujón con su brazo, con el que la mandó al suelo; cuando terminó de despertarse, apenas sí reconoció la silueta en medio de la sombra, se quedaron viendo un leve instante, hasta que él volteó la cara hacia la pared y volvió a acojarse, por lo que a ella no le quedó otra que levantarse y salir de la habitación de su patrón con el mismo sigilo con el que había entrado, y evitar, desde entonces, tener que cruzarse con él en algún lugar de la casa.

A pesar de todo, la mujer contaba los meses que faltaban para la boda y, en el regazo de su madre, se quedaba horas enteras con la mirada perdida a través de la ventana mirando hacia el occidente, le contaba cómo quería que fuera el color de sus flores o que sentía miedo de que, en el momento de decir la palabra final de aceptación frente al padre, la emoción la dejara muda y que José pensara que lo estaba rechazando; le hablaba sobre los nombres que tendrían sus hijos, cómo sería cada uno de ellos, que una tenía que ser niña y el resto de los cinco debía ser de varones.

Ahí fue cuando las amenazas en contra de los intereses de la patria cambiaron el destino de José, que tuvo que partir hacia la manigua; su padre, que era un patriota convencido, le dijo, cuando llegaron las primeras noticias sobre la infamia que la patria iba a soportar, que eso estaba por encima de todo; la que había albergado sin recelo alguno a sus abuelos estaba ahora en peligro y era, más que una decisión personal, una obligación incorporarse al ejército; con el dolor de la prometida y de su familia, él debía corresponder a la nación con la misma gratitud con que a ellos los había recibido; así, el que siempre, ante las decisiones de su padre, había esperado que se le dijera lo que debía hacer, se rapó la cabeza sin que se lo pidieran y, frente al espejo, mientras caían sus cabellos disimulaba un leve esbozo de sonrisa; antes de partir, su madre introdujo sus más preciadas joyas en una bolsa negra y los tres fueron hasta las instalaciones del Batallón en El Ejido.

—Aquí le entrego a mi hijo para que defienda a la patria, capitán, —dijo su padre.

—Y aquí están las joyas más preciadas de mi familia, —le dijo su madre levemente, en un tono casi imperceptible.

Ahora, a José, que en su vida había conocido el dolor y las limitaciones de cualquier deseo, lo enviaban a un lugar lejano, sin saber a ciencia cierta y sin ni siquiera imaginarlo qué era

lo que le vendría; así, callado, pasó de los brazos de sus padres a los brazos del ejército, sin decir palabra alguna; había sido durante su infancia un niño callado; cuando los otros aprovechaban los recreos para revolcarse en el fango, él se quedaba en una banca y miraba hacia el cielo; ponía siempre la otra mejilla ante cualquier golpe, bajaba la cabeza ante los regaños, la más pequeña falta era ya motivo para que fuera a confesión y de la misma manera lo hacía ahora; el Obispo Hipólito, impecablemente vestido de negro y subido a un altar, bendecía con la mano derecha levantada a esos guerreros que iban en defensa de la dignidad de la patria violentada por los sátrapas vecinos con la toma de Leticia que, para ese entonces, era un remoto puerto ubicado en medio de la selva del Amazonas, a orillas del río homónimo, lleno de chozas e indígenas, pero ahora se magnificaba ese antes desconocido rincón de la patria. Así, el pelotón dio medio vuelta y partió hacia el oriente, en medio de la alegría de la multitud que agitaba las banderas y vociferaba palabras de aliento para estos arriesgados hijos de la patria.

No muy lejos de allí, y como siempre apoyada en el regazo de su madre, a la prometida se le escurrían los ojos y lanzaba fuertes gritos, que solo sofocaban las reses moribundas del matadero aledaño; sube al camión, donde algunos de sus compañeros parecen compungidos, y el que parece el más viejo de todos solo se rasca la barbilla y tiene la mirada fija en su cabeza; la pequeña ciudad desaparece rápido y, cuando menos lo esperaban, bajan del camión; habrá que seguir a pie y comienza el camino que los que los llevaría desde la sierra hasta la selva; ya llevaban horas de caminata con los pertrechos en la espalda y sus pechos empiezan a hundirse; solo al pasar al lado de un pequeño caserío, a la orden de su capitán, reanudan la marcha con el pecho lleno y hacen sonar el suelo con los tacones de las botas; el camino es largo y lleno de insultos de su capitán, que cada tanto les reprocha la reputación de sus madres y pone en duda sus masculinidades; bajan de un camión, se suben a otro, hasta que coronan la sierra y comienzan a sentir un calor que no conocían, sofocante, húmedo y pesado.

Amanece, en medio de la marcha final y, mientras bajan de la sierra, se sorprende con la vista, es verde hasta el infinito; llegan a su primer destino, apenas sí descansa; obedece a los improperios, que son órdenes, de la misma manera como lo ha hecho siempre, pero en cada orden, al voltear a ver atrás ve que su padre ya no está y siente los hombros más livianos; llegan hasta un enorme río, cuyo borde opuesto apenas sí alcanza a divisarse; piensa que ya han llegado y le pregunta al capitán, que le responde con una cachetada que lo manda al suelo; siente allí por vez primera una fuerza desconocida que se le sube a la cabeza y le hace apretar los puños contra las palmas de sus manos; suben a un barco durante días; dormirá, entonces, en el suelo, él, que nunca lo había hecho antes; se descubre maloliente, lleno de barro y comienza a preguntarse si aquello significa luchar por la patria.

En las orillas del río, lejanas aparecen unas mujeres con los senos descubiertos; él, al observarlas, siente una leve y placentera vibración en medio de las piernas; no puede dejar de observarlas; allí, el camino por el río alcanza cierto grado de emoción que no puede interpretar; al final, llegan a su cita con la obligación para con la patria; se siente exhausto, el lugar es pequeño, perdido en medio del paisaje verde que lo oculta y disimula; ahora, los días se vuelven largos y rutinarios; al principio, parecía que los contara, pero después ya no le interesa; solo deseaba volver a salir de patrulla y tropezarse en el camino con esas mujeres de senos descubiertos; al final del día, apenas sí alcanza a cerrar los ojos, cuando

ya lo despierta un puntapié que le sacude las entrañas; ese ha sido su despertador en estos últimos días.

Ha recibido solo un par de cartas desde su ciudad, una de su prometida; apenas vio el remitente, dejó que cayera de sus manos, sin la intención de levantarla, y la otra era una de sus padres, donde lo alentaban a que siguiera en ese combate empeñado por la defensa de la patria, que los estaba llenado de orgullo y que estaban felices de leer y oír las noticias que aparecían en los diarios, que decían que el enemigo día a día retrocedía, y él también aquí anhelaba oír o ver al menos lo mismo, aunque, desde que llegó, su pelotón no había visto al frente a su cobarde enemigo; día a día hablaban de él, de cómo lo destrozarían cuando se lo encontraran y así le harían pagar esta afrenta a su patria.

Los días pasaban lentos, llenos de calor y pegajosos; observaba a las mujeres de senos desnudos, oía los gritos del capitán, cavaba fosas, limpiaba su arma, con las noches extremadamente cortas, los viajes por el río; esta guerra estaba algo cercana a una idea de complacencia limítrofe con la monotonía de una vida mediocre; en una de esas anuncian el viaje a Tarapacá; con júbilo todos celebran la noticia, con una explosión de felicidad cercana a la que produciría el anuncio de la vuelta a casa; el viaje parece interminable; el paisaje dominado hasta el infinito, que los ojos contemplan, de ese verde que produce dos sentimientos contrarios: una exaltación de la vida y el perpetuo movimiento y una sensación de pequeñez muy cercana a la angustia del alma.

El barco se acerca; él ve que el rostro de sus compañeros ha cambiado desde el primer día que llegaron; ya no se muestran muy meditabundos, ríen entre ellos, comparten sus cigarrillos, muestran fotografías de quienes en la ciudad los espera, hasta que, en el fondo, como un grito lejano de la guerra, se oyen unas detonaciones de artillería; todos hacen silencio, se miran los rostros y contemplan con detalle, la respiración se torna más pausada, la mirada de cada uno llega al ensimismamiento; cada vez más fuertes, los estruendos rompen la calma de la noche y, al fondo de la selva, relampaguean los fogonazos y el fuego se alza sobre el paisaje; el capitán les advierte que ya esto es tierra hostil: que nadie ría, que nadie respire, que nadie piense sin que él se lo hubiera ordenado; el aprieta más el fusil contra su pecho, ya los antes lejanos estallidos de los cañones son ahora ensordecedores; hay gritos, suenan disparos, todos descienden y corren olvidando el entrenamiento; del otro lado del río se oyen las detonaciones y los gritos; de nuevo, suben a una pequeña barca ahora y comienzan a remar, se oyen las balas que les silban por encima de las cabezas; su respiración es ahora agitada, no mira ya el rostro de sus compañeros; una descarga hace que se voltee la barca, el agua turbia le entra a los pulmones, todo de repente se silencia, hay una paz sublime; siente el agua helada que le contrae los músculos, quisiera no salir, se arrastra hacia la orilla; sus compañeros intentan apenas hacer algunos disparos que no acobardan a los que están del otro lado; él apenas sí alza la cabeza y a nadie observa; el plomo parece que saliera de en medio de las ramas, de los árboles; no hay siluetas, hay insultos y disparos y oye otra vez la orden de su capitán:

—¡Avanzar!

¡A las armas, bizarros pastusos,  
Descendientes del trueno y del rayo,

De Cervantes, Quijote y Pelayo,  
Del sin par Agualongo y de el Cid!  
¡A las armas, fogosos cachorros,  
Del león de los Andes gigantes,  
A la voz de la patria pujantes,  
Adalides sin par, acudid!

Se incorpora entre el lodo que lo aferra al suelo con fiereza, los pasos son lentos y trémulos, la oscuridad solo la acaba el fuego de los rifles; solo ve siluetas, formas sin rostros, desconocidas, que lo amedrentan e intentan hacerlo retroceder; sus manos empiezan a temblar, el frío lo invade, oye gritos y la sangre empieza a salpicarle el rostro; vuelve a tirarse al suelo, con el fusil sobre la cabeza, cierra los ojos, pero, entre el estruendo de la muerte continua, oye la voz, una y otra vez, de su capitán, pero todas sus palabras se le vuelven ininteligibles.

Al combate marchemos gozosos;  
Por Colombia los cielos militan  
A ceñir los laureles invitan  
A los hijos de Pasto y Colón.  
Cristo rey, gran Señor de Colombia,  
A sus fieles soldados bendice,  
A los pérfidos judas maldice,  
Y al infame protervo invasor.

Con la cara contra el suelo y las balas que vuelan en derredor e intentan acariciarlo, le llega un olor dulce, que no conocía, fuerte, rápido, metálico, que le desordena la cabeza; era un olor seco, penetrante, que le llega hasta el estómago y le provoca vómito; las lágrimas resbalan por su rostro, quisiera estar en casa, metido bajo las cobijas, en ese hogar de patio enorme, ahí en su habitación tan silenciosa, viendo desde la ventana cómo leves los árboles se mecen al arrullo de la brisa de julio y cómo el volcán perfila el ocaso desde su corona, encima Marte alumbra y el cielo, con sus nubes púrpuras, llega de un azul cotidiano a oscuro espacial; esperaría a que llegara la noche y que apareciera ella; así, de repente e insospechada, casi desnuda, con sus senos al aire, como cuando lavaba la ropa, que entrara a su cama y, entonces, de un solo abrazo la traería hacia sí, se entrelazaría para siempre con ella, no la soltaría, la desvanecería entre sus brazos y que se fundiera con él en medio del calor ferviente de sus cuerpos; ahora, ahí aparece ella, la que nunca había sentido tanto como ahora, pero que siempre lo había observado en silencio, detrás de las cortinas, o escondida en su armario, mientras él pensaba en otros mundos y la había ignorado siempre por completo, como si fuera uno más de los enseres de utilería de su casa, y solo ahora, cuando parecía que fuera demasiado tarde para pensarlo, siente que la extraña, en medio del lodo y de la sangre; entonces, empuña el fusil y se pone de pie.

El vecino tirano del inca  
A Colombia Disputa la gloria  
Y laureles de insigne victoria  
De Ayacucho, Portete y Junín.

Cual Goliat de Colombia, blasfema  
Con vileza y mordaz ironía;  
A vengar semejante osadía  
Os arroja la patria a la lid.

Libera el cerrojo y siente una enorme satisfacción cuando oye ese sonido metálico del cartucho que danza cuando entra a la cámara del fusil; las balas pasan a su lado, tiembla la tierra, las llamas dominan en la inmensa selva; él, con la rodilla en el suelo, oye la voz de su capitán que, ya desesperado, los incita a la resistencia; apunta a una silueta, la que ha estado lanzando la más mortífera ráfaga, que los ha estado acabando desde que desembarcaron; sin cerrar los ojos, deja que su índice apriete el gatillo, siente como el plomo sale del alma del arma; la silueta cae, sin emitir sonido alguno; una vez más el cerrojo hacia atrás, apunta y otra vez siente el fogonazo, que lo ensordece, pero no lo hace temblar; una sensación eléctrica le recorre el cuerpo, se ha ido el miedo, siente el olor de la sangre que comienza a diluirse con la lluvia que ha empezado a caer, de las vísceras, de cadáver fresco; ya camina entre el lodo sin que pueda detenerlo; ve el rostro de algunos de sus enemigos, tirados en el suelo, que quizás suplican a Dios por misericordia; cala la bayoneta y, sin saciarse, sigue su camino y deja atrás a los muertos; allí está ella, con las piernas entreabiertas, le acaricia la cabeza, le sonrío; él, acezante y sudoroso sobre su pecho, gritos, ráfagas, sangre.

¡La apreciada riquísima ofrenda,  
Que el soldado a la patria querida  
Hoy le puede ofrecer, es *la vida!*

Y con ella arrogancia viril;  
Para el hombre es la dicha y la gloria  
Que ofrecerle pudiera este mundo,  
De exclamar con acento profundo:  
¡Por mí, Patria, mil veces morir!

## 6

Volvió a los potreros de El Ejido, ahora ya silenciados, con el pecho lleno de bronces, como pocos; solo los caídos de buen apellido pudieron volver en caja de cedro, el resto yacerá para siempre perdido en la inmensidad de la manigua; sus manos eran más pesadas y ásperas, su mirada siempre fija y desenfocada; camina presuroso hacia el norte, hacia su casa; la gente le cede el paso y alza la mirada para verlo pasar, lo que a él no le interesa; llega hasta la esquina de la calle 17 y sube por la carrera 27 hasta su casa, golpea con vehemencia y ella le abre la puerta; tiene ese camión mojado de todos los fines de semana, pues ha estado lavando la ropa; por un instante, se quedan viendo, y él recuerda la selva, la sangre, el frío, la desesperación, ese miedo natural a desaparecer para siempre; ella tiembla, ya que es la primera vez que la ve de esa manera, le clava los ojos; presiente, sin decir palabra alguna, lo que vendrá.

Por primera vez, la observa detalladamente y ve sus ojos cafés, su tez trigueña, los pómulos y nariz grandes, la boca gruesa; a él no le importa que estén o no sus padres, nada le interesa lo que piense o diga la prometida y su ahora detestable familia; ella lo nota más delgado, la con una barba gruesa, el rostro manchado; se abalanza sobre ella, la agarra de la cintura y empieza a besarla, la carga y la lleva hasta su habitación; ella lo recibe como en un sueño, llora, tiembla, trata de creer en lo que le está sucediendo; él la agarra con fuerza y le agradece a la vida, una y otra vez, mientras las sábanas comienzan a mojarse; no va a ver las lágrimas y oír los sollozos de la mujer que le imploran, las exigencias de su padre y el silencio juzgador de su madre; es otro el que ha regresado; no más elocuente, pero al que las palabras de su padre jamás volverán a amedrentar; va a hablar con silencios sobre lo que quiere, la ayuda de su padre ya no la va a necesitar; es un héroe de la patria, que sabrá recompensarlo de por vida.

Y, ahora, esa conocida inexplorada, que durante tanto tiempo no había sido más que la sirvienta, ahora merece, por la altura de sus actos, estar en la gracia de su reconocimiento; hoy, como cada día, le sigue agradeciendo, Benedictina ha sido bendecida, más aun ahora que es un día especial, cuando el que había partido, ese mismo que lo recibió con beneplácito cuando parecía que todo estaba perdido al llegar de la guerra, ya que el señor Zarama había perdido una pequeña fortuna al intentar resarcir el orgullo perdido de su hija con la busca del infortunio de la familia Santander, que sus padres no pudieron soportar y desaparecieron tempranamente, en medio del llanto y la recriminación perpetua por haberles causado tamaña indignación: “El héroe de la patria se casó con su sirvienta”; no hubo día, antes de que murieran, que pudieran ver a la antes criada convertida, por el infortunio de la guerra, ahora en su nuera; le ofrecieron dinero, una finca, un viaje largo, una aparente mejor vida, en lo que solo renunciaron a comprarla con sus dádivas cuando se enteraron de su embarazo; ahí flaqueó su moral y abandonaron toda esperanza. La madre discutía con su padre por haberlo enviado a la guerra, pues muy fácil hubiera resultado que se negaran; él nunca se había sentido culpable ante ellos, había quedado en paz con sus recuerdos y les agradecía a la gracia de la vida y el azar de la guerra.

Así, su partido azul del alma le ha otorgado, por sus años de lealtad a la causa, un cargo bastante importante en la Gobernación; hoy será la ceremonia de aceptación del cargo, ante el gobernador y, en la tarde, a pedido de su mujer, habrá una pequeña reunión con algunos de sus más allegados conocidos y compañeros de partido; su esposa vuelve de rezar y lo descubre anudándose la corbata, lo que nunca ha dejado de hacer desde que viven juntos; él nunca la distrae en sus meditaciones espirituales; ella se cree una afortunada de la gracia divina, al haberle concedido, al llegar a esta ciudad, un lugar de respeto, que nunca hubiese podido ganar por sí misma; su madre había muerto con una sonrisa en los labios y el rostro satisfecho; allá en su pueblo del norte, en medio de las porquerizas, le había prometido, cuando tuvo que parirla sola, que no tendría la vida que ella había tenido; siempre había vivido con la miraba baja y con las rodillas raspadas; había salido del pueblo a la medianoche, con ella en sus brazos.

Al llegar a la ciudad, había crecido en medio del bullicio de la plaza de mercado, hasta que llegaron a la casa de los Santander; todos los días, cuando ella apenas tendría unos trece, le enseñaba lo que debía hacer cuando estuviera frente a él, que primero fuera imperceptible y delicada y, luego, más desinhibida y levemente provocadora; por años, desde su adolescencia hasta su juventud, su madre la había incitado para que lograra que el joven de la casa cayera en sus brazos, pero ambas habían ya perdido la esperanza, ante las actitudes displicentes, no solo hacia ella sino hacia el mundo en general, que mostraba el joven José Eusebio y, es más, las dos habían llorado juntas cuando se enteraron de la formalización de su compromiso con la hija de los Zarama; así, cuando el partió para la guerra, ambas habían tomado la determinación de abandonar la casa de los Santander, ya que se enteraron de que en el Barrio Obrero estaban necesitando los servicios de dos empleadas, para que trabajaran como domésticas y si bien es cierto esa casa y su viejo dueño no les prometían un futuro mejor, creían que era mejor que se arriesgaran a enfrentar lo incierto, que seguir en un lugar donde ya habían perdido las esperanzas tanto tiempo acariciadas.

Así, ese día, cuando él atravesó el umbral de la puerta y arremetió con semejante pasión sobre ella, mientras su madre seguía lavando la ropa y no ignoraba los gemidos satisfechos de su hija, se había dibujado en ella esa sonrisa que solo la muerte había acabado; luego, ambas adoptaron una actitud de benevolencia hacia sus antiguos patrones y no tuvieron que

hacer grandes esfuerzos para lograr que José se pusiera de su lado, para que ya jamás salieran de esa casa; por eso, todos los días, ella le agradece a su Virgen del Rosario que le hubiera concedido semejante milagro; hoy, ella termina de vestirse, no sin antes ayudarle a él a que hiciera él lo mismo y, entonces, llaman a la criada para que fuera y despertara a su hija, pues era tarde ya para la ceremonia.

## 7

La criada golpea la puerta y, por orden de su padre, debe hacerlo hasta casi derribarla; ella yace despierta con las manos sobre el pecho desde el amanecer; no ha querido levantarse, apenas si ha podido dormir antes el alba; hoy su cuerpo va a aliviarse de un gran peso, que ya no soportaba desde el día en que tuvo conciencia; él, como en las últimas noches, ha aparecido en sus sueños; la dulzura que prometen sus palabras ha hecho que entrara en sus pensamientos; se ha prometido elevarse, sin que nadie se lo impidiera; hoy iba a estar allí de nuevo, se iba a sentar al frente suyo y entrarían de nuevo en ese juego de aparente arrogancia, que era tan necesario y excitante al mismo tiempo le intercambiara mientras estuviera sentada, una, y solo una mirada y un leve gesto con su boca, que era el preludeo de una sonrisa; él le hablaría con el tono de su voz más grave, aumentaría sus gestos y los movimientos de su cuerpo y le iba a recorrer el cuerpo entero en solo un parpadeo.

Ella iba a intentar no temblar y atarse al sofá para no abalanzársele y llenarlo con su lascivia más indómita; extraña ese día tan perfectamente cómplice que ambos habían buscado desde la primera noche que se conocieron; él había hecho, con su astucia literaria, que cerrara los tiempos de sus visitas a su padre, un viejo amigo de la escuela, de modo tal que el aumento de su recurrente presencia había resultado a todos anodina para los fines de ambos; era Nochebuena, estaba toda su familia en la sala, incluido él, que bailaba un fox-trot; ella bajó por las gradas y ambos, sin haber cruzado antes palabra alguna, más que las correspondientes a la habitual cortesía, tenían entendido, de común y silencioso acuerdo, sus sentimientos; él le sintió los pasos cuando bajaba; al verlo, ella se detuvo y volvió escaleras arriba; él se escabulló entre los invitados de la fiesta a esa hora, ya con la cara rosada y la voz exaltada, la siguió despacio, mientras ella caminaba delante por el pasillo del segundo piso y acariciaba con su dedo índice las paredes y le lanzaba una mirada de

soslayo.

Él, con el pecho pleno, apresuraba el paso con delicadeza, contenía la respiración, con los sentidos despiertos, expectante ante cualquier irrupción de su amigo que, con gran pesar iba a convertir ahora en suegro; ella abrió una de las habitaciones, dejó la puerta entreabierta y caminó hasta la ventana que daba hacia el patio de la casa; una vez allí, se pasó delicadamente la mano por encima del cabello de izquierda a derecha para arrastrarlo y dejar su nuca descubierta; él se acercó suave y la estrechó por la espalda, la atrajo fuerte hacia él y la besó en el cuello; ella solo contemplaba el cielo oscuro, mientras sentía que sus manos grandes y sus fuertes brazos se paseaban por su cuerpo hasta alcanzar la firmeza de sus muslos y, cuando él lo hizo, sintió que la invadía un calor impetuoso que había intuido antes, en sus exploraciones en el baño; sintió su olor penetrante a tabaco, mientras él la acariciaba y ella cedía sin resistencia alguna y, así, sintió que le fue levantando la falda y, mientras ella ponía sus manos y apretaba el marco de la ventana, él la poseía, suavemente la poseía, lo que la había llevado a que sintiera que la recorría un suave dolor, un hondo dolor, muy cercano a la gloria eterna, y afuera el ruido de la pólvora opacaba sus gemidos; afuera, ahora el baile de los beodos entonaba una canción de la Ronda Lérica.

Desde esa noche, todos los días, cuando ella caminaba hacia el colegio, un desconocido se le acercaba y le entregaba una pequeña nota, que ella guardaba con temor y solo desenvolvía al llegar a su habitación y haber asegurado bien la puerta; allí, entonces, se acostaba en la cama, leía la nota, suspiraba y se quedaba dormida con la nota apretada contra su pecho.

¡Oh, virgen que tejes tu blanca ilusión!  
A ti va esta amarga, postrera elegía,  
La escribe temblando la mano que un día  
Llamará a la puerta de tu corazón.

¡Qué triste!... ¿comprendes? ¡Sin nadie a mi lado!  
Pensando que nunca, mi bien, te he de ver,  
Recojo, en tu leve, fragante pañuelo,  
Mi llanto copioso, como ese del cielo  
Que, en este momento, comienza a caer.

Al despertar, corre una duela suelta del soberado y guarda la nota en una pequeña bolsa, se cerciora de que la duela quedara bien ajustada, su padre no podía ni debía descubrirla y no porque el hombre que le robaba el aliento fuera su mejor amigo, pues ella entiende que, en el fondo, eso resultaría más inconveniente para él que para ella, por eso tal vez lo admira, sino porque su padre, desde que ella recuerda, de toda la vida, ha tratado, sin haberlo conseguido, de imponerle su voluntad; desde que era pequeña y desfallecía de sueño en medio de la misa y bostezaba con todo el descaro, y no era por que tuviese hambre o sueño, simplemente había aprendido de su madre que cuando algo le disgustara, la mejor forma de escapar era así, fingir sueño, pues prefería estar jugando o leyendo, y eso ella les había dicho sin titubeos a sus padres, a pesar de los golpes que a veces le propinaban y lo hacía tantas veces como fuera necesario para que la entendieran; así, había llegado a figurar en el Cuadro de Deshonor de todas las instituciones educativas por las que había pasado: interrumpía las clases, les gritaba a sus profesores, en vano eran los consejos de las monjas, de los curas; ella siempre terminaba por discutirlos, por enmudecerlos; incluso había

terminado en fracaso un intento de exorcismo, que su padre había tratado de que le hicieran; ella se quedó callada ante el cura que, con agua bendita en mano, profería injurias para que el demonio abandonara el cuerpo de esa inocente criatura; ante eso, ella solo había comenzado a reír, tanto reía que el padre sintió algo cercano al miedo, desistió del ritual sagrado (no sin antes cobrar, claro está, por sus servicios) y le dijo a su padre:

—Lo siento, señor, pero creo que, con esta pequeña, no tengo solución; lo intenté, como ha visto, pero no sé qué más podría hacer.

## 8

Así, su padre decidió, como último recurso, recluirla en el convento de las monjas conceptas; ella aceptó la decisión sin sorpresas, pero con el convencimiento de que eso sería temporal; al llegar, lo primero que le molestó fue vestir el hábito, pues le pareció tal falso, incómodo e innecesario que se cubriera el cuerpo entero y, además, cumplir con el deber de mantener siempre la voz dulce y las rodillas raspadas, de modo que hacía ruido hasta medianoche, dormía hasta que la obligaban a que despertara con baldados de agua fría; interrumpía las oraciones de las monjas con histriónicos bostezos o con sonoras carcajadas, por lo que, al poco tiempo de haberla admitido, las Hermanas, llenas siempre de la gracia de Dios, de la ternura de María y la paciencia de Jesús, estaban ahora desesperadas; recurrieron, entonces, al castigo con prácticas coloniales que ya se habían desechado, como el cepo, el enclaustramiento y el ayuno obligado.

Una vez débil ya su cuerpo, las monjas creyeron que habían triunfado sobre el demonio, pero, una vez se hubo recuperado, un día, en medio del comedor, cogió una de las Biblias y comenzó a desgarrarla e incitó a que sus demás compañeras se rebelaran ante la disciplina del claustro; al día siguiente, ya sin el hábito y acompañada de dos hermanas, llegó a su casa; su padre abrió la puerta y ella entró y se dirigió derecho a su habitación, sin saludarlo; las monjas se marcharon sin decir palabra alguna; en vano fueron las súplicas y las donaciones posteriores, pues ellas se negaron a recibirla nuevamente; así cuando él le hizo la propuesta para que realizara un largo viaje, ella no podía negarse; empezó, desde ese día,

a guardar las cosas en su armario, que serían necesarias para su viaje a tierras australes, las que no eran muchas, ya que ella era tan práctica que emanaba libertad; soñaba desde ese día con las montañas del sur, con Temuco, Puerto Montt, encarar ese mundo más allá de este valle que la ahogaba, de modo que se levanta, va hacia el armario y revisa que la maleta estuviera lista, sale de su cuarto, acompaña a su padre a la ceremonia y, allí, se la ve con la misma actitud de siempre, tanto que su padre hubiera deseado que mejor que quedase dormida, pero ella solo esperaba que llegara la noche; les toman la fotografía conmemorativa, donde quedan registrados el nuevo secretario de la Gobernación, héroe de la patria, junto a su esposa y su hija, que ha salido con el rostro mirando hacia el cielo, desprevénida como siempre.

Cae la noche, las gentes empiezan a llegar y ella, ansiosa, se ha sentado en un lugar frente a la puerta, por donde pudiera verlo entrar; todos comienzan a beber y a bailar y él aún no ha llegado; sus ilusiones empiezan a derrumbarse: ¿qué hará si no aparece en el umbral de esa puerta? El futuro le parece incierto, quizás él no quiere ir, puesto que ha sido el amigo de toda la vida, del que ahora ve como a un suegro y que todo lo desconoce, pero tiene la moralidad de los hombres de las letras; Luis, que así se llama, ha enterado a su amigo ya desde hacía algún tiempo, que se iría de viaje y, desde cuando lo hizo, no había querido decirle a dónde; ella tal vez siempre había tenido la sospecha de que la llevaría, pues, según le había dicho, le ha parecido, desde que la conoció, tan llena de gracia y vitalidad, tan ajena a las reglas de la vida impuestas por la sociedad, que la ha visto como si tuviera al frente a la libertad en su expresión verbal más absoluta; la conoció desde que era apenas una niña; cuando su amigo había regresado de la guerra, fue de los pocos amigos que conservó después de que alguien de su apellido hubiera decidido tomar aquella decisión; incluso le prestó dinero cuando el señor Zarama se había encargado de cerrarle todas las puertas; ahora, ¿se llevaría a su hija, tan lejos que no alcanzaba aun a imaginarlo?; así tuviera la gracia de la imaginación sobre los espacios y los tiempos, las tierras australes son extrañas y desconocidas aun a su más atrevido pensamiento; ¿tomará ahora en serio esas palabras que algún día él le había dicho, cuando, ya desesperado sobre la conducta de su rebelde hija, le había dicho:

—¿No te la quieres llevar? Te la regalo.

Ambos habían soltado una gran carcajada, pero ahora quizás la pesadumbre no le permitía llegar al mismo sentimiento de aquel recuerdo; la había visto crecer indiferente, sin que sintiera alguna atracción más allá de lo debido, hasta que, en alguna de sus muchas reuniones, solo hizo falta que se cruzaran sus miradas; aún recordaba esa noche de diciembre y anhelaba con ansia desesperada que se repitiera una y otra vez para siempre, pero no alcanzaba a imaginar lo que se conoce como traición o, al menos así lo sentía; luego, los breves versos que le enviaba se retribuían con una leve mirada, por lo que lo invadía una curiosidad infinita de saber qué había más allá de ese enigmático y libertario ser que, a su parecer, resultaba anacrónico para la vida del momento en esta pequeña ciudad. Amanda, que así se llamaba ella, era leal a su nombre, así lo sentía y, en este punto, ya le resultaba difícil desprenderse de todos sus recuerdos; era más el peso de la incertidumbre ante lo desconocido que le aguardaba con este ser de rasgos extraordinarios, que el peso del tiempo o los sentimientos juntos; había decidido dejarla, hacer la maleta e irse solo, pero en la tarde la había visto cuando salía en compañía de sus padres, de la

ceremonia en la Gobernación, con sus pasos ligeros pero firmes, la mirada perdida, las caderas contoneándose al vaivén del viento, sus cabellos en desorden, sus manos suaves, su cuerpo glorioso, aún distante e inexplorado; se dio cuenta de que se hallaba solo a una nota para poder estar de continuo a su lado, lejos de esta ciudad, aunque no sabe aún si podrá soportar la reacción de su amigo cuando se enterara y todas las voces que se alzarían en su contra, pero como supone que su padre podría saberse complacido al saber que ella no encontraría más que la felicidad a su lado, coge la pluma y escribe:

Muy apreciada mía, así el viento marche en contra y no nos permita llegar mar adentro, seremos ambos tal vez la fuerza que nos empuje hacia lo que deseamos, pero aun no conocemos; hoy será un día de trascendentales eventos; venga, antes de medianoche, al atrio del Teatro Metropolitano; impaciente esperaré su presencia.

Att:

Luis.

Él espera las once y treinta minutos para salir, conduce hasta la carrera 23 y se parquea en la esquina que da a la calle 19, donde llega hasta el olor a fruta descompuesta; apenas se alcanza a oír la música de las chicherías a esta hora de la noche, gritos y peleas; ha llegado antes de la hora prevista, enciende un cigarrillo sin bajarse del carro; la noche es fría, estrellada; ya sueña con verla cómo cruza una de las esquinas con su maleta, sube al carro y emprender su viaje al sur; va a tenerla más cerca, a oír con más detalle el sonido de su voz; va a pasear sus manos por su rostro, a recitarle sus versos días enteros, sin que nada ni nadie ya de esta ciudad les importe a los dos, pero ella no llega; comienza a apretar el volante, baja del carro y da vueltas en su derredor, mira el motor, las llantas; después, se sube y conduce dando vueltas alrededor de la Universidad; acelera con fuerza cuando ha perdido de vista el Teatro y ya el reloj marcaba la una; se dirige a la Calle Popayán, detiene el vehículo; pone las manos sobre su cabeza y lanza un leve sollozo; ve que las luces de la casa están apagadas, le cuesta respirar; coge un trozo de papel, escribe, lo introduce bajo la puerta, enciende el carro y toma la calle 15 hacia el sur.

Ufana de tu olímpica belleza, despreciaste mis versos y mis flores,  
¿Qué importa si mi luz es la tristeza y mi vida un camino lleno de dolores?  
Heriste mi corazón, no te perdono y, en mi altivez de soñador herido,  
Te condeno al suplicio de mi perpetuo olvido.



**Fotografía 4.** La demolición.

Jusemutbac

**MAÑANA**

# 1

*San John of Pasto, 16 September 1812*

*My Dear Claudine*

*Today, holding my heart on my hands, I have to notice you they have caught me; all the battles I have fought have been in vain. I have given all of me again and again, but that you realize it, now I don't know what is going to success to me.*

*Now, I don't know if really you will read this letter and that puts me down; whatever happens, please do me a favor, Forget me! It would be the better for you; then, you will find the happiness way.*

*Tomorrow, at the sunrise they will take me to that place everybody hates; I have heard them whispering about it. Burn all these letters I have send you, vanish all these memories you got of me; with too much pain I will do the same; go on your life, only I want you forgive me.*

*This way at the end was harder than I expected; really sorry; I don't deserve your love, your smile, your look; please, always try to be happy.*

*Best wishes*

*Alejandro.*

Lo busqué en cada burocrático lugar de esta miserable ciudad, pregunté en el F2, en el DAS, en el Hospital Departamental, hasta en Medicina Legal, pero, al mostrarles su fotografía, ninguno sabía responderme si lo había visto; solo se quedaban viéndola, la única que de él tenía, tomada en la entrada de la calle 53 de la Universidad Nacional; tenía, como siempre, los cabellos alborotados y los yines rotos; desde que lo conocí, siempre había estado vestido así, era la constante perpetua de su imagen; fue en el parque de San Andrés, en las noches de siempre, frente al atrio, al fondo se oía una guitarra; él estaba sentado en el suelo en una de las esquinas, susurraba y sonreía, tenía en la mano uno de sus habituales cigarrillos; le pedí que me convidara un poco, solo me quedo viendo y dejó el cigarrillo en las gradas; me pareció, entonces, petulante y pretencioso; lo agarré ya sin deseo y, mientras intentaba fumar, él dijo:

—Cada quien es voluntarioso de sus actos, solo su libertad lo gobierna; me genera repulsión la imposición de los deseos, nunca deben ser mis manos las que provoquen actos ajenos.

Acabé de fumar, entonces, y dejé lo que quedaba en el mismo lugar en que lo había tomado; él lo recogió, me esbozó una sonrisa y siguió susurrando y viendo a las estrellas; solo después volvería a encontrarlo, cuando paseaba su cabeza por los estantes de la biblioteca de la Universidad; él había pasado por tantas carreras como la desidia de sus padres se lo había permitido; decía que había estado en las Facultades de universidades de medio país y eran tan variadas las carreras que había estudiado que, en vez de parecerme un espíritu inconstante, me parecía un espíritu al extremo curioso, pues había iniciado odontología, antropología, ingeniería civil, lengua extranjera, que son las que me acuerdo, y había terminado acá en el sur ya que, según él, si el Juanambú fue tan difícil de atravesar para Bolívar, para su padre, un convencido burócrata de media, poder hacerlo sería aún más difícil, ya que siempre donde fuese a estudiar se debía encontrar con su presencia panóptica.

Su padre halló así, en el sur, un alivio a la opresión que, según él, le mantenía, lo que había ocurrido después del último incidente sucedido con él, que había decidido que, cuando estaba estudiando Ingeniería civil en Cali, le llegó por sorpresa a su apartamento y le dijo que estaba ahí para pagar la cirugía de los ojos, del astigmatismo que lo aquejaba desde infante; Jesús, convencido, lo había seguido; entonces, habían tomado un taxi hacia el norte de la ciudad y llegaron a una casa esquinera blanca, en lo que en apariencia era una clínica; al entrar, nada parecía fuera de lugar, pues había una recepción, una secretaria, un acuario; se sentaron a esperar juntos y, de repente, su padre salió sin excusa alguna y ahí fue cuando dos tipos con batas se le abalanzaron para someterlo; inocente, él, en ese instante, grita el nombre de su padre, cuando apenas lo alcanzó a ver por entre las rendijas de la persiana de la ventana cómo le estrechaba la mano a un hombre también con bata blanca, antes de que perdiera el conocimiento.

Al despertar, estaba en un cuarto acolchado, acostado en una cama sin tablas, llena de resortes; ahí había pasado tres meses de su vida, entre choques eléctricos, baños de agua fría e inhibición obligada del sueño; así, tuvo que soportar los designios de su padre, que había descubierto su canábica adicción, junto con sus compañeros de cautiverio, un homosexual y un anoréxico; entre los letargos mentales de los maltratos y los ansiolíticos,

fraguaron, al mejor estilo judío, un plan de escapatoria sin demasiado drama; una noche, los tres se escabulleron en la cocina e hicieron estallar la pipeta de gas, con lo que casi vuelan la casa entera; para su fortuna judicial, no solo ellos escaparon, sino también algunos de sus compañeros de reclusión, de este oscuro lugar, donde también tenían a guerrilleros, sometidos a tortura con la complacencia de agentes del F2, de modo tal que, al día siguiente, circuló un comunicado de un grupo subversivo incipiente, que reivindicaba a su nombre “un acto de liberación de este lugar clandestino y criminal del gobierno pro-yankee y opresor, donde, por medio de tratos inhumanos y salvajes, se violaban los derechos fundamentales de inocentes acusados”, comunicado que no tuvo la relevancia que mereció la versión oficial del accidente.

Así, Jesús le hizo llegar una carta a su “expadre”, en la que se autodesheredaba, de su apellido y de su patrimonio y le decía que hiciera de cuenta que el día de su muerte fue el día que lo había dejado abandonado en aquel lugar de oprobio; ¿así, como podría yo encontrarlo, si no conocía su apellido real, ya que el nombre con el que se había inscrito a la Universidad era Friedrich Jesús Camus? ¡Vaya tamaña extravagancia! Si no había necesidad de ser un letrado para saber que ese nombre era demasiado sonoro para que fuera real; además ¿cómo podría yo contactar a su padre, si ignoraba quién era; cómo sabría, si lo lograba, que quisiera ayudarlo? Y si así fuera, no tendría palabras para explicarle lo sucedido, a lo que se me sumaba el desconcierto creado por mi futura paternidad y la existencia de mi criminal suegro.

Me paseé por la ciudad, desde Catambuco a Briceño, de San Fernando a Mapachico, pegaba carteles con su fotografía, preguntaba en cualquier lugar, diciendo solo su nombre; ¿qué falta, entonces, me hizo La Flaca que, a pesar de todo, creo que sería la única que me brindaría un apoyo incondicional, pero ahora era lejana y, seguro, gozaba de la calidez del abrazo de un italiano; estaba más solo que el Mono de la Pila, abandonado a la intemperie en Anganoy y allí, ante ese poderoso dios griego vilipendiado por el lumpen y desterrado por el prócer, lo vi; estaba semidesnudo y descalzo, solo con los yines rotos de siempre, en completa suciedad, con la barba y los cabellos enmarañados; tenía una sábana puesta sobre la cabeza, que le caía sobre los hombros, daba pasos trémulos y tenía la mirada pegada al asfalto; se me cayó el cigarrillo de la mano, me le acerqué despacio, lo admiré, me comenzaron a temblar las manos; me le paré al frente, alcé su cabeza y apenas pude reconocerlo; su mirada estaba perdida, más aun que cuando lo había abandonado La Flaca, y proyectaba un vacío que nunca le había conocido y me atemorizaba.

Lo llamé por su nombre, le pregunté qué le había sucedido y no me respondió; solo balbuceó algo ininteligible; lo abracé y me deshice en llanto, el odio enmudeció mis ganas de gritar; me arrodillé a sus pies y su semblante, entonces, se tornó lleno de miedo, me dio una patada y empezó a correr; salí detrás de él, ¡vaya escena, un cuerdo corriendo detrás de un loco, si lo habitual hubiese sido lo contrario! En su carrera empujaba a todo el que se le travesaba, pateaba carros estacionados, gritaba, bajó por el barrio Panorámico hasta Villa Vergel, ahí logré alcanzarlo; ahora, corría por la avenida Panamericana Sur, en dirección al INEM; se quedó parado y, de esta forma, alcancé a ver que su torso estaba lleno de moretones y tenía varias pequeñas quemaduras en sus brazos; tenía los ojos hundidos; de nuevo, intenté hablarle pero él solo gritaba, me llenaba de miedo solo imaginar que yo pudiera estar en su lugar.

Yo no podía dejar de llorar y de suplicarle que se calmara; la gente, inmóvil, nos miraba desde las aceras; les pedí ayuda, pero ninguno me sostenía la mirada; entonces, vi que cogió una botella y la quebró contra un sardinel, por un instante alcancé a suponer que se abalanzaría sobre mí, pero la verdad era no me miraba, tal vez lo hacía respecto a mi espacio anterior o hacia las montañas del norte; su respiración era como la de un animal moribundo; le gritaba y no me respondía; levantó, entonces, el pedazo de vidrio y comenzó a clavarlo en su antebrazo derecho, mientras lanzaba un gemido brutal que llegó a silenciar el ruido cotidiano de la Panamericana; me le acerqué y llenó mi rostro con su sangre; por un instante apareció la imagen de Francisca en mi cabeza, con su cuerpo desnudo sobre el mío, que me ahogaba; su padre, enorme y sicópata, me gritaba y me agarraba de la nuca para estrellarme contra el suelo, mientras al fondo se alzaba la imagen de su madre, con sus santos y sus rosarios y su casa vieja y ruinosa.

El sonido inconfundible de una ambulancia se abrió paso entre la ciudad, que empezaba a oscurecerse, con la sangre que teñía el pavimento y su mirada que descendía hacia la tierra; pensé que merecía algo peor que el castigo que había sufrido Prometeo; ningún dolor me será ahora lo suficientemente desgarrador e insoportable como para expiarme; marcharé con esta cruz sobre mis espaldas y la cabeza hundida sobre los hombros, en silencio; ninguna lágrima ya será suficiente, no veo el alba, siento como bajamos por la Panamericana rápido y oigo ese grito agudo que rompe el tráfico; los paramédicos afanados tratan de contenerle la hemorragia. ¿Su padre? ¿Qué le diré a su padre? Quisiera que el Galeras me acogiera en su cráter; a la universidad, las calles y sus noches, las penumbras de felicidad, el placer vagabundo, les alzo mi mano y la agito; miro a Jesús recostado, con su respiración casi imperceptible; me desplomo hacia atrás, mi ojos se cierran, me encantaría poder no volver a abrirlos.

Hospital San Rafael de Pasto

12 de octubre de 1978

#### **Nota de Evolución**

**Epicrisis:** paciente de 28 años, soltero, sin hijos, nacido en Bogotá, residenciado en Pasto; vive solo, sin referencia de familiares, estudiante universitario; ingresa a la unidad por presentar sintomatología depresiva y ansiosa grave, asociada a ideas de muerte, autoagresión profunda múltiple asimétrica en brazo derecho con objeto corto punzante; al momento de ingreso, presenta cuadro de alteración psicomotora, siendo necesaria sujeción con cuatro personas; según refiere su acompañante, no practica ninguna religión; diestro, tuvo un episodio traumático en semanas anteriores, sin mayores detalles sobre lo ocurrido; estuvo desaparecido; cuando lo encontró estaba en ese estado; niega que sea un habitante de la calle.

#### **15vo día de hospitalización.**

**Dx:** episodio depresivo grave, esquizofrenia paranoide.

**Subjetivo:** No ha pasado bien las noches los últimos días, no hace referencia a supuesto hecho traumático sucedido antes de su internamiento, se muestra poco colaborador y desorientado, presenta episodios de agitación durante las noches y madrugadas; enfermería reporta comportamientos violentos y autoagresivos, con bastantes dificultades de manejo.

**Objetivo:** Presentación personal muy poco aceptable, no establece contacto visual, no se muestra colaborador, poco reactivo al afecto, temeroso, poco modulado, presenta ideas tanáticas; no se observa compromiso motor, pero no conserva el juicio, introspección perdida; refiere constantemente palabras delirantes, con extensos aforismos incomprensibles, sin reacción positiva al manejo con Escitalopram.

**Análisis y plan:** paciente que presentó conducta suicida en marco de episodio depresivo postraumático desconocido; completó hoy 15 días de internamiento, se muestra poco reactivo, y comportamentalmente inestable; hipotimia concurrente, pensamientos de curso anormales; al parecer presenta ideas de muerte y plan suicida; no tolera la medicación, pérdida de juicio y realidad; por lo anterior, se ordena continuar el tratamiento con medicamentos e internamiento prolongado, sin fecha de alta definida.

## 2

La vida entera la había prevenido para estos momentos, cuando dejara de existir; él era la única ancla que le quedaba para amarrarse al mundo; su cabeza era un mar incomprensible, en el que poca esperanza hallaba, lo que precisamente había premeditado toda su vida y ahora se sentía la determinadora directa de haberlo ocasionado, y la insensatez que produce este dolor no le permite entender ninguna razón que lograra justificar lo sucedido; no quiere volver a este lugar, solo quiere transitar a lo largo de cada calle en que estuvo con ella, devolverse a cada espacio, a cada esquina, recordar cada palabra y evocarla y así que volviera a estar con vida; ¿cómo poder entenderlo?

Aura salía del colegio; había tenido esos últimos días la particular rutina de visitar lugares ruinosos, enmohecidos, abandonados por el tiempo y los seres humanos y allí se quedaba horas enteras, sin saber a ciencia cierta qué hacía; a veces leía, veía por la ventanas, tomaba

fotografías desde ángulos desconocidos de la ciudad; hacía tres días salía ya casi caída la noche, salía de una casa ubicada en la calle 22 con carrera 19, hacia al oriente de la ciudad; siempre había tenido el hábito de llevar un libro en sus manos; el panorama de los buses y la gente amontonada y presurosa le absorbían la vitalidad, así que siempre daba ligeras lecturas mientras caminaba, no de páginas enteras, sino de breves párrafos que la desconectaban, aunque fuera por un solo instante del ruido atormentador de la ciudad que progresaba; la ruta de buses número 6, que atraviesa la ciudad de sur a norte y viceversa, se había retrasado y su homóloga casi la había adelantado, así que, para evitar el regaño del supervisor y la pérdida de unas cuantas monedas, cruzó el semáforo de la intersección en rojo.

Aura, ensimismada en “Las intermitencias de la muerte”, apenas pudo ver que la enorme mole de hierro la embestía; adentro el conductor estaba demasiado concentrado viendo el espejo retrovisor para poder siquiera percatarse de que alguien había decidido cruzar la calle, de modo que ella quedó bajo las ruedas, con el libro entre sus manos; Helena se arrepiente en estos momentos de no haberse dejado llevar por el impulso aquella noche, cuando estaba subida en esa baranda de la Avenida 28 de Julio sobre el Paseo de la República en Lima; no supo nada más qué hacer que caminar, pero no fue capaz de volver al sur, no fue capaz de acercarse al colegio ni de llamar, ni dejarse visitar por alguno de sus compañeros de trabajo que, con sospecha, detallaron su desaparición y decaimiento.

Se la vio esa tarde, cuando bajaba por El Colorado y había estado parada frente al colegio más de dos horas, sin moverse, en el mismo lugar; después había empezado a caminar por la carrera 27, de bajada hacia el oriente; no miraba hacia atrás, el tiempo no le importaba; había llegado hasta la calle 20 y se paró allí, frente a los escombros, los ladrillos caídos, la penumbra del farol de la calle, el polvo, la soledad, el frío, el fondo oscuro; días antes, las cintillas amarillas, la máquina de bomberos que arrojaba agua, el bulldócer que pasaba por encima de la casa verde; de la misma manera que en la suya, “Residencias El placer”, esa tarde el polvo subía hacia el cielo y cubría a todos; alrededor algunos carreros, con sus caballos, golpeaban con mazos, llenos de furia y hambre, y las paredes del frente comenzaban a desplomarse; sentía que sus piernas le temblaban, la casa había sido saqueada, las tuberías arrancadas, los cables de electricidad, la madera de los techos, las tejas, los lavamanos, las puertas, las ventanas, hasta los clavos más grandes fueron arrancados; había quedado sola, vacía; ella aprovechó, entonces, para entrar con los buscaban llevarse lo que pudieran, que con cierto desespero se peleaban entre ellos por un pedazo de cobre; vio sus caras y sus manos negras por la droga, percibió su olor a mierda, a abandono; al pasar, la ignoraron; buscó la habitación 208, ya sin puerta, pero pudo reconocerla, pues aquella noche habían subido las escaleras tomadas de la mano, habían abierto la puerta y empezaron a besarse despacio, se admiraban, se desvestían sin afán, con compromiso, caían la una sobre la otra en la cama, ya desnudas.

Entró en medio de la sombra que proyectaba el poste de la calle, dio una vuelta por la habitación, acarició las paredes, las abrazó, entró al baño y acercó su cabeza a las baldosas; salió, se miró en el pedazo de espejo que quedaba; creyó que la veía allí, se peinaba enojada porque la había despeinado y Helena, desde detrás le acariciaba los senos, se los subía y los dejaba caer, se los movía en círculos y ella solo sonreía, ponía su mentón sobre el hombro derecho de ella, la abrazaba y Aura alzaba su cabeza hacia el techo; salió del

baño, se acercó al balcón y vio la ciudad, sus pequeñas e infinitas luces, levantó su brazo hacia ellas, dio media vuelta pero no, ella ya no estaba; aquella vez había visto como ella dormía, desnuda sobre la cama, solo con un pedazo de sábana que la cubría; había admirado el color de su piel, su rostro lleno de una inmensa paz que solo dan los sueños; se había preguntado qué estaría soñando y si estaría ella allí; se sentó en el suelo en una esquina y la vio recostada de lado, con las piernas entreabiertas y los brazos bajo la cabeza, era como una pintura de museo que en esos momentos solo era para ella; la admiraba en silencio, con ese cuerpo que momentos atrás y solo por contados instantes había sido uno con el suyo en la expresión de un profundo y prohibido deseo, cómo en el mutuo paroxismo sus carnes, que ardían, se fundían en la cama; ella había esperado que esos momentos no acabaran nunca.

Habían querido quedarse allí, como si sintieran que se les acabara el tiempo, como si fuese la última vez que sus existencias de esa manera pudieran cruzarse y entrelazarse, estar y ser en un tiempo finito y detenido; Helena la había inundado de su ser, le había dado todo lo que era, algo más allá que la pasión y el deseo absoluto; había sentido cómo su piel blanca y delicada se apoyaba en su cuerpo, había sentido la tibieza de sus senos pequeños, la había mirado a los ojos y sentido que todos los problemas del mundo desaparecían, todos los prejuicios, todos los temores, todos los secretos, los pasados y el futuro se habían convertido en un tiempo presente congelado en la inmortalidad de la pasión de dos amantes, eran un reloj sin manecillas, había silencio, su corazón les saltaba en el pecho, su frente bañada en sudor y ellas allí, con sus ojos abiertos, centelleantes, solas, sin escudos, jugaban a que el tiempo no existía, pero habían sido solo unos segundos; luego, habían vuelto a acostarse despacio; una vez a su lado, la había abrazado, la atrajo hacia sí, la besaba en el cuello.

Se acostó en el suelo y recordó la primera vez en que sus existencias se cruzaron: ella estaba sentada en un pupitre, altiva con su chaqueta puesta al revés y sus ojos encarnizados, era la evocación de la sensualidad hecha mujer; si existiera el diccionario de las imágenes, seguro aparecería ahí ella esa primera vez, mientras hablaba con una lógica compleja y premeditada cada palabra que salía de su boca, sin asomo aparente de error; cada uno de sus gestos parecía calculado, cada movimiento era intencional; después, ese método le pareció emocionante, atrayente, virtuoso; en clases, sentada frente a ella con las piernas cruzadas, su boca grande, su mirada más allá de cualquier límite, desbordada en algún éxtasis lejano y desconocido, esa sería la misma imagen de la sensualidad; como belleza, sería ella misma de pie y leyendo un libro o en el vano intento, solo para sí, de peinarse cada vez que acababan de vivir su amor, cuando la verdad era que sus cabellos en desorden eran su belleza real y natural, ese desorden de sus cabellos era su más pura esencia; o sería de pie, desnuda frente a ella con los ojos cerrados, mientras el agua corría por su cuerpo; su mirada penetrante era una fuerza imperiosa, que ocultaba hondos secretos y que, le parecía, muy difícilmente podría Helena algún día conocer, pues mirarla a los ojos no le era suficiente para poder encontrar lo que albergaba ya que había descubierto casi siempre en su mirada una puerta cerrada.

Se levantó del suelo, dio dos pasos y volvió a caer; esa, sin sospecharlo, última noche no quiso dormir, quiso ver cómo dormía ella, allí, silenciosa, quieta a su lado; vio su boca, quiso besarla, pero no había querido sacarla de ese estado de quietud, no hubiera querido

que el sol saliera, porque la noche había sido de ellas, sus tiempos en la oscuridad; en una calle vacía a la madrugada, podían cogerse de la mano y ser una en la noche junto a la otra; quería que la noche se prolongara y quedarse solo con el latido de su pecho y su respiración, era una tranquilidad de abandono arbitraria, en la habitación 208 de la casa verde; esa alborada el sol empezó a entrar por la ventana del balcón y ella seguía a su lado; sus tiempos de estar juntas habían sido solo en la oscuridad, nunca el sol podía verlas juntas, en la claridad las juzgarían; se habían unido por un momento en el espacio, ocultas a los ojos de los padres de ella y del colegio, de la sociedad de la ciudad, del mundo entero y del futuro y, aun así, más allá del temor, más allá de pensar que en algún punto, en algún momento debían enfrentarse a la realidad, que podría acabarlas por completo, la habían ignorado, de modo que la atrajo levemente, para sentir una vez más la tibieza de su cuerpo.

Dio un suspiro y recordó la primera vez que había estado con ella, cuando empezaba a descubrirla, Aura metódica y fría al principio, ella prevenida; Aura en la aventura más desbordante que hubiera tenido y que nunca hubiera podido lograr con alguien más y, así, parafraseaba a Cortázar, lo amaba y hablaba de sus virtudes para intentar que Helena también las reconociera; se quejaba de su pelo, le contaba algunas cosas sobre su pasado, se reía, se reía; las horas se hacían larguísimas, acostadas frente al espejo de techo, se miraban desnudas; en su amor de alcoba, ninguna de las dos se atrevía a proponer la partida; por fuera estaban alejadas, lejos de los ojos de los demás, eran una y otra, pero ya no eran dos encerradas entre cuatro paredes y mirándose un espejo de techo; ese era para ambas su mundo ideal; recordó cómo se juntaba a ella, cómo le buscaba los labios, allí en la oscuridad de la noche, en la penumbra de un farol, ocultas, en el miedo, había sido como un pestañeo, en el que no podía creer, que no podía asimilar; la había encontrado sin buscarla y Helena luego no fue capaz de despertar.

Ahora, allí ante la soledad del terreno baldío, empezó a entenderlo, saltó la cerca que dividía la demolición y la calle, caminó entre los escombros, se sentó en la tierra, su aroma había sido real, había quedado impregnada de él; la casa verde era ahora un conjunto de escombros repartidos en un hueco, fragmentados, su espacio tendría otro futuro, no había sobrevivido, no había sido suficiente; saltó la cerca de nuevo, salió del lote vacío, caminó con la cabeza agachada, le llegó la imagen de su padre, cuando fumaba en el balcón y miraba hacia el norte, la imagen de su abuela sentada en el patio con los ojos secos por las tantas lágrimas que había tenido que derramar y que ya no podía lograr; la de su madre, esa imagen de ella, que la cargaba en sus brazos tan realmente sonriente; caminó de nuevo calle arriba y, antes de llegar a la esquina, intento voltear a ver hacia atrás, pero no lo hizo.

### 3

Pasto, febrero 15 de 1988

No sabes qué tan difícil ha sido tomar esta decisión para mí, pero debes saber que siempre, desde el instante mismo que supe que te esperaba, ya sabía que te amaba así él quisiera que tu no estuvieras; llegaste en un momento difícil de nuestras vidas, pero yo seguí, con la seguridad y confianza puesta en Dios; tu padre nunca se sintió conforme, aunque así lo pareciera y fuera el que quisiera hacer una familia junto a ti, pero la situación siempre fue detestable entre tu padre y el mío; tu padre celebró más su desaparición que tu nacimiento, cuando tú apenas venías en camino, como si fuera lo mejor que le hubiese pasado en la vida y eso, para mí, fue destrozante.

He soportado todos estos años solo por ti, pero espero que ahora me perdones; no quiero seguir el mismo camino de dolor de tu abuela; tal vez algún día entiendas que la magnitud de los silencios de

sus tardes en el patio eran producto del peso del tiempo; siempre con el rostro contra las barras, abnegada y disciplinada, así yo fui educada, y no creo que nadie lo merezca; no deseo inspirarte el mismo camino con esta decisión que ahora yo estoy tomando, pero sí deseo que siempre mires al fondo antes de lanzarte al vacío, que aprendas a amar con la seguridad de la razón, que siempre habrá un horizonte más allá del que puedes observar; quiero que la felicidad siempre pueda desbordarte y que siempre puedas construir tus propios caminos en medio de la oscuridad; ten la seguridad que siempre estaré yo presente, en cada momento importante de tu vida, dándote aliento y ayudándote a que nunca desfallezcas; perdóname, pero esto es más grande que yo; solo espero que, al volver a vernos, podamos abrazarnos sin llorar y sin espinas en el corazón; que todos podamos estar en paz ante lo sucedido y que todos los tiempos solo sean tiempo presente; te amo con todas las fuerzas que me son posibles, nunca, nunca lo olvides.

Hasta muy pronto

Quien te quiere, tu madre siempre,

Francisca.

Repican las campanas de la iglesia de San Juan, que está adornada con flores blancas en todas sus bancas; el novio, impaciente, espera en el altar; ha ganado, por horrenda casualidad del estupro, un lugar reconocido en esta ciudad, lo que por nacimiento y esfuerzo perpetuo nunca pudo haberle correspondido; el héroe de la patria no puede tener una hija que sea madre soltera; su suegro lo había encontrado en la plaza de mercado, lo había convidado a una cita; éste, sin saber de qué se trababa y ante la insistencia del desconocido, aceptó, no sin antes pasarle unos billetes para que, según él, se vieran en mejores condiciones; se reunieron cerca de la esquina de la calle 18 con carrera 25, en el American Club; en tono pausado, se presenta y se da cuenta que antes ya había oído hablar de él, había visto su rostro en los periódicos de la ciudad; despacio, sin querer llegar muy rápido al asunto, Don José Santander le hace saber quién es; a través de finos eufemismos, le refiere algunos detalles del hecho que le ha ocurrido a su hija; el invitado de inmediato se exalta y le hace saber que él no ha hecho nada de lo que lo acusa.

Don José le aclara que, antes que querer juzgarlo, se trata de que sepa que la causa de su encuentro en absoluto es punitiva, o que lo acusara de manera alguna; por el contrario, por esa desatinada casualidad, le dice que ha visto en él el futuro que su hija nunca ha podido encauzar por cuenta propia y le propone tres cosas sencillas, que el foráneo, víctima de la miseria, hijo de los sótanos de la ciudad no podría rechazar: va a ser un capitán del ejército sin necesidad de que hiciera algún curso o tuviera una experiencia previa alguna; va a vivir en su casa de la calle Popayán y ahora tendría una esposa; ese es el precio del honor, que este héroe debía pagar, sin mucho dolor, claro está, para él que, lejos de sentir cierto tipo de vergüenza y desgracia ante lo que le propone, lo juzga como algo muy cercano a una bendición divina.

Su esposa así se lo había dicho, que los rezos por su hija al fin habían rendido sus frutos y que su Virgen del Rosario por fin le había hecho el milagro de encauzarla; así era como Dios, siempre tan aparentemente justo y misericordioso, lo había determinado; José se siente satisfecho con cada una de las palabras que le dice a ese candidato a yerno, ya que no solo había encontrado la forma de enderezar el futuro complicado de su hija, sino

también había logrado arrancarla de las garras del que antes había considerado su amigo, al que ya no le unía ningún vínculo y ahora esa traición, de la que había sido víctima, siente que iba a ser expiada al menos por la gracia divina del destino, la casualidad y la suerte; esperaba jamás volver a verlo y si aquello aconteciera, le pide a la gracia divina que le diera la suficiente entereza para contener todo el desprecio que ahora le tenía.

#### 4

Mientras se decidía su futuro, ella yacía, silenciosa, con el rostro contra las almohadas de su cama; no era capaz de mirar hacia el horizonte; sus brazos, su voz, su semblante ya habían perdido, en ese mismo instante, en los potreros de la Avenida Santander, toda su fuerza; su amante clandestino, a cientos o miles kilómetros de allí, engañado, recorría su camino hacia el sur, mientras, de seguro, la imaginaba con desprecio, en el absoluto despecho que puede producir el abandono; había llegado, esa noche, a su casa a la madrugada; después de golpear por casi media hora, su padre salió y le abrió la puerta, no sin antes haber recogido la nota que habían dejado en el suelo; estaba despeinada y le sangraba la boca; entre lágrimas y balbuceos, había intentado contar lo que le había sucedido; en ese instante,

ambos habían sentido una satisfacción extraña que, se podría decir, bordeaba lo casi enfermizo.

—Lo vamos a buscar —le dijo su padre.

Ella había alcanzado a sentir algo así como un incipiente alivio.

—Lo encontraremos y vas a casarte con él.

*At an unknown place*

*Miss Claudine*

*Today at the sunrise, they came into the cell and put a band on his eyes, there darkness has begun; then, they raised him up and made him walk. I heard a crowd insulting him, throwing him stones. He was a little wounded in his head; there the pain had begun, but —he had told me— “I remember, Claudine, you are my cure”.*

*Later, they tied his hands back around a great tree; I felt the morning cold running by whole body; he frightened and dumb; he was not afraid, all is over. I heard the whispers of his partners praying, him not, it has been enough; God got his side; he put your name into his mouth.*

*Get ready! Aim!*

*These words he had told me: “Thus I will feel when a hot bullet will wound to my body; my bleeding chest will be beating furiously, my blood will run away, and there all my feelings, my legs, will become weak and my arms and my whole body. I will stop thinking; I will see you again and again. I will fly away and will see my dead body. I will feel too much happy, because here I will be awaiting for you. Someday close, we will meet. It was not a fancy. Therefore, my arms will be always open to receive you. I will be at your side forever, to build a home. You will not let me get away, forever, and I will be ever yours”.*

*A friend*



**Fotografía 5. Luz perpetua.**

Jusemutbac

## 5

Ella, impávida, no podía creer lo que acababa de oír; después de que la vieran así, debió haberlo supuesto y salir huyendo hacia otro lado; volver al convento, sin decirles nada, pero, de seguro, ahí tampoco la hubieran recibido mejor que en su propia casa.

—Estos son los castigos de Dios —le dijo su madre.

—Cada quien recibe lo que se merece —le dice su padre.

Ella, sin poder creer lo que ellos le han dicho en medio de su miseria, no pudo hacer más que llorar; desde ese día su padre se encargó de buscarlo: ¿quién iba a pensar que iría a encontrar la suerte de esta manera?; él no puede creerlo y apenas sí tiene la suficiente capacidad para decir que aceptaba la propuesta; esa misma noche durmió en la casa; ella ni siquiera era capaz de voltear a verlo; enmudecida, agachaba la cabeza; tal vez era cierto; ella merecía lo que le había sucedido, esta era la desgracia que le había llegado por haber querido tentar los designios de Dios.

Ahora, ella se baja del carro frente a la puerta de la Iglesia de San Juan, en la calle 18; va acompañada, del brazo de su padre, vestida de blanco y con el velo puesto; entonces, comienza a sonar la marcha nupcial, mientras al avanzar siente sus pasos pesados, la mirada perdida; ya quisiera no morar en ese cuerpo, que ahora la somete y la atormenta; quisiera salir corriendo hacia el sur y lanzarse de cabeza en el cañón del Guáitara, para que esas aguas fuertes y heladas purifiquen su alma atormentada y la lleven directo al mar, pero es tarde ya, sus fuerzas se han perdido, el ímpetu desapareció para siempre aquella noche y no volverá jamás.

Allá, en el fondo de la iglesia, el novio casi llora; imagina que la mujer que viene es Marcela, la que está marchando hacia él; le llegan apenas los sonidos de la última noche, lo gris, los muertos, las días de miseria cuando llegó a la ciudad, su cuerpo pesado, sus carnes rústicas; Ahora viste un impecable uniforme del ejército; sus padres, si allí pudieran verlo, se sentirían orgullosos de sus triunfos en la ciudad; unas lágrimas resbalan por sus mejillas.

Ella intenta no desvanecerse; de paso, piensa en Luis, intenta evocar su presencia ya lejana y que deberá enterrar; imagina el futuro con imágenes que perturban su mente; no quiere ver al que va a estar el resto de la vida a su lado; ya no hay forma de cambiar el destino; ahora, el sacerdote dice sus palabras, ella tiembla, él sonríe, los esposos Santander fingen unos rostros complacidos.

—¡Hay que aceptar los designios de Dios!

Suenan las viejas campanas de la iglesia de san Juan, sin júbilo alguno; su sonido lo opaca el ruido de los carros, los buses, las gentes que gritan apresuradas; en cada lugar se alza una mirada, todos marchan con la cabeza vuelta hacia el suelo, siempre todos miran al suelo,

pues este es un lugar de desconsuelo, impávidos uno y otro transitan, sobre los andenes destrozados, las avenidas impetuosas, no hay tiempo de espera para los sentimientos o la lástima, un accidente sobre la acera, un animal moribundo, un indeseable que camina con sus manos suplicantes, la violencia afrenta la dignidad de una mujer, el polvo que se levanta incontenible hacia el cielo y lo baña el cemento; caen las casas, unas tras otras y sepultan los pasados, los recuerdos, a nadie le importan esas voces; la ciudad sigue y seguirá para siempre, a ella no le importa, ella mora en cada uno de los que la habitan, desde que sale el sol, hasta cuando en las calles vive la penumbra; todos vuelven a casa, a contar allí lo que les ha sucedido, ojos diferentes se pasean en cada esquina y en el lugar recóndito, las nubes empiezan a cubrir al volcán.

Mañana lloverá en San Juan de Pasto.